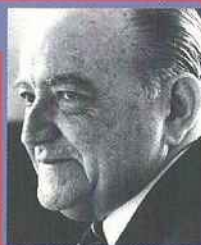


CON LIBROS DE
EL NACIONAL

BIBLIOTECA MIGUEL OTERO SILVA



En las huellas de la pezuña



Miguel Otero Silva nació en Barcelona, estado Anzoátegui, el 26 de Octubre de 1908 y murió en Caracas el 28 de agosto de 1985. Estudió Ingeniería en la Universidad Central de Venezuela, donde se incorporó al movimiento estudiantil que en 1928 inició una firme resistencia al régimen de Juan Vicente Gómez. En 1929 participó en la invasión a Venezuela desde Curazao, la cual fue derrotada. Ese mismo año logró viajar a España, donde escribió *Fiebre*, su primera novela, a los 21 años de edad, publicada en Caracas en 1939. En virtud de su militancia política, conoció nuevamente el destierro hasta que en 1941 volvió a Caracas y fundó el semanario humorístico *El Morrocoy Azul*, junto a notables intelectuales de la época. Así se consolidó su doble condición de escritor y luchador político, la cual signaría su actividad como intelectual y como empresario. En 1943 fundó **El Nacional**, diario al que dedicó sus mejores esfuerzos en pro de la democracia y la libertad, así como a promover el desarrollo de Venezuela. Es en virtud de su sensibilidad social y su visión de progreso que **El Nacional** pasó a ser un auténtico promotor de

los cambios que propiciaron la entrada definitiva de Venezuela en la dinámica del mundo moderno. Miembro de la primera promoción de periodistas de la Universidad Central de Venezuela (1949), obtuvo importantes reconocimientos como el Premio Nacional de Periodismo, el Premio Nacional de Literatura y el Premio Nacional de Novela "Aristides Rojas" (por *Casas muertas*); las órdenes "Andrés Bello" y "Francisco de Miranda" y el Premio Lenin. Fue Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua y Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Letras de Uruguay. Entre *Fiebre* (1939) y *La piedra que era Cristo* (1984), media una abrumadora producción literaria en la que destacan las novelas *Casas muertas* (1955), *Oficina N°1* y *La muerte de Honorio* (ambas en 1961); *Cuando quiero llorar no lloro* (1970) y *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*; los poemarios *Agua y cauce* (1937); *La mar que es el morir* (1965) y *Umbral* (1976); volúmenes de ensayo como *El cercado ajeno* (1961) y *Florencia: ciudad del hombre*, así como su versión libre de *Romeo y Julieta* (1975).

En las huellas de la pezuña

En las huellas de la pezuña
Miguel Otero Silva y Rómulo Betancourt
2007

Esta edición se basa en la primera edición
de *En las huellas de la pezuña*, editada en Santo Domingo, en 1929

ISBN: 978-980-388-379-9
Depósito legal: lf54520078003518
Biblioteca Miguel Otero Silva

Diseño gráfico y realización de portada: Joanna Gutiérrez R.
Arte final: Ediplus Producción, CA
Corrección: Carla González
Fotolito e impresión: Industria Gráfica Integral

Editorial CEC, SA
RIF: J-30448800-9



libros@el-nacional.com
Apartado postal 75194, Caracas 1071-A
Venezuela

Todos los derechos reservados.

¡Desgraciado del pueblo
donde los jóvenes son humildes
con el tirano, donde los estudiantes
no hacen temblar al mundo!

JUAN MONTALVO

*A la memoria de Manuel Segovia,
- muerto por la libertad
de Venezuela en la madrugada
del sábado de gloria de 1928:
Dedicamos*

El postulado de "los césares democráticos" ha quedado vergonzosamente derrotado en el campo doctrinario y va a serlo en el de los hechos a través de toda América. Venezuela, esta vez, dará el ejemplo.

Este libro es acaso la primera y la más brillante página que generación venezolana alguna, excepto la que hizo el milagro de la Independencia, haya inscrito en el prefacio de su hoja de servicios.

Comprendiendo en tres etapas el tercio de siglo que cuenta desde la revolución de 1898 a la actual pueden advertirse las radicales diferenciaciones: hasta el 900 predominaba la noción del "hombre a caballo", si bien ya en más reducidos panoramas de acción. Finalizando junto con la Gran Guerra, el concepto derivó hacia una suerte de reajuste político-militar con elementos que en ambos sectores iniciaban la distinción histórica. Luego vino la hora de la acefalía, génesis de esa tendencia multicéfala de toda grey en desorden. Incidental o casualmente, por la promesa o la esperanza de un puñado de dólares o de un manojo de fusiles —a veces solo existentes en los campos de la imaginación— surgía aquí y allá una testa que un entusiasmo insensato se aprestaba a coronar de laureles previos. Una que otra acción de arrojo, uno que otro acierto cuajaba en momentáneos prestigios, hasta que el ritmo tremendo y formidable de la vida diaria, de los defectos revelados en el contacto íntimo o la noción imperativa de la realidad ambiente iban tendiendo su lenta zona de sombras. Bajo ésta, buscones de la peor clase, tipos verbalistas de una acción en estado zoospérmico desvirtuaban a punta de lengua lo que no podían a punta de pluma. Y menos de espada.

Ninguna superación; ningún altruismo; comprensión de nada. Murmuraciones bajas, vulgares calumnias que ayudaban más eficazmente al desprestigio de la oposición que cuanto intentaban para lo mismo los "cucarachones" de Caracas y del interior: —"los malos hijos de la patria", "los eternos enemigos del orden", "los fracasados en la era de la rehabilitación"—. ¡Cucarachones! Yo recojo este vocablo fabricado en Caracas, en su hora heroica y tremenda, y como un guijarro que vaya, certero, en la honda del idioma criollo. Es simple, es admirable, con su aumentativo tolerante y con su almizcle escatológico; sí: los "cucarachones" del general Gómez.

Pero no es de ellos la hora. La ráfaga asquerosa ha pasado. Vedles en este momento, todos pávidos, todos diabéticos, todos diarreicos, escurriéndose para las Antillas y por Europa, después de invocar genuflexos al "general" que retire su renuncia de ópera bufa, que no los abandone a su propia cobarde nulidad... De ellos se sirvió, con ellos se enjugó los pies y frotó el suelo a su alrededor, arrojando el guiñapo a una media docena de sus más feroces "leales" para que de tiempo en tiempo escudriñen con la punta del sable el despojo repulsivo, no sea que entre los pliegues sucios germine y se desarrolle algo orgánico. Cada mañana les preguntaría:

—¡Ala! ¿Es que en eso no se menea nada?

Y el de turno veríase obligado a informar:

—¡No!, al contrario; ¡cada día está esto más hediondo!

Así como en las materias innombrables de la gestación el óvulo irradia y la vida se incorpora, una madrugada de febrero, el guiñapo humano está en cinta y los dolores primerizos punzan aquí y allá su gravidez. No es un guiñapo ya: es una mujer, es la Patria que se irgue ofreciendo a la atonía del mundo descentrado, su promesa y su afirmación: yo traigo en mi vientre el don de una raza, la primavera insigne de una generación de héroes: el que cae, cara al suelo, los sesos desbordándole del cráneo roto en el descampado de La Trinidad; el que ofrenda su pierna como pámpano heroico cubierto de grumos de sangre; y el que increpó a su padre y el que se puso calzones largos para ir a recoger junto con el rocío de la madrugada avileña la lluvia de balas con que los pobres campesinos de Gómez regaron el primer plantío de su propia libertad. Ellas fueron también... No haya un gajo de laureles en el campo sangriento; ni una estrella que descolgar de las más radiantes noches tropicales para la frente de Beatriz o de Carmen o de Josefina. En cada corazón se encienda una lámpara votiva, sobre cada labio se abotone una sonrisa en flor que es más tierna porque es más triste.

Mientras el bárbaro tuvo de frente factores políticos bien que encarnasen la justicia de una reivindicación, de una sanción necesarias, con otros factores políticos que la ambición, la perversión o el mero instinto conservativo le deparaban, podía y lograba contrarrestarnos hasta hoy. La República era un largo lamento solapado, bajo una orquesta de jazz-band, entre una zarabanda de charleston y de concesiones de hidrocarburos. De nuestras denuncias hacía mofa llamando robustez la hinchazón de los presos, nulidad la ruina de los robados, reposo la muerte. Como una bandada de araguatos rojizos, los mulatoides de la literatura "política", sujetándose por los rabos al grito del simio parapléjico del Vallenilla, agarrado a la rama más alta, intentaban el vado de todo río a cuya margen florease el conuco; y los hombres desvinculados de los hombres, en las amarguras del fracaso, entreacusábanse, aislándose, ensordecidos, acobardados por el aullido de los monos enfurecidos.

Los venezolanos usaban ya los intestinos de gorguera. Todo barrachel surgía de magistrado. No quedaba cagatinta de México, del Perú, de Espa-

ña o de donde fuese que con una lira o con una espuerta, no viniera para Maracay a vender metáforas a tanto la docena. Cuando los dinteles de la puerta de Miraflores chorreaban sangre fraterna y los labios de los prelados baba eclesiástica, cuando un *consummatus est* parecía rubricar el tránsito del pueblo-cristo no a las regiones del martirio sino a las gehenas de la cretinización, y hasta los que salían a tirarle a Gómez pedradas desde lejos ya venían a la hueste con las manos del onanista y las obsesiones pasionales del idiota, cuando todo era chato, ruin, sospechoso, innominable, una lumbrarada estalla en la plaza del Panteón, corre un caño de sangre, Caracas desempiedra sus calles y lapida bandidos, Valencia sale a las carreteras y grita su gran grito de 1810. La Patria emerge desnuda del sacrificio sobre las mismas cabezas chatas de los chácharos que huelen a risco y a estupidez. Una nueva luz baña el cuadro, agrupa en un ángulo las sombras, los bovinos, los caprípedos obscenos, las serpientes atormentadas. En su tronete rodean a la bestia máxima. Es entonces que por la faja del sol desfila ese tropel de jóvenes, cantando, con la piqueta al hombro, hacia los trabajos forzados de reconstruir con sudor y con sangre la nueva Venezuela, la joven Venezuela... La Venezuela que será.

Cumplase sobre la piedra de este libro el augurio del destino: quede trazada por las manos de Rómulo Betancourt y de Miguel Otero Silva — héroes y mártires— pero mártires activos que fecundizan el sacrificio y no plañideras foetadas y cansadas al borde del camino ni harpías envidiosas detrás de los árboles lanzando cuchufletas estériles —la parábola de tres generaciones: la que resistió, la que sucumbió, la que se pudrió en silencio. Reciban de nuestra humilde diestra la antorcha que debe pasar de mano en mano iluminando la senda a través del tiempo y las pasiones; y guárdenla hasta que puedan y no la dejen extinguir porque su chispa inicial encendióse un día, el más grande que vieron los siglos en el hemisferio septentrional, y hay manos sucias y ávidas que se crispan en la noche para arrebatlarla y convertirla en tea incendiaria...

Nunca como en esta hora, en esta fecha y sobre la portada de este libro se cumplirá el voto con que consagré mi labor hace veinte años: "Soy el postrer representante de una generación sacrificada e invoco a la que nos sucede porque traerá las manos limpias y una estrella en la frente".

Yo la esperaba desde la cárcel y desde el destierro. Héla aquí, que ha llegado. Al pronóstico de ayer responde toda en pie, con un alarido heroico: "¡Venezuela será!".

Refiere un cronista militar que la mañana del 3 de febrero de 1814 un oficial español descabalgó al borde del camino que se sume en las hondonadas de la Puerta, junto a un soldadito herido y abandonado en la fuga por los patriotas vencidos. Era un niño. Un niño palúdico, con los ojos saltados por la emoción, y el vientre abierto de un lanzazo. Entre la escarlata oscura las tripas se anudaban amoratadas. El hombre tenía ya las sienes grises y tal

vez en un repecho canario o bajo un cobertizo de Andalucía, a esa misma hora, otros niños cantaban a la aurora su alegría eterna...

Inclinóse, le enjugó la frente; dióle de beber en su bota de campaña:

—¡Chiquillo!... —le dijo con la voz insegura— ¿por qué viniste a esto? ¿Qué buscabas?

Y el niño con los ojos turbios de agonía, repitiendo lo que era en su delirio más fuerte que su dolor horrible:

—La Patria, señor... Mírela: allí está ¡La Patria, señor!

El hombre lo contemplaba mudo de pena, sin comprender.

—Usted no la ve, pero yo la veo, está allá... allá...

Y señalaba la polvareda, bajo la grupa victoriosa de los caballos de Boves.

Sí; el soldadito tenía razón, allá está todavía: entre los Morros de San Juan y el valle de Humboldt. Otros no la ven: nosotros sí: desnuda y sangrando por entre el claro que abren las patas mismas del paquidermo contumaz y de donde hemos de arrancarla cueste lo que cueste.

José Rafael Pocaterra

Montreal, Canadá, 19 de abril de 1929

EL SENTIDO Y LA ORIENTACIÓN DEL MOVIMIENTO UNIVERSITARIO DE VENEZUELA

En un principio solapadamente, bajo forma de propaganda clandestina de sus agentes dentro de Venezuela, y luego franca y oficialmente, por boca de sus Ministros en el Interior y de la diplomacia en el Exterior, la dictadura de Gómez ha ensayado torcer la intención y el sentido de nuestra cruzada universitaria. Pedro Manuel Arcaya, Ministro de Relaciones Interiores y uno de los borlados a sueldo de Maracay, fue quien de primero se hizo altoparlante de lo que pudiéramos llamar, dándole caracteres de doctrina a esa dialéctica de hombres sin decoro ni honradez mental, la "calumnia comunista". En la nota circular pasada por el referido Ministro a los Presidentes de los Estados de la Unión, participándoles la debelación del movimiento militar-estudiantil de la madrugada del 7 de abril, lo calificaba de "funesto brote comunista". Alrededor de esta afirmación tendenciosa hilvanaron Vallenilla Lanz y sus acólitos menores, entre ellos y con más triste entusiasmo que ninguno el tráfugo Aveledo Urbaneja, una literatura detestable y malintencionada, donde el "terror rojo", las "amenazas a la sagrada institución de la familia", el "desquiciamiento del Estado", los "horrores soviéticos" y otras monsergadas por el estilo se prodigaban con escaso talento y con excesivo cinismo. A la afirmación de un togado que ha hecho de la mendicidad profesión —para plagiar una frase del viejo Unamuno—, y al coro de la prensa asalariada de Caracas, puesta a compás por el Director de *El Nuevo Diario*, se le dio luego consagración jurídica cuando en la Constitución reformada¹ de 1928 se incluyó este párrafo restrictivo al artículo 6,

¹ La Constitución venezolana ha batido un récord de reformas. Desde el sistema federal puro que, a imitación de su patrón de Filadelfia, estableció la promulgada por los constituyentes del año 11, hasta este centralismo descarado, insolente —centralismo en hecho, aun cuando la forma federativa se conserve todavía— reconocido por la de 1928, hay toda una larga y complicada escala de matices. Esto es explicable. Nuestros autócratas han visto siempre en la carta política nacional una cosa que "sirve para todo". Y en ese propósito de violentar, para provecho propio, la norma constitucional les ha prestado en toda ocasión su concurso, a cambio de un puesto en el festín de la usurpación, algún leguleyo nutrido de una buena reserva de triquiñuelas y de marramucias jurídicas. Ellos son los que han dado visos de legalidad formularia a las innumerables "vagabunderías" cometidas por los tiranuelos venezolanos. Dentro del actual régimen han actuado dos hombres,

que trata de la libertad de pensamiento: "Queda también prohibida la propaganda del comunismo"; y matiz de cuestión internacional, cuando el Dr. Itriago Chacín, Jefe de la cancillería venezolana, hizo llegar a todos los Ministerios de Negocios y a los cónsules de la dictadura la noticia alarmante de haber aparecido en Venezuela el primer brote de la revolución social. Los diplomáticos de Gómez saben y pueden explotar ruidosamente esas mentiras oficiales. Para eso les da margen ancho el sistema de administración económica de la República, el cual es elementalísimo y eficaz: exacción del pueblo, hasta hacerlo sangrar, para que con la última gota de sangre contribuya con el último "bolívar", y acaparamiento agiotístico, implacable, por parte de esos "genios" de la Finanza y de la Hacienda de toda la sangre y de todos los "bolívars" de los venezolanos. De esta amalgama de plata y de sangre queda anualmente, una vez ahitada la sanguijuela oficial y pagado el irrisorio presupuesto público, un remanente cuantioso; y éste se dedica, muy especialmente, a propagar por tierras extranjeras las excelencias del gomecismo. De aquí que cada cónsul de la dictadura tenga siempre a mano un cheque oportuno para comprar plumas mercenarias. Y estas plumas, en esta ocasión, se prestaron descaradamente a darle eco y amplitud, desde las columnas de la prensa mundial, a la "calumnia comunista". Por todas partes y en el tono único de quienes siguen un esquema "standard", se oyó un clamor de voces anónimas, de voces que nada significan para la cultura y para el decoro, entonando una mandolinata de reprobación contra los "violentos hijos de Lenin, discípulos de la Rusia soviética, que amenazan la sociedad venezolana y la tranquilidad de América", como dijera una de ellas. Repetimos que, individualmente, ninguno de esos señores vale ni significa nada, ética ni intelectualmente, para la cultura y para la decencia². Sin embargo, a mas de la molestia causada por ese croar monótono y persistente, es de temerse, dado lo sistemático de la campaña, que logre enturbiar la pupila de aquellos de quienes esperamos comprensión y solidaridad los universitarios de Venezuela. Por eso, salimos hoy del silencio señor donde nos habíamos situado para desmentir, sin afirmaciones a priori y sí con

"destacadamente", en estos menesteres de sacristanes... ¡y de sinvergüenzas! José Gil Fortoul y Pedro Mandinga Arcaya. El primero le buscó "hilo", a despecho de cuanta generosa palabrería derrochara en su *Filosofía constitucional*, a la primera reelección de Gómez; Arcaya, por su parte, construyó con retazos de doctrinas oportunistas el puente por donde debía pasar Juan Vicente, por tercera vez sonreído y feliz, hacia el prado amabilísimo de un nuevo septenio de mando... ¡Lástima de trabajo perdido!

2 Uno de los "espontáneos" defensores de la sociedad venezolana, amenazada por la "onda roja", fue un tal Rodolfo Araceracena -*Alacena*, más bien, por lo que de "alimenticia" tiene su literatura-, quien en un periódicucho de Valparaíso publicó tres columnas de sandeces, reproducidas y comentadas con alborozo por Vacinilla Lanz. Entre otras cosas, a cual más regocijadas y grotescas, afirma que las medidas adoptadas por Gómez frente a la rebeldía estudiantil habían merecido "atronadores aplausos en todo el universo". Nos dispensamos del comentario.

datos irrefutables, el carácter comunista dado por la dictadura a nuestra cruzada; y también, para definir el sentido y la orientación del gesto, los ideales por los cuales luchamos y las aspiraciones a conciencia sustentadas por el grupo.

Y de una vez también queremos hacer constar que si negamos el carácter comunista dado a nuestro movimiento por individuos extraños al grupo es por deber de sinceridad, por respeto a la exactitud; y eso, sin aventurarnos a criticar el comunismo como doctrina y sin hacer disquisiciones sobre la viabilidad o no de su implantación en nuestro medio social. Vamos a hacer trizas la etiqueta con que arbitrariamente nos catalogó Arcaya, para dejar diafanizada la orientación de un movimiento que ha sido única y exclusivamente antidictatorial.

EN VENEZUELA NO HA PENETRADO LA PROPAGANDA COMUNISTA

(a) *No ha penetrado en las masas.* Para hacer arraigar en la conciencia de un grupo social una nueva concepción política, o ética, o estética, se requiere inevitablemente del apostolado fervoroso, sustentado en el periódico, en la tribuna y en el libro. Ahora bien, preguntaríamos nosotros a esos "alarmistas" vocingleros: ¿es concebible la existencia de semejante apostolado en un pueblo donde el periódico, la tribuna y el libro son otros tantos instrumentos de la farsa oficial? ¿Cómo hacer de la prensa vehículo para la propagación de ideas nuevas cuando esa prensa apenas tiene espacio en sus columnas para dar cabida a la literatura prostituida y genuflexa de los estilizadores de la adulación, a la inserción de decretos que no se cumplen, al bluff, de las aclamaciones y, en síntesis, a ese desborde de tinta de imprenta donde se ha intentado ahogar el clamor desesperado de un pueblo? Esta afirmación nuestra es fácilmente verificable. Basta con hojear cualesquiera de las ediciones de *El Universal* y *El Nuevo Diario*, o de alguno de los otros periódicos coristas publicados en la República para saber cómo toda esa prensa, directa o indirectamente, cobra subvenciones de Maracay. Las pocas veces que un periodista ha asumido a conciencia su cometido social ha logrado solo, para su periódico, la clausuración ejecutada policialmente; y para él, la cárcel, la muerte, las torturas, el destierro. Ahí lo están diciendo, con la irrecusable verdad del hecho cumplido, *El Preconero*, *Dharma*, *El Gramófono*, *El Nivel*; y Arévalo González, Domínguez Acosta, Flores Cabrera, los López Bustamante y Valmore Rodríguez.

¿La tribuna? En Venezuela solo tiene acceso al estrado de la palabra el sacerdote, en la cátedra sagrada y el orador parlamentario(!), en el Congreso, subrepticamente el primero, groseramente el segundo, ambos son palenques desde donde se predicán las "excelencias" del régimen. En nuestro pueblo, como en todos los otros sometidos a prueba por el destino en el curso de su devenir histórico, se ha realizado la unión tácita de los opresores con los sostenedores del culto religioso. Al lado de Rincón González, Arzo-

bispo de Caracas, quien celebra misas en los santuarios privados de las concubinas de Gómez; y de Carlos Borges, goliardo borrachín y mujeriego, quien obliga a Él a recorrer de nuevo la ruta dolorosa, fraternizando, a través de citas bíblicas, con el sargentón despiadado; y de Aranaga, clérigo español usurero como un judío, dedicado a la entronización en hogares serviles del retrato del "Jefe", entre zahumerios de incienso y latines ganguosos, medra, especula y prospera la clerigalla adaptada, celebrando misas solemnes en los aniversarios del día de la Paz³, indiferente como ninguna otra colectividad al clamor de la desesperación ambiente, que toca premiosa a la puerta de sus comilonas pantagruélicas. ¿La tribuna parlamentaria? Qué cosa tan grotesca y tan trágica ha sido nuestra vida parlamentaria durante estos últimos veinticinco años de vida nacional. La elección de senadores y diputados de la República ni siquiera se simula; no hay ni la simple farsa donde el voto se controle oficialmente en las urnas: el "Jefe", anualmente, escoge del pasivo rebaño de sus incondicionales a unos cuantos profesionales del cinismo quienes, por subida soldada, se reúnen durante 90 días en el Palacio Federal. ¿A deliberar, a discutir, a plantear reformas, a mejorar instituciones, a ser índices de las necesidades y de las aspiraciones colectivas? ¡No! Simplemente a aprobar, a aprobar todo, todo, todo. Aprueban alzando la mano derecha; y son tan unánimes, tan uniformes, tan disciplinados en este movimiento, que un camarada nuestro ha podido comparar a un día de nuestra farsa congresil con una sesión de gimnasia sueca... Como es de suponerse, y como desgraciadamente es, estos señores hacen un uso muy limitado, decididamente homeopático, de ese fundamental "derecho de palabra" otorgado por todos los estatutos políticos del mundo civilizado a los representantes del pueblo; si apenas dejan oír su voz es cuando pide uno de ellos al Soberano Cuerpo (*sic*), atendiendo a una orden telegráfica expedida de Maracay, la aprobación de un nuevo voto de confianza para el "Jefe".

¿El libro? En Venezuela, abstracción hecha de las voluminosas recopilaciones oficiales destinadas a la exportación y de los tratados seudocientíficos de una media docena de sofistas malparidos por Maquiavelo, se publican muy escasos libros. El aumento de la bibliografía nacional durante estos últimos años es irrisorio. Mientras se hacen tiradas inverosímiles del

3 El 12 de julio de 1902 derrotó Gómez en Ciudad Bolívar el ejército de Nicolás Rolando, última fracción que quedaba en pie de guerra de la llamada Revolución Libertadora. La actuación de Juan Vicente fue más de mercader que de estratega. La plaza sitiada no se la entregó la pericia de sus movimientos sino la buena cantidad de sonantes "bolívares" pagados por su traición a un oficial de las filas contrarias. Sin embargo, desde esa hora prestigia la humanidad del "General" el título *ad hoc* de "Paladín de Ciudad Bolívar" y uno de los congresos "rehabilitadores" elevó la fecha de ese triunfo(!) del "Jefe" a la categoría de festividad nacional, bajo la denominación de Fiesta de la Paz. Se celebra con misas de réquiem, salvas de pólvora y granizadas retóricas.

Libro amarillo, mientras Vallenilla Lanz pone a circular en cada trimestre una nueva edición de su *Cesarismo democrático*, mientras poetastros de alcabala y prosistas de segunda mano dan pasto a la crítica más despiadada y justiciera publicando librejos en cuya primera página campea la silueta burda del montañés, la Venezuela intelectual decente se aísla en el reducto orgulloso de su silencio. Esperando una hora propicia para salir a la luz del día, hora en que ya no amenaza a la obra cultural la suspicacia de los irrecconciliables enemigos de la idea, duermen su sueño de anonimía en el fondo de las gavetas las obras donde han condensado muchas mentalidades vigorosas e incontaminadas de ambiente su labor y su esfuerzo.

Creemos que estos datos sean suficientes para orientar en el conocimiento de la cuestión planteada a cualquier criterio sereno. Obstruidas por una rígida censura las únicas vías posibles de renovación de la conciencia social ésta permanece adscrita a sus viejas creencias, devota de dogmas seculares, arremansada en una quietud y en una inmovilidad que son atraso, estancamiento, muerte.

(b) *La propaganda comunista no ha penetrado en la Universidad*. Es cosa de Perogrullo —o cosa de Arcaya, igual da— que siendo los estudiantes dirigentes de un movimiento comunista estén ellos mismos bien saturados de esa doctrina. Sin embargo, a pesar de Perogrullo y a pesar de Arcaya, los "rojos" de Caracas sabemos relativamente poco de Lenin. Aun estando reprimidos de timideces, aun sintiendo dentro del pecho, como los que más entre los muchachos de América, un intenso rebullir de sangre nueva, los universitarios de Venezuela no nos hemos inquietado, con esa inquietud tiránica del apóstol, por las nuevas doctrinas sociales. Y hacemos esta afirmación a plena conciencia de que nos atraillará más de un comentario piadoso, si no despectivo, de nuestros compañeros de generación en todas las latitudes cultas. Nos calificarán de conservadores timoratos, de pasivos burgueses, de tránsfugas al ritmo de nuestro tiempo. Tal vez seamos todo eso. Sin embargo, nos atrevemos a echar como contrapeso en el platillo de la balanza la actuación revolucionaria del grupo, con su cortejo de muertes, suplicios, cárceles y destierros, seguros del resultado para el balance final. Entre los universitarios, solamente los cursantes de Ciencias Políticas y Sociales tienen conocimiento, y muy relativo, del comunismo; lo estudian dentro del cuadro disciplinario de algunas materias —Sociología, Economía, Derecho Político—, y solo como doctrina, desde el punto de vista meramente docente. Algunos no se encuentran dentro de esa limitación de conocimientos y por propia cuenta se leen a Marx, a dos o tres de sus exégetas, al *Ideario* y a algún libro de Trotski. ¡Y a eso se reduce el arsenal intelectual del más erudito "bolchevique" de la Universidad Central! ¿Cuál será la causa de esa aparente incapacidad nuestra para marchar al lado de las juventudes de izquierda, cuya ideología predomina en muchos de los grupos universitarios del continente? Única y exclusivamente las modalidades

propias, diferenciadas, opuestas si se quiere a las del tipo clásico del estudiante, impuestas por las dos últimas tiranías al carácter del universitario venezolano. No es el muchacho de Oxford, o de Montevideo, o de París, risueño y atrabiliario. Para buscarle parecido hay que irse por las páginas de los rusos atormentados. Tal vez Sacha Yegulev sea el patrón de su tipo. Desde el momento mismo en que el libro empieza a clarificarle la pupila siente como se le va por ella, alma adentro, el tremendo dolor de su pueblo puesto en cruz. Los 20 años joviales se le matizan de una melancolía reflexiva, prematura. Inconforme con el ambiente donde actúa, ambiente cuyo tono lo dan el despotismo de los que mandan y la servitud de los mandados, se rebela contra él. Incapacitado por la suspicacia de la dictadura para intentar una transformación paulatina del medio, mejorando, mediante propagandas culturales, ciertos factores de ambiente, no le queda sino una sola vía expedita: la conspiración, el cuartelazo, la asonada; y por ella se ha lanzado siempre, denodadamente, con el corazón en alturas. No ha habido complot ni intento libertario que no contara en sus filas a los líderes del estudiantado; mas, ha surgido siempre, como brote esperable de un medio corrompido, el hombre de la traición, repitiendo el caso de los treinta denarios. Y el estudiante ingenuo y rebelde queda tendido a la puerta del cuartel asaltado, con el pecho hecho flecos; o sufre en las ergástulas de la dictadura el horror de las torturas, del hambre, de los grillos; o arrastra en el destierro el dolor de una vida malograda para la ciencia y para la patria. Ahora nos cabe preguntar; quien así se hace tan pronto acto de presencia en el tumulto de la protesta ¿le sobrará tiempo para dedicarlo a la tarea de darse de una cultura extensa? Quien a los 20 años ya ha colaborado resueltamente en la obra de solucionar el problema político de su patria ¿le sobrará siquiera minutos que dedicarle al estudio de las cuestiones sociales? Imposible. De aquí que el horario del universitario venezolano, durante este último cuarto de siglo de vida nacional, se haya repartido de una manera rudimentaria —bárbara, objetará por ahí algún teorizante de la cultura— entre estudiar a prisa su texto de ciencia y tramar combinaciones y planes revolucionarios, las más de las veces abortados merced a la cuantiosa paga con que Gómez valora la venta de una clave o de un secreto.

Encuadrada así la cuestión polémica, intentaremos ahora un esfuerzo afirmativo. Intentaremos definirnos como grupo. Decir quiénes somos y adónde vamos. Cuáles ideales nos orientan y qué propósitos alentamos para el mañana de la patria. En síntesis: trazar el esquema de nuestra ideología.

Luchamos por una democracia decente, distinta de esta democracia a ultranza de hoy, donde actúa como elemento dirigente el individuo más "guapo", el más hábil en el manejo de la macana, y no el más capacitado ética e intelectualmente para esa función; luchamos porque nuestra política interior de peculado y monopolio sea substituida por otra de honradez y libre concurrencia; y porque nuestra actuación de pueblo dentro de la co-

munidad internacional se despoje de esas babosidades indecorosas para con la primera gentualla elevada a gobierno en cualquier país del mundo; luchamos porque elementos civiles sustituyan en el manejo de la cosa pública a los sargentones analfabetos que han venido monopolizando la política y la administración; luchamos porque hombres nuevos, sin cuentas insolventes con la justicia histórica, asuman papel dirigente; luchamos, en síntesis, por la conquista de un estado social equilibrado y armónico, propicio al libre desenvolvimiento de las aspiraciones colectivas.

Tal es el esquema de nuestra ideología; y ese "nuestro" no debe tomarse en el sentido restrictivo de opinión personal, sino en el sentido amplio, social, del modo de pensar unánime de toda Venezuela joven, de la Venezuela que en estos mismos momentos está en la cárcel, amarrada a una galera de forzados, con un grillete al pie, o viviendo ilusionada y combativa las luchas del destierro. Este esquema puede hallar su expresión gráfica en la inflexibilidad de una línea recta. Sin transacciones, sin titubeos, salvando la vereda por saberla amparadora de cobardías, hemos luchado por esos ideales y con ellos iremos, indefectiblemente, a conquistarnos el futuro⁴.

Repetimos que es a conciencia, a plena y orgullosa conciencia, como nos exponemos, al proclamar con tanta ingenuidad el contenido de nuestros ideales, a los juicios despiadados de todos esos señores sedentarios, encanecidos en la crítica disecadora e inútil; y aún hasta de los mejor intencionados merecemos cierto desdén compasivo, al observarnos tan escasamente nutridos de la ideología contemporánea. Nos rotularán seguramente como a los últimos discípulos de Rousseau y de los otros teorizantes románticos del XVIII. Sin embargo, cuán lejos de los apasionamientos delirantes, de las candideces del ideólogo, estamos los "venezolanitos de estos tiempos". Algo hemos hecho para demostrarlo. Veamos si logramos convencer a los mejor intencionados; a los otros, ¿para qué? En nuestras sigilosas reuniones preparatorias del cuartelazo de abril jamás inquietamos el sueño de los moradores de Pagüita con ruidosos juramentos, invocando, como Emilio, el del ginebrino, a "la diosa Libertad", sino que silenciosamente luchábamos por conquistarnos el amparo de esa inasible señora; jamás surgieron entre nosotros discusiones acaloradas y violentas por divergencias de criterio político; jamás intentó ninguno encasillar al grupo dentro de ningún sistema; jamás esbozó nadie ese "programa", abrumador de lógica y de previsión, que parece imprescindible a todo grupo conspirativo, especialmente cuando lo inte-

4 No es ésta una afirmación "gascona", de baladrones. Traduce un estado de la conciencia nacional. Nuestra rebeldía batalladora no es sino índice de la que alienta en todos los venezolanos. Tal vez para nosotros —avanzada de la empresa— el sacrificio sea inevitable, mas, los que vienen a la zaga —nosotros mismos, por cuanto se alimentan en una misma ideología— llegarán a la meta y realizarán la obra inaplazable de construir una Venezuela nueva, decente.

gran individuos de aula. Y es porque todos, con una intuición acendrada en el dolor y en el sacrificio de las generaciones que nos precedieron, nos damos perfecta cuenta de cuál es el más urgente problema nacional y cuáles los medios únicos de solucionarlo. La realidad es esta: Gómez, hombre de selva, reunió un día cualesquiera a sus hermanos de correrías y con ellos irrumpió sobre el recinto urbano. El despojo se hizo ley; el atropello adquirió carácter y validez jurídica; la propiedad privada perdió su sentido de cosa sagrada para transformarse en botín de audaces afortunados; y 10.000 bayonetas fueron desde entonces fianza de la anormalidad erigida en sistema. Encuadrado así el problema, nadie podrá negar que lo inmediato, lo urgente, lo inaplazable, es hacer retroceder a los invasores selváticos hacia sus guaridas nativas. Una vez higienizado el recinto ciudadano de esos rezaños de barbarie, cuando éstos no tengan ya a su alcance el fusil ni la ametralladora sino la maza de sus abuelos trogloditas para defenderse de las agresiones de las fieras, entonces y solo entonces debemos encauzar nuestras dinámicas dentro de normas doctrinarias. A veces nos tentó la sugestión de proceder de otra manera: adiestrarnos primero, pacientemente, en el estudio de las disciplinas científicas de alcance social y luego actuar armónicamente, de acuerdo con un plan preestablecido; mas, nos ha detenido siempre, aparte del premioso llamamiento de la patria sacrificada reclamando "acción", el sagrado temor de acercarnos a aquel tipo del escultor parnasiano fijado por Anatole France en una de sus novelas, a quien se le fue la vida leyendo mil y tantos tomos sobre pigmentos colorantes antes de tallar siquiera el boceto de su obra maestra: la Libertad Negra...

Convencidos de la urgencia inaplazable de la acción, hemos actuado. En las páginas que siguen recorreremos la parábola del gesto. Hemos hecho obra de sinceridad. Ni una mentira oportunista de panfletario enturbia la verdad amarga e ilusionada de estas páginas. Por eso, gustosamente nos someteremos a toda crítica de orden literario y aun gramatical —somos tan parcos en años y en sabiduría— que se haga caer sobre ellas; mas no permitiremos que nadie aventure dudas acerca de la veracidad de lo narrado.

Este libro aspira a ser algo más que un vano alarde autobiográfico; en efecto, exaltar a nuestra generación, a nuestro grupo, acaso no sea, en último análisis intransigente, sino una forma hábil de exaltarnos a nosotros individualmente. Nuestras conciencias saben como no fue esa mezquina aspiración la que nos alentó para la labor. Nos ha guiado un propósito más alto, mas generoso y desinteresado: el de que este libro fuera un toque de alarma, una llamada de apremio para las jóvenes conciencias continentales. La situación política de Venezuela —como observaba ya un escritor de la oposición—, aun no admitiendo paralelo con ninguna otra actual o habida en el continente, se está reproduciendo en formas atenuadas, pero alarmantes, en casi todos los pueblos de Hispano-América. Los caciques locales, en desvergonzado maridaje con el invasor extranjero, ejercen en Lima, en La

Habana, en Centro América, gobiernos de hecho, de estructura fascista, fatalmente orientados hacia la dictadura. Leguía y Gómez, por encima del Ande, a través de Arcaya y de Pasos Varela, se tienden las manos camaradas, se canjean condecoraciones y presentes, se hacen propaganda recíproca en *El Nuevo Diario* de Caracas y en *La Prensa* de Lima, Machado clausura en La Habana la imprenta donde se editaba el periódico que acogió en sus columnas un panfleto contra Augusto Leguía; y la prensa asalariada de Caracas derrocha elogiosos adjetivos para la actitud del patán cubano y fastidiosas disertaciones acerca de la "seriedad periodística". Es una vasta red de complicidad entre los detentadores del poder que inicia su tejido en México, se hace extranguladora en la América Antillana, en Venezuela, en Perú y va a anudarse al Sur, en la Chile de Ybañez. Red implacable, tramada de conspiraciones contra las soberanías nacionales, de concesiones onerosas, de pactos donde las patrias pierden su sentido de entidad histórica para convertirse en feudo de pandillas privilegiadas o en tutelazgos de naciones poderosas. Y los llamados a destrozar esa tramoya donde se embozan todas las fuerzas enemigas de la tranquilidad y de la integridad de América son los universitarios unidos en frente único con el proletariado. Mejor preparado que ninguna otra colectividad social, por primordial factor de juventud y por otros igualmente valiosos: capacidad, decoro, intransigente noción de patria, para asumir esa misión trascendental, debe hacerlo de una vez, sin nuevos titubeos. La actuación del grupo universitario venezolano en su cruzada contra los bárbaros ha creado un antecedente obligador. Detrás de los nietos de los otros precursores —los de la clarinada de 1810— deben compactarse los muchachos de América, armados de juventud, para realizar con alegría de sacrificio su cometido histórico. Ya lo dijo uno de los nuestros, frente a la huesa de quien fue el más alto exponente revolucionario durante la primera etapa de la independencia continental: "Ha sonado la hora de definirnos ante el destino y ante nosotros mismos".

Los estudiantes de Caracas, en breve ciclo de tiempo —apenas un año— hemos asaltado por tres veces consecutivas los reductos de la barbarie. Ha habido el gesto cívico y la asonada violenta; en oraciones fervorosas clamamos por la ensoñada libertad; y una noche de abril, a plomo y sangre, fuimos conquistárnosla. El fracaso de este intento libertario, obra de un azar del destino, significó para unos la muerte gloriosa, con un grito de "patria libre" en los labios; para otros, la cárcel, con su cortejo de suplicios y de horrores, para unos cuantos —nosotros entre ellos— el destierro, el exilio, el dolor amargo de vivir desde una playa extranjera toda la tragedia de la patria escarnecida, vejada, deshonorada. La etapa de terrorismo iniciada por la dictadura a raíz de los sucesos de abril, no logró anquilosar de vacilaciones el espíritu universitario. Y en octubre se alzó de nuevo, altivo y magnífico para azote de conciencias culpables. La respuesta a la valiente protesta suscrita por el grupo en esa fecha era la que debía esperarse, dentro de la

ética del régimen: los firmantes fueron condenados a picar piedras en uno de los caminos carreteros que construye el "Benemérito" para cebo de los entusiasmos ingenuos del "turista". Y allí permanecen aún en los momentos en que escribimos estas cuartillas, manteniendo de pie la perpendicular altiva de su gesto y mezclando su sudor y su sangre con la tierra soleada, para hacerla propicia y arrancarle la clave del destino.

La trayectoria de la cruzada acabamos de recorrerla en forma esquemática; en las páginas que siguen ampliamos y detallamos cada una de sus etapas. Para concluir el relato de la última tuvimos que apelar a un vanguardismo ortográfico: poner como signo final no un punto, limitativo y desligador, sino un estirable y liberal punto y coma... En efecto, el capítulo final de este libro no se ha escrito; más aún, no se ha vivido. Está en potencia, y apremiante, hostigador, tiránico en su anhelo de ver luz, acurrucado en nuestros pechos. Se vivirá muy pronto, en la mañanita auroral en que incendien los cielos de la patria las primeras descargas libertarias. Y será también para nosotros la alegría y el honor de escribir el capítulo potencial, en blanco, de este libro, si no con deleznable tinta de imprenta, con dolor y con sangre, materias más perdurables, a prueba de toda contingencia.

PRIMERA ETAPA LA SEMANA DEL ESTUDIANTE

Un corolario del libro *Memorias de un venezolano de la decadencia*, donde nuestro José Rafael Pocaterra pinta magistralmente este pedazo de siglo sangrante, era la situación de Venezuela al iniciarse el año 1928.

Los procedimientos inquisitoriales con que Gómez había sostenido su política de veinte años estaban dando el fruto codiciado por el verdugo sembrador. El terror acaparaba las conciencias de todo un pueblo. Un terror desmesurado que maniataba la palabra y el gesto; una larga etapa de cobardía y de silencio, mientras la patria se moría de ignominia. El pasado monstruoso se erguía como un fantasma rojo por encima de las voluntades. La palabra "Gómez", por sí sola, bastaba para encadenar en todos una asociación de ideas terrible y lógica: los grillos, el tortol, el arsénico, el hambre, la sed, la muerte. Y, Venezuela se callaba, temblorosa y pávida, ante el recuerdo de sus hijos buenos muertos en el suplicio.

Es esta situación lo que Vallenilla Lanz y el coro disciplinado de sus acólitos de menor cuantía han dado en llamar "paz rehabilitadora". Es este silencio hueco de cementerio y de agua estancada lo que proclama Gómez como elogio de su propio gobierno. Tranquilidad y silencio del que no puede gritar porque la mordaza le destruye la voz y del que no puede moverse porque las ligaduras le desgarran las carnes.

Gómez se había visto obligado a poner en libertad a los presos políticos. Lo de "Bolívar Hill" y el escándalo formado por "La vergüenza de América" contribuyeron en mucho a esa determinación del déspota. Este se ha cuidado siempre de la opinión extranjera y ya era insultante al decoro cultural de América, a la decencia continental, ese horrible girón de la Edad Media injertado en este siglo nuevo. Pero, sus cárceles vacías acechaban el primer brote de renacimiento en la dignidad venezolana y las manchas de sangre de las víctimas del régimen, tiñendo las paredes de los calabozos en expectativa, ponían un dique escarlata en las conciencias.

Es fácil explicar la quietud desesperante, conformista, de la República. La pasividad, virtud negativa, predominaba en la ética de nuestro pueblo: Gómez robaba, usurpaba el poder, arrojaba a piltrafas de soberanía a las fauces ávidas del invasor extranjero, se enjugaba las pezuñas con las hojas

de nuestra carta política; pero como un lenitivo, dos años hacía que no asesinaba; dos años sin que interrumpiese el sueño apacible de los caraqueños el alarido angustioso de los presos de La Rotunda, desmoronados en el tormento; dos años sin que al tamborileo monótono del mar sobre los muros de los Castillos Libertador y San Carlos se uniese la música macabra del grito del apaleado. Es prodigiosa la evolución lograda por el "sistema" Gómez en el carácter del venezolano. Ha modelado en su psicología como en barro cocido, a punta de cuchillo, persiguiendo su propia conveniencia. El venezolano era rebelde, inconforme, fanfarrón y valiente. Esta tiranía inacabable ha extraído de él un individuo nuevo y opuesto: desconfiado, sufrido, plástico a toda adaptación; y esperando, esperando siempre, con los brazos cruzados. Es el ancestro aborigen que le emerge del alma en el momento más inoportuno de su historia; pero el indio sin el espíritu pre-dispuesto plenamente al sacrificio y sin esa noción fatalista, sin ese desprecio macho de la vida.

En el ambiente universitario flotó siempre, sin embargo, una inquietud incontenible de inconformidad y de rebeldía. ¿Desborde de generosos entusiasmos, noción vertical de la vida, diafanidad veinteañera en los ojos para vivir comprensivamente el dolor de la patria —locuras, señor burgués—; mas, es lo cierto que en la generalidad de las generaciones universitarias, excepción hecha de alguna que rompiera en el abandono de la claudicación esa cadena moral de decoro y orgullo, no penetró nunca la ola de terror que ahogaba en un turbio silencio de pasividad las fuerzas vivas de la República. En todas las fracasadas conspiraciones que se han tramado en Venezuela contra el régimen "rehabilitador" y contra la persona misma de su "Jefe único", las cuales solo han logrado sembrar de cadáveres de hombres valientes las cárceles de la dictadura y mitigar un poco los insaciables apetitos lombrosianos del déspota, han tomado parte activa elementos de relieve de la falange universitaria. A partir de 1913 y por muchos años permaneció clausurada el aula, convencido el sargento y su "entourage" cínica de palaciegos de que ella era crisol de rebeldías en fermento, yunque donde se forjaban a golpes de angustia, las resoluciones tremendas, peligrosas para la estabilidad del régimen. Por otra parte, aun no mediando la circunstancia de que del claustro solo surgieran "bachilleres revolucionarios", había otra cosa justificativa de esa actitud agresiva que frente a la cultura ha adoptado siempre Gómez y su gobierno. Para el montañés, palurdo apenas desbastado del más crudo analfabetismo, tiene punta de ironía, de amarga y terrible ironía, una Universidad. Convencido de ser el "hombre perfecto", gracias al ininterrumpido coro afirmativo de sus áulicos de borla, quienes queman sin cesar a sus plantas un incienso donde se mezclan girones de honor, retazos de dignidad, tallos podridos que sostuvieron floraciones de un decoro pretérito, considera la ciencia no solo como inútil, sino aun como

alejadora de la perfección⁵. Y bajo esta inspiración, Venezuela permaneció durante mucho tiempo trunca de Universidad, sin que dentro del territorio de la República se atreviera nadie a protestar contra el brutal atropello de lesa-patria y de lesa-civilización.

Una mañana de enero de 1928, hojeando con displicencia asqueada un ejemplar del diario *El Universal*, toparon nuestros ojos con un decreto del Consejo Supremo de la FEV, fijando el 6 de febrero como fecha inicial de la Semana del Estudiante. Ocupaba este decreto un escaso espacio de centímetros, tímido y como avergonzado entre un artículo, millonario de elogios y de cinismo, de alguno de los "estilistas" de la dictadura, y de un fervoroso editorial del periódico acerca de la apertura, por dispendiosa y benévola disposición del "jefe", de un camino carretero en Cualquier Parte... Era necesario elegir reina de los festejos; se proyectaban batallas de flores, recitales líricos, bailes, "terneras". Y para el espíritu de Caracas, ahito de celebraciones pirotécnicas, de recibimientos ruidosos a marinos de "biques escuelas", de arcos aclamatorios con inscripciones alusivas levantados a diario en sus calles para honor del primer quídam extranjero que resuelva visitarnos "oficialmente", solo tuvo aquello la simpatía de ser "cosas de estudiantes", para quienes ha tenido siempre la ciudad blanca el cariño de la madre para el hijo enfermo y también la esperanza inconsciente de la madre en el hijo robusto.

Se necesitaba un distintivo del estudiante y la boina vasca arrojó nuestras cabezas inquietas⁶. Ese pedazo de paño azul tenía para nosotros firmes antecedentes acreedores de cariño y de respeto. Ya la había usado antes el noblote abuelo Don Miguel de Unamuno, genio y rebelde; ya sabíamos del tronco vasco de los Bolívar y pensamos que con ella cubrieron muchas veces sus cabezas altivas los abuelos del Libertador. Debíamos también cosechar en nosotros mismos mucho de la recia terquedad del vasco, terquedad y firmeza para sostener la verticalidad del gesto que debíamos íntegro a la patriecita agonizante. Se nos deshacía entre las manos indolentes la herencia purísima que nos legara el otro vasco grande... Y la boina se estableció defi-

5 Gómez afirma frecuentemente, ante el coro contrito de sus palaciegos, que "Venezuela no necesita de doctores sino de agricultores y de soldados". Por supuesto, los intelectuales del régimen hacen prodigios de habilidad sofística para presentar en forma deglutinable este postulado de barbarie. No hace mucho tiempo uno de ellos, Rafael Sylva —fastidiosamente conocido en el país bajo su seudónimo de Lino Sutil—, ocupó seis columnas de *El Universal*, acopiando datos estadísticos, citas de autores y otros expedientes de leguleyo parroquial para demostrar que "en Venezuela había exceso de profesionales" y "visible carencia de brazos trabajadores".

6 Antonio Arráiz, poeta del grupo, exaltó en versos nuevos el sentido de nuestro distintivo.

nitivamente. La acogió con entusiasmo el estudiantillo alegre y bohemio, que despilfarraba sus horas útiles piropeando a las caraqueñas gentiles desde las puertas amplias de la Universidad; y la acogió también, doblegándose un poco, el estudiante serio que trabajaba recio para casarse ese año y que veía ya cercana la borla del doctorado, pasaporte para la vida circunspecta.

La elección de reina para nuestros festejos es la única votación pública, el único sufragio libre que ha visto Venezuela ("República federal, democrática, alternativa y responsable") en este cuarto de siglo y en un pedazo grande del anterior. Beatriz Peña, moza fresca y garrida, llanera de Zaraza, con todo el sol de los llanos atisbando desde sus pupilas, fue la elegida. Tiene mucho de venezolana esta muchacha alegre de tez morena que no lee a D'Anunzio ni piensa en francés... Y con ella tan venezolana por símbolo nos lanzamos a la cruzada los buenos venezolanos.

El domingo 5 de febrero nos reunimos los "oradores" designados por el Consejo Supremo para llevar la palabra en los distintos actos culturales de la Semana y los compañeros Raul Leoni e Isaac Pardo, Presidente y Secretario respectivamente de la FEV, con objeto de darle lectura a los discursos y poemas. Todos los trabajos leídos esa tarde estaban orientados en un mismo sentido francamente revolucionario⁷. Sin previo acuerdo se había logrado esa finalidad, y decimos sin previo acuerdo, porque explícitamente nada habíamos convenido, aún cuando era tácito el pensamiento de todos en que una fiesta de estudiantes no debía ni podía ser parodia de la farsa celestina de los congresos "rehabilitadores". Esta ausencia de plan preconcebido en nuestra cruzada no ha sido nunca creído por los hombres de la dictadura. Para Gómez y los suyos, el espíritu de rebeldía que desde un comienzo dio carácter definido a nuestros festejos fue inculcado en nosotros por "personas enemigas del orden y de su política de paz", quienes explotaron a su gusto la "inexperiencia" y el "atolondramiento juvenil" del grupo. No ha habido manera de convencer a esos canallas de que la juventud venezolana

7 Este "revolucionario" reclama con urgencia una aclaratoria. No es que en nuestros discursos batiéramos teas incendiarias. Simplemente, respondiendo a imperativos de dignidad y de patriotismo, definíamos en lenguaje mesurado y altivo nuestro credo idealista. La cuestión fue certeramente encuadrada por Germán Arciniegas cuando en su revista bogotana *Universidad* precedió la publicación de esas "proclamas sediciosas" "comunistas", etc., del siguiente epígrafe: "Los discursos que publicamos en seguida, y cuyas copias han llegado a nuestras manos por afortunada casualidad, fueron las chispas que incendiaron la "Semana del Estudiante" en la ciudad de Caracas. El señor Gómez y sus constantes defensores encontraron de un atrevimiento excesivo estos brotes de juventud y castigaron con la cárcel, con el ataque del ejército y con el destierro a los universitarios, cuyo clamor de justicia se vislumbra a través de unas cuantas palabras de incontenible patriotismo. Las gentes libres de América leerán con pasmo estos discursos para saber qué es lo que en Venezuela no se puede decir sino en las veladas íntimas, que la persecución de los dictadores torna azarosas e inseguras".

de la cruzada ha obrado siempre por cuenta propia, asumiendo su personería y su responsabilidad a plena conciencia, sin más ideal que la destrucción definitiva de un régimen que atropella y avergüenza la nacionalidad, para conquistarnos el derecho a vivir una vida ciudadana decente y digna, propia de hombres libres⁸.

El lunes 6 de febrero, muy de mañana, cuando aún estaba amanecido de brumas, por los lados del Ávila, el limpio cielo de Caracas, se inició el desfile de la parvada estudiantil desde la vieja casona universitaria hasta el Panteón Nacional. La bandera mirandina a la cabeza daba un tinte guerrero al batallón, armado sólo de juventud. Atravesó el desfile por la plaza Bolívar, donde el Libertador en bronce sostiene el caballo de la Hazaña, con las patas en alto, como amenazando desbaratar a coces toda la vergüenza de nuestra farsa republicana. Más de quinientos estudiantes desfilaron victoreando a su reinecta llanera por las calles de la ciudad jovial. Caracas no tenía para nosotros el abrigo tibio del eco y nos veía pasar con los ojos cansados del indio, con ese espíritu fatalista del indio, esperando siempre y desconfiando siempre. —Les darían adelantadas las vacaciones de carnaval... —comentó un señor burgués, al observar el revuelo azul de las boinas, mientras apretaba el paso para llegar sin un retardo de minutos a ocupar su sitio de vendutero. —Muchachadas... —dijeron otros, esos eternos teorizantes de la "seriedad" y de la "acción", escépticos de pulpería, discípulos de un Bergeret lamentablemente traducido al criollo.

A pesar de la negación ambiente, atentos solo al ritmo violento de la sangre que nos golpeteaba dentro, con el ansia de apurar el instante largamente esperado, nosotros avanzábamos, resueltos a conquistarnos un futuro mejor.

Ya en el recinto del Panteón se abrió en dos filas el estudiantado y alzando las manos, formaron con las boinas una arcada triunfal, palio y corona a un mismo tiempo para la fresca gracia criolla de la Reina Beatriz. La reinecta de las bellas pupilas incendiadas desfiló bajo ella, plena de gracia, seguida de un albo cortejo de muchachas caraqueñas, constituidas en damas de honor de tan graciosa Majestad.

Entre la multitud de crímenes, de piltrafas de carnes desgarradas, de manos de rateros en acecho frente a las arcas de la República, de violaciones

8 Aún actualmente, después de haber dado demostraciones continuas, concluyentes, de nuestra autonomía, persiste Gómez en considerarnos instrumentos de manos que trabajan en la sombra. La explicación psicológica de la actitud del déspota es fácilmente asequible: el usurpador que adquiere hábito de mando se familiariza de tal modo con la situación absurda donde se situó que no concibe cómo nadie pueda combatirle sin aspirar a ser su sustituto. Sindicados como "instigadores de los estudiantes" han sido encarcelados numerosos padres de familia, substraídos por una orden policial desprovista de toda legalidad a su hogar y a la sociedad.

y de atropellos, entre todo ese turbio sedimento de inmoralidades y de desvergüenzas que constituye el gobierno de Juan Vicente Gómez, hay cosas que maltratan dolorosamente el espíritu. ¡Ese Panteón Nacional, cosa sagrada, templo de una religión trascendente, custodia de cenizas de libertadores, osario donde fraternizan, más allá de la muerte, los hombres que desviaron con el pecho desnudo el cauce de la historia humana, ha sido cuántas veces ultrajado por el verbo mercenario de hombres caídos en el vórtice de las mayores miserias morales! El Libertador en mármol, desde el mausoleo donde un artista admirable plasmó su hora gris de Santa Marta, ha sufrido cuánto discurso irreverente de quienes, olvidando meras nociones de respeto a sí mismo, al pudor personal, llegaron hasta forjar paralelos sacrílegos entre un forajido audaz y el hombre que iluminó de ideas y de libertad el cielo de América. Aceptamos que esos desvergonzados hagan público su descenso moral, su franca rebelión contra todo principio de ética ciudadana, entonando el coro adulón en la prensa meretriz que Gómez paga; aceptamos que pongan la dignidad de su hogar—su mujer, sus hijas...—bajo la pezuña fangosa del déspota; aceptamos que roben hasta el último céntimo que produce el erario; que nos atropellen, que nos encarcelen, que nos torturen, que nos asesinen... Pero, nos hace arder en terrible indignación esos panegíricos a Gómez pronunciados ante la tumba de Bolívar, como si le estuvieran echando en cara al héroe la inutilidad de su labor gigantesca.

Y como en un desagravio para Él, iniciamos en el Panteón nuestra cruzada. Allí, ante las cenizas del Libertador, el estudiante Jóvito Villalba⁹ dijo con voz firme, clara, enérgica, una oración invocatoria. Tenía un profundo sentido de belleza y de angustia el gesto de aquel muchacho de veinte años, altivo y sereno, llamando con aldabonazos de espíritu, cristalizados en su palabra nueva, ante la piedra sepulcral del gran muerto; reclamando del paladín de la gesta de ayer que nos infundiera algo de su virtualidad, algo de sí mismo, para la reconstrucción de su labor deshecha; suplicándole su incorporación a nuestra cruzada; su devoción al vasallaje de nuestra reina tan republicana. Los mármoles mortuorios de los libertadores reforzaban la acústica del edificio, protegiendo la palabra acusadora, matizada de relieves melancólicos, del estudiante. Y cada uno de nosotros sintió, comulgando con la profesión de fe idealista y batalladora del orador, como si la voz nos saliera de la propia garganta.

9 Jóvito Villalba es abanderado de la gente nueva venezolana. En el aula, nadie se atreve a disputarle su sitio de primero. Todos sus compañeros, con ese intuitivo sentido de la jerarquía, reconocemos su preeminencia indiscutible. En toda empresa generosa, en todo noble empeño, en todo propósito de alientos, se le halla siempre a la vanguardia. Ahora, cuando su generación comprendió llegado el momento de definirse ante el destino de la patria, a él, en justicia, correspondió el honor y la responsabilidad de ser el personero del grupo. Hace ya un año que paga en uno de los calabozos del Olvido, en La Rotunda de Caracas, en cárcel y torturas, su grave pecado de juventud digna.

Una vez concluido el discurso, la soberana colocó en el pedestal de la maqueta de Tenerani que remata el mausoleo de Bolívar, un ramo de flores con esta leyenda escrita en el azul de una cinta: "Beatriz I, Reina de los Estudiantes, ofrenda al Padre Nuestro Simón Bolívar estas rosas de Galipán".

Finalizado el acto, el grupo estudiantil precedido de la Reina y su corte de honor y acompañado de gran parte del pueblo, que ya empezaba a interesarse por nuestros festejos, acudio a la casa donde nació Andrés Bello, ductor de pueblos de alta significación en la historia cultural de América. Se depositó la ofrenda floral ante la puerta de la casona solariega, ya que Bello no tiene en Venezuela ni siquiera un humilísimo busto que lo recuerde a sus olvidadizos compatriotas. Para entonces los ánimos del grupo estaban caldeados y ese estado de efervescencia espiritual buscaba formas en que manifestarse: un tranvía que pedía paso y con su campanilleo impertinente apagaba la voz del orador que ofrendaba las flores, fue asaltado por un grupo y obligado por la fuerza a permanecer estacionado en el sitio mientras discurría el acto; un transeunte descortés que se negó a descubrirse al paso de la bandera recibió un puñetazo de un estudiante.

Hacia la plaza de la Pastora donde una estatuilla ruinosa de José Félix Rivas armoniza con el pavimento y los árboles más ruinosos aún, marchó luego la fervorosa peregrinación. El héroe de La Victoria ha tenido siempre un puesto grande en el corazón admirativo de nuestros universitarios. Habló Joaquín Gabaldón Márquez¹⁰. En una prosa clara y diáfana recontó aquellos momentos de prueba para la nacionalidad recién nacida, cuando germinó el bravo gesto de los estudiantes del secular Seminario Tridentino—hoy Universidad Central—, quienes abandonaron el claustro, los libros del agudo Tomás sobre exégesis sagrada, el Digesto y las Pandectas del derecho profano, para ir a enflorar de heroísmo las campiñas de Aragua. Hubo un momento de suprema emoción durante esta ofrenda: aquel en que Gabaldón, evocando el desfile de los recios muchachos bajo los "ojos polares" de José Félix Rivas, afirmó que eran los mismos universitarios de ayer los que

10 Joaquín Gabaldón Márquez forma de avanzada en las filas de su generación. Militante en las izquierdas literarias, ha aportado a la lírica revolucionaria continental una media docena de poemas para todos los tiempos. Su "Listen, my brother", dedicado al coronelito domador del espacio—el hoy esposo de los millones de Miss Morrow—es toda una profesión de fe antiimperialista. El "Poema del limpiabotas" es el primer canto definidamente proletario, de contenido social, escrito en Venezuela. Con su generación, en la recia cruzada, estuvo siempre, marchando en el sector de los gonfaloneros. En la hora cívica, fue de los que más alto gritó, desde la improvisada tribuna de la plaza pública, los anhelos y las rebeldías de Venezuela joven. Cuando sonó el clarín guerrero llamando a los hombres a rescatar a tiros irrenunciables derechos ciudadanos, se lanzó al campamento, fusil al hombro. Durante cuatro meses militó como valiente bajo las banderas ilusionadas de la revolución. Hoy, víctima con su padre—Gral. José Rafael Gabaldón—de una celada cobarde que le tendieran los sabuesos del gomezolato, pena en cárcel, en grillos, en torturas sus delitos de hombría.

iban a realizar aquella ofrenda, creadora de un compromiso de solidaridad y de orgullo con la generación que se sacrificó haciendo patria.

Concluidas allí las festividades de esa mañana, el batallón universitario escoltó a la reina hasta su casa de habitación, cantando a pleno pulmón el "sacalapatalaja"¹¹. Ya Caracas comenzaba a ver de distinto modo la fiesta estudiantil; ya le amanecía en la mirada de sus hombres el claror esperanza del que siente crujir las ligaduras que paralizan el cuerpo...

—Los muchachos están hablando claro... —decía una voz alentadora circulando por toda la ciudad. Y en las ventanas se asomaban mujeres al paso de los grupos, niñas que ya nos veían pasar con algo de madres en las pupilas.

Hacia el medio día cristalizó en un hecho concreto la exaltación de los universitarios producida por las palabras cálidas y fervorosas de los oradores. Un grupo de estudiantes de Medicina se dirigía hacia el Hospital, comentando con entusiasmo los discursos de esa mañana. Al pasar frente al Instituto Anatómico alguno de ellos señaló a sus compañeros la plancha de mármol blanquísimo incrustada en una de las paredes del edificio, para recordar a los estudiantes y a los venezolanos todos que aquel tapiado miserable había sido construido bajo el gobierno del amo: Juan Vicente. Uno de los estudiantes se atrevió a escribir un tímido "muera el tirano" sobre la superficie de la lápida; otro —Guillermo Prince Lara— más audaz lanzó sobre ella una certera pedrada, volviéndola añicos. Fue este el primer chispazo, tímido por augural, de la gran llamarada en que se envolvería pronto una generación que a golpes de gestos se está logrando un sitio en la memoria de los hombres.

En la noche de ese mismo día se realizó en el Teatro Municipal el acto de coronación de la Reina Beatriz, quien apareció en el escenario rodeada de su corte de damas y caballeros de honor. El cutis canela de la soberana resaltaba más nuestro bajo el armiño del traje real; la diadema ponía un dique refulgente en la cabeza inquieta y bella.

Juan Oropeza¹² le hizo entrega de la insignia de la FEV, en una breve y rendida salutación, hermosa pieza literaria forjada en castellano puro. Dijo en ella como simbolizaba Beatriz, dentro del sagrado sentido perdurable de

11 El "sacalapatalaja" — "Cigala y Balaja" — es el himno estudiantil que se cantaba en noches de "farra", de las doce para abajo... Como los cantos rituales de religiones ya muertas, se acompañaba de danzas arrítmicas, descoyuntadas. En los días de "La Semana" se puso de moda, inquietando grandemente a los hombres del gobierno, quienes sospechaban intenciones esotéricas en aquel canto disparatado y jovial.

12 Juan Oropeza es un muchacho muy de su tiempo. Espíritu alerta, cultivado, abierto a todas las inquietudes. Escritor de tendencias ultra, polariza su talento en ensayos teatrales medulados de humanidad. Alistado resueltamente bajo las banderas combativas de su generación, con ella ha estado en todos sus trances de prueba. Actualmente arrastra un grillete en el Castillo de Las Tres Torres, de Barquisimeto.

Fémina, todas las inquietudes que agitan el alma ingenua del estudiante, para concluir reclamando de nosotros el sacrificio de esas nuevas actitudes que frente a la mujer ensayan hoy hombres de otras razas y de distintas latitudes espirituales para conservar ante ella la postura genuflecta, rendida, "la tradicionalmente humana".

Pío Tamayo¹³ salió a escena. Era el lamento de una raza la voz quebradiza del poeta. Era la raza mil veces crucificada la que cantaba su dolor de cuatro siglos por boca de Tamayo, "indio triste", como se llamó a sí mismo. Su poema sencillo y hondo hablaba de la novia que fue raptada un día cualquiera —ya casi sepultado en la anonimidad de los otros, de tantos días turbios que vinieron después— por un soldado aventurero y rudo, que interrumpió en el bohío campesino seguido de una mesnada de bandoleros. Más de una vez se sacudió de emoción el auditorio cuando la voz gemebunda del poeta repetía el ritornelo patético: "No puedo más. Reina Beatriz, no puedo".

La amada que añoraba el poeta era la misma inaccesible Dulcinea de los idealistas de todos los tiempos: la libertad. Cuando esta palabra, finalizadora del poema, fue oída por el concurso, un aplauso cálido y largo sacudió al viejo Coliseo, donde una Venezuela libérrima pintada en el telón de boca —una virgen del trópico, rebelde en la actitud, asida a la bandera, ondulante en un fondo azul claro— tiene sabor de sarcasmo frente al palco presidencial...

Jacinto Fombona Pachano dejó luego oír su voz sonora y limpia y sus versos que más tarde ocuparán un buen espacio en esta hueca literatura contemporánea de Venezuela, tan maculada de ripiosas tiradas lírico-alimenticias dedicadas al "Héroe de Diciembre" y de pegajosos sonetines rimados por Arrechdera, Luis Churión y Ca. en loa y elogio de las hermanas de Juan Vicente. El poema de Fombona fue un conjunto de trozos de vidas humildes, vidas de estudiantes, reconstruidas amorosamente, vertebradas por el soplo lírico con que gusta engalanarse la musa moza y gallarda de este muchacho. Vida del estudiante, cosas nimias, intrascendentes, sin situaciones "novelizables"; una fiesta larga para el hijo de padres "acomodados" que estudia para echarse el "doctor" en la cartera, al lado del certificado de vacu-

13 Este es un bravo muchacho y un poeta de alientos. Desde muy joven se definió: a los veinte años vagabundeaba ya por todas las patrias libres de América, desterrado de la suya por la dictadura que la despotiza. Regresó al país cuando la amnistía del año 27, no para hacer de su "arrepentimiento" —como otros muchos— objeto "cambiable", cosa que se cotiza en dólares, sino para esperar alerta el momento de lanzar de nuevo el grito de un gesto. Al presentarse ese momento no vaciló siquiera, y en versos de recia textura, musculados, viriles, dijo sus rebeldías ante un auditorio de 2.000 venezolanos. A consecuencias de ese "atentado" se encuentra aún en las mazmorras del Castillo Libertador.

na; una cuesta dura, penosa, para casi todos los demás: la partida del hogar, dejando atardecidos de tristeza los ojos de la madre, los ojos de la novia; la lucha en la ciudad, cruenta, implacable, con muchos días de hambre, con muchas noches desveladas sobre las páginas del libro; y los zapatos que empiezan a agujerarse por debajo; y el texto de anatomía tan caro; y el "viejo" con los negocios tan malos... Y cosas más crueles: el telegrama que llega un día anunciado la muerte de la madre o la carta del amigo piadoso para decir de la traición de la amada. Todo esto dicho a Beatriz, gritando recio que "no aceptábamos más yugos que los que vinieran de sus manos"; y midiendo luego a la altura a que podíamos llegar en nuestra empresa al recordar cómo "el Atlántico azul de las boinas" de la generación libertadora se batió en la tormenta gloriosa, salpicando de espuma y de sangre los rostros de quienes pretendieron impedir el brote de la patria nueva.

Música, cantos, romances completaron el programa esa noche.

En verdad, nos extrañó que no suspendieran nuestros festejos desde ese momento y echaran a podrirse en los calabozos a cuantos habían alzado la voz. Es su caso único durante el gobierno de Gómez el procedimiento algo tardío de represalias que se empleó en esta ocasión. Va contra la inflexible lógica del régimen. El Presidente de la Federación—Raul Leoni, cursante de Derecho—fue a inquirir noticias del prefecto Carvallo¹⁴ alarmado ante los rumores que corrían de orden de prisión contra los oradores.

—No, todo va muy bien... —le respondió el cínico y desvergonzado magistrado. Y creemos que hasta le felicitó por el éxito con que se estaba cumpliendo el programa de festejos.

En el Teatro Rívoli—inexplicablemente cedido por su empresario, Roberto Santana Llamozas, invertido notorio que luego vendió su apellido y el resto de escasísima dignidad masculina que le quedaba contrayendo matrimonio con cualquiera de las innumerables hijas de cualquiera de las barraganas de Gómez—se celebró el miércoles en la tarde un recital lírico¹⁵.

Noriega Trigo vivió en un poema el dolor de su lago zuliano manchado de petróleo y crucificado de taladros. Aveledo Urbaneja¹⁶ leyó unas cuarti-

llas declamatorias, acartonadas, y recitó unos poemas de Paz Castillo, con recia voz y actitud erguida que, según parece, agotaron su escasísima reserva de "actitudes". Antonio Arráiz, rudo y cuadrado como un hombre de piedra, cantó en estrofas de recia masculinidad el orgullo de la rebeldía; su verso nuevo y grande, que ya ha tomado puesto propio en la literatura americana de izquierda, lo sentíamos muy nuestro, muy orgullosamente nuestro. Pío Tamayo y Jacinto Fombona leyeron poemas líricos. Y salió Gonzalo Carnevali al escenario. Algo muy hondo estrujó las almas a la sola presencia del poeta. Habíamos oído fervorosamente el relato patético de la prisión de 4 años, plena de amarguras y suplicios, que acababa de sufrir Carnevali; lo habíamos oído de sus propios labios relatado a brochazos en el vacío de dos horas de clase, en los patios floridos de la Universidad. En sus ojos temblaba la angustia de su juventud hecha trizas: su padre asesinado en el calabozo vecino; su hermano torturado mas allá; la "huella roja" que deja en el cerebro las cárceles de Juan Vicente Gómez. Su verso ingenio y sencillo—los poemas de Carnevali sugieren en su sencillez, retazos de charlas familiares—cantó todas las cosas enormes que se le metieron en el calabozo de la ergástula con un rayito de sol, que se coló, indiscreto, por una hendidura de la puerta. Cantó el bullicio carnavalesco que le repiqueteaba despiadado en el calabozo negro y húmedo; y el recuerdo de la noviecita que le adormecía suavemente el alma; y en otro poema habló dolorosamente a la novia del amigo de los otros amigos que claudicaron y orgullosamente del puñado que quedaba limpio de indignidades¹⁷.

El día siguiente se destituyó a Diego Carbonell del rectorado de la Universidad. Es inexplicable la complicidad o aprobación con el sentido de nuestros festejos que pudiera atribuir Gómez a Don Diego, íntegramente dedicado a sus labores "rotarias" y "rotativas". Aún Gómez no se decidía a tomar nuestra actitud como acción propia, surgida de la desesperación de nosotros mismos y atribuía a incapacidad del Rector lo que no era sino indicios de un profundo fermento revolucionario. Se nombró en sustitu-

14 Gómez, exasperado por la rebeldía estudiantil, tachando a Carvallo de "inepto" y de "débil", le arrebató el cargo de Prefecto del Departamento Libertador que conservaba desde la reacción de 1908 a fuerza de hipocresías y de procedimientos de serpiente. Se nos ha dicho que Carvallo disfruta actualmente en París de su dinero tan mal habido, prodigándose a sí mismo los honrosos títulos de "víctima de Gómez" y de "amigo de los estudiantes". Hacemos constar, para resguardo de incautos, que Lorenzo Carvallo es, ha sido y será toda su vida un solemne sinvergüenza.

15 Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva, autores de este libro, tomaron parte en el recital del Rívoli. Otero recitó un poema, inicial del acto; Betancourt lo clausuró con la lectura de unas cuartillas en prosa. (Ambas composiciones van incluidas en el Apéndice).

16 Aveledo Urbaneja pertenecía a una especie de individuos muy abundante en Venezuela. Algo así como un Pacheco revolucionario, o mejor aún, un Pacheco de la dignidad. Muchos creíamos en él

como en uno de los futuros reivindicadores de la Venezuela atormentada. Los sucesos estudiantiles le obligaron a definirse: su diario *Mundial*, que se había conservado discreto, es hoy una de las incondicionales pocilgas "rehabilitadoras"—"Inmundial" le llaman los caraqueños—; y desde él, Aveledo Urbaneja, traicionando a su generación, a sus compañeros de letras y a sus compañeros de aula, quema ante el altar del decrepito Bisonte la orobia de una prosa pirotécnica, hija bastarda, por su orientación y por su contenido, de la de José Enrique Rodó.

17 Cuando inició la dictadura su etapa de represalias de los primeros perseguidos fueron Gonzalo y Atilano Carnevali. Eran ambos reconocidamente desafectos al "régimen"; y no de aquellos que lo combaten solo en inofensivos discretes domésticos. Por conspiradores militantes ya habían sufrido en épocas anteriores cárcel y torturas. En esta ocasión lograron librarse de las garras dictatoriales, para desgracia de Gómez y de su claqué porque ambos—en Norte América uno, en Colombia el otro—han realizado formidables campañas de oposición.

ción de Carbonell a Juan Iturbe, protegido del "iluminado" José Vicente, titular del mayorazgo de los Gómez, quien aún privaba algo en las decisiones de su padre.

El viernes se celebró una ternera a campo raso, en un terreno de pelota dispuesto a tal fin. A pesar del sentido bucólico del festejo, no dejó por ello el gobernador Velazco de enviar sus "espías"¹⁸ a caza de conspiraciones. Quizás pensara, genial en su estupidez, en alguna revuelta armada surgida de esa pacífica reunión campestre...

Sin embargo, fue solo una fiesta íntima de camaradería y de acercamiento estudiantil. Era desconcertante el mutuo aislamiento que existía en nuestro gremio universitario, ausente por completo de ese comulgar de ideas que germina en el significado amplio de la palabra Universidad. Clausuradas al nacer por la policía las asociaciones estudiantiles, en todas las tentativas hechas para constituir las, vivíamos ignorándonos los unos a los otros. Éramos un puñado en cada curso y tratábamos apenas a los que, enyugados con nosotros bajo la misma etiqueta científica, compartían el mismo banco de clase. De los otros ni siquiera sabíamos los nombres, salvo cuatro o cinco amistades surgidas en la cervicería o en el salón social.

El estudiante de Medicina, encastillado en el hospital, cubierto por la capa blanca y piadosa del practicante, prodigando su mano tierna y serena sobre las úlceras de los pobres, y amargado por la impotencia ante la úlcera enorme de la patria; más conocido en el pueblo por su labor franciscana de hacer sanar; jovial, escéptico, burlándose de todo desde que comenzó a burlarse de la muerte. Casi siempre del interior de la República, estudiando espolado por la certeza del padre pobre y de la madre esperanzada, agobiado por la mala comida de las pensiones y por el peso y el precio de la Anatomía.

El estudiante de Ingeniería, serio y práctico, con las manos manchadas de tinta china, y la vista fija en el dibujo por concluir, soportando las digresiones larguísimas y exactísimas del profesor que sabe mucho y enseña poco; atrapando las ironías afiladas del otro profesor pedagogo eminente de barba en punta; atiborrándose de cifras raras el cerebro inconforme, ayuno de cosas espirituales.

El estudiante de Derecho, bebiendo en el código y en las leyes la amargura del código y de las leyes violadas; palpando más de cerca el ultraje a la patria; enfocando con la visual rectísima de la Constitución la vereda supremamente tortuosa de los procedimientos de hecho; viendo patentemente lo

18 El "espía" ocupa sitio eminente en la plana oficial "rehabilitadora". Es imprescindible al "régimen". Sin él, ya Gómez hubiera desaparecido hace mucho tiempo, a golpes de la puñalada libertadora. Los hay de toda especie, color y categoría; desde el "oficioso" hasta el ganapán que cobra ración diaria, desde la dama "bien" que concurre a suarés de legaciones, hasta el tahúr que capta la frase imprudente alrededor del mesón de arrabal.

peligroso que es ser digno en nuestro país: el abogado cínico y prostituido alcanzando altos puestos, ministerios, presidencias del senado, consultorías jurídicas; y el togado venerable y recto que diluye su vida estudiando para luego oír juicios en contra, sistemáticamente, fallados por jueces vendidos al buen postor o penar su grave pecado de dignidad con la cárcel o con el destierro.

La Federación Universitaria, y más aún la Semana del Estudiante, sirvieron para compactar estos elementos diseminados que luego habían de llevar su sentimiento de compañerismo hasta ofrendar por él su libertad y su vida.

El sábado se llevó a efecto una batalla de flores en las calles de la ciudad. La parada oficial de inauguración del Carnaval, decretada apresuradamente con el propósito de desvirtuar la autonomía de nuestros festejos nos obligó a dirigir la caravana de carruajes a las avenidas del Paraíso en uno de los extremos de la ciudad. La reina dirigió allí, desde su carruaje pleno de flores y de mujeres bellas, el "sacalapatalajá" mas fervoroso que ha salido de nuestros labios.

Y se clausuraron los festejos con un baile de honor de S.M. Beatriz, celebrado en la noche del domingo en el club "Venezuela". Fue una lección de decencia para la sociedad caraqueña, corrompida por esta larga etapa de foetazos. Las tiranías de Castro y Gómez, han traído a la capital de la República una bandada de patanes que, investidos de altos cargos políticos, se han reído en derecho y han logrado penetrar en la sociedad, que primero con escrúpulos y luego poco a poco cordializando con ellos, les ha abierto las puertas de par en par, cuando ya han aprendido a tomar el champagne sin derramarlo íntegro en la pechera del frac, de ese frac que es un potro de tormentos para sus humanidades zafias acostumbradas al fresco "liquiliqui". Y así hemos visto a Gonzalo Gómez, hijo natural de la fecunda Dionisia Bello y no se sabe de qué padre, presidiendo el club "Venezuela", que hasta poco tiempo antes había sido escrupulosísimo en la nómina de los miembros: al "Chingo" Ramírez, Bertoldo chato sin el ingenio de Bertoldo, alardeando de Petronio, bajo los colorines churriguerescos de sus camisas de seda, a grandes rayas; y en síntesis, a todo ese atajo de forajidos, alternando en los salones y en los clubs con la gente decente de Venezuela¹⁹.

Finalizó la Semana del Estudiante.

Ya la semilla estaba echada. El pueblo venezolano comenzaba a alejarse de ese personalismo político a que lo condujo siempre factores de ignoran-

19 No permitimos que nadie tuerza el sentido de estos conceptos. No es que echemos en cara a los Gómez su carencia de "abuelos", con blasón y escudo. Somos orgullosamente desdeñosos de linajes que no se ganen con los puños. Quien de niño destalonó "alpargatas" y luego adquirió el hábito culto del "zapato" bien puede pisar la alfombra del salón donde se vive vida de sociedad; pero, quienes continúan actuando en "alpargatas" no tienen derecho alguno a ofender con su presencia lugares destinados para la gente decente.

cia, de raza y de historia. La Señora-Boina, personaje-símbolo, descarnado de toda corporeidad, se había logrado un sitio admirativo en el alma popular. Sin concretar en ninguno de los líderes de "la Semana" su cariñosa simpatía, el pueblo demostraba con una unanimidad alentadora su decidida solidaridad con nuestro gesto. En las calles a cada momento, nos hacían detener; una mano ruda y franca, endurecida de callosidades, apretaba la nuestra, mientras se nos dirigían palabras de lealtad: —Estamos a la orden bachiller, para lo que ustedes hagan... Y todos veíamos, en el fondo de las miradas francas, indicios de una resolución suprema.

En silencio, con una pasividad fatalista, dolorosa, había venido sopor-tando nuestro pueblo la etapa larga de un régimen erigido sobre el atropello y la violencia. Le exaccionaban con el impuesto; pagaban sus servicios a precios irrisorios o permitían que patronos particulares, déspotas del dólar hicieran igual cosa; se le negaba toda protección jurídica para hacer valer sus derechos de humilde²⁰; a planazos, entre insultos y escarnios, le incorporaban al ejército, condenado de podrirse de todos los vicios; su hogar era plaza conquistada, usando de ese privilegio de la "Causa" desde Gonzalo Gómez, asaltador nocturno de domicilios para violar doncellas, hasta el Jefe Civil de la parroquia, cada vez que el gobierno creía oportuno hacer un poco de "aclamación", sainete regocijado y grotesco puesto en escena con frecuencia monótona, se le llevaba como a manada de borregos a gritar "vivas" a Gómez en las plazas públicas. Si por un momento sentía renacer la fibra abuela en el espíritu blanducho, degenerado, y con un "cabezazo" certero se cobraba el insulto de un esbirro, no podía dudar de cuál sería su suerte: ir a morir de paludismo y de hambre en Palenque o en Los Colorados, vestido de rojo, con un grillete al tobillo...

Con una resignación fatalista, matizada de todas las desesperaciones calladas, nuestro pueblo vivía su miseria y su dolor. Incapacitado, por insuficiencias de educación, para una acción autónoma, propia, todo lo esperó siempre de los hombres en quienes, incondicionalmente, había puesto su fe. ¡Y esos hombres, durante 20 años, habían hecho muy poco! O corrompidos por el régimen y adaptados a él, o anarquizados en la emigración por un individualismo intransigente y puntilloso, habían, ido menguándose en la conciencia popular. No se hizo el pueblo, pues, masa activa, resuelta-

mente dada al sacrificio, tras el miraje, siempre peligroso para estas democracias nuevas, de unas presillas de soldado audaz. Los "muera" a las tiranías no se equilibraron en ningún momento con "vivas" a ningún hombre ni a ningún partido. La admiración popular, fervorosamente unánime, ha rodeado con halos de simpatía la boina azul del estudiantado.

Alentadora, propicia a la efusión del optimismo, ha sido para todos los venezolanos desvelados de interrogaciones frente a los problemas nacionales esa actitud inédita de nuestro pueblo hasta hoy devoto con sumisiones fetichistas a hombres y a colores políticos. Ella ha demostrado cómo, por obra de una evolución cumplida a pasos de sacrificios, ya nuestro cacicaje crónico está definitivamente condenado a muerte, falto de ambiente propicio donde prosperar.

20 En materia de legislación social, Venezuela está todavía en la época colonial. Aparte de disposiciones aisladas e inconexas diseminadas en los códigos o consagradas por una jurisprudencia constante, nada existía hasta 1928 —fecha de la promulgación de la *primera Ley de Trabajo*— para protección y defensa de las clases trabajadoras. En esa ley misma, tan viciada como todo lo que surge de un régimen en descomposición, el problema obrero es apenas bordeado. Las cuestiones fundamentales —efectiva protección de las clases productoras frente al despotismo capitalista, mejoramiento social del proletario— queda aún sin abordar. Será ese el trabajo de nosotros, mañana.

SEGUNDA ETAPA
DOS MESES EN LAS CÁRCELES DE GÓMEZ

Pasó "la Semana" sin cumplirse las previsiones de los previsivos. Poetas y oradores estaban impunes por su "delito"... Pero... el martes 14 de febrero, muy de mañana, penetró a la oficina del Colegio de Abogados, de la cual era yo pasante, el "General" Rafael M. Velazco, Gobernador del Distrito Federal. Tenía más acentuada que nunca su lividez impresionante de cadáver. Le acompañaba un idiota, encargado en el aseo del edificio del Palacio de Gobierno y... Justicia. Velazco paseó la mirada a lo largo del techo raso, con cuidadosa atención, diciendo luego a su acompañante:

—Aquí como que no hay "relaarañas"...

Me tranquilicé. ¡No era a "prenderme" que venía Su Excelencia, sino a una simple, a una modestísima requisa de aseo! Se me acercó, no obstante, y de sopetón, clavándome al mismo tiempo los ladinos ojillos de "paisa", me interrogó:

—"Busté" es Betancourt, ¿no? Rómulo Betancourt, ¿no?

—Sí —le contesté... Y se fue, seguido del idiota, sin que yo hubiera podido adivinar los pensamientos escondidos detrás de la máscara de aquel rostro cetrino e inexpresivo.

Alcancé la boina. Iba en pos de Jovito Villalba para narrarle lo ocurrido. Se me atravesó en el camino, cuando ya había traspuesto la escalera que da acceso a la calle, el Gobernador, seguido de algunos esbirros, de rostros foscos y amenazadores.

—Sígueme, porque tenemos que hablar...

En su compañía subí de nuevo la escalera. Atravesé un recibo. Fraíno Mirabal, un estudiante que hace el Judas de nuestra generación, bajó los ojos, sin saludarme. Carlos Siso, Secretario de Gobierno, dirigió a mí, entre cínico e irónico, sus espejuelos de carey, descolgados sobre la nariz, como han sido usados por las celestinas de todos los tiempos, desde la Trotaconventos del Arcipreste hasta las modernas Juana Lugo. Penetramos a un despacho. Sobre el escritorio, un bulto voluminoso me hace pensar en los copiosos archivos de las planillas de delación. En un rincón, al alcance de la mano del "Magistrado", brilla al sol de la mañana el imponente cañón de un winchester...

—Siéntese...

—Gracias...

—“Busté” y que pronunció un discurso subversivo... — y esta palabra final recién aprendida en alguna comunicación de Siso, se adormece y se prolonga, largamente silabeada en aquellos labios de sargento, hechos sólo para la imprecación cuartelaria...

—No señor —le contesto—, ese discurso fue sólo una salutación a mi Reina.

—“Busté” tendrá que retractarse...

—No veo la causa que me pueda obligar a retractarme de ese discurso, pues, le repito, no tiene ningún carácter subversivo...

Y prolongo y silabeo yo también, largamente, la palabra de marras, adoptando esa táctica risueña de combate que nos legó el viejo Anatolio...

Pasé a otro despacho. Uno cualquiera de esos cagatintas que con el cazarro repleto de intriguillas pasean su insignificancia por todas las oficinas públicas de Venezuela, me siguió para tomarme la filiación... Trascurrió una, dos horas. Fumaba, fastidiado de todo aquello. Por encima del balcón abarcaba de una mirada los grupos de desocupados en la Plaza Bolívar. Alguna cara conocida pasó, en el atareo de la lucha cotidiana. De pronto una puerta que se abre y entra Pío Tamayo seguido de dos esbirros. Se me acerca sonreído, con esa sonrisa suya llena de cansancio, heredada tal vez de su abuelo aborígen, el cacique Totonó... Charlamos, reímos; él me recita versos, “versos para la Reina Lilina”, en un tono de voz nasal y cadencioso. El oficialillo que nos vigila se cree con derecho a opinar y baraja, con un desparpajo de escolar aprovechado, a “Rubén” con Arrechadera, al Cura Borges y a Santos Chocano... Se abre de nuevo la puerta y entra, campechano y jovial, luciendo un flamante “sweter” de seda gris, el “lapidario” Guillermo Prince Lara. Nos saluda, y de seguidas, sin despojarse de su plácida sonrisa, nos afirma:

—Vamos para Puerto Cabello. Un “vidón” mis viejos... El Castillo es muy grande; yo jugaba en él “gárgaro malojo” cuando era muchacho...

—Bueno —le interrogamos—, ¿y cómo te enteraste de que nos mudan?

—Por Paredes Urdaneta, Jefe Civil de Catedral, quien fue a hacerme preso a casa; durante el trayecto nos dijo eso: que vamos de “raspa”...

Transcurre media hora. Velazco entra a hacernos compañía. Trae los ojos púdicamente bajos; parece una colegiala que hace su primera entrada en sociedad... Frente a un escritorio se está de pie durante algunos minutos, firmando sobre un libro de planillas en blanco. De pronto nos interroga:

—¿No usan armas?

—Eso está prohibido, General, y nosotros somos muy respetuosos de la ley... —contesta Pío Tamayo, sonriendo con un esguince taimado de indio en los labios...

Entran varios policías vestidos de paisanos. Nos distribuyen. A mi me ponen bajo la “supervigilancia” del “Coronel” Castillo, Segundo Jefe del Cuerpo de Seguridad de Caracas. Pío va con Paredes Urdaneta. Prince no

sé con quién. A la salida alcanzamos a ver, en uno de los departamentos de la Gobernación, al joven periodista Agustín Aveledo Urbaneja, quien en “Mundial” había publicado unos fragmentos del discurso de Villalba. Inmediatamente, con esa rapidez con que evoluciona la mente del “malintencionado”, establecí una relación entre la sonrisa de satisfacción de Siso y la palidez lechosa de Aveledito: se había celebrado un pacto... En el trayecto hacia el Cuartel de Policía nos tropezamos con un buen ciudadano de panzuda gravedad, quien, como lo estaba diciendo con su andar perezoso, acababa de engullirse un copioso yantar; me conoce y al saludarme, comprendiendo por mi acompañante de qué se trataba, masculló entre dos eructos:

—Muchachos... ¡Zoquetes! Ya consiguieron lo que buscaban...

En la Policía encontramos a Jovito Villalba. Nos estrechamos las manos, fuertemente, sin pronunciar palabra. Después nos explica: fue a buscarle a la oficina Pietri, en la cual trabajaba como pasante, un tal Hugo Vivas —uno de tantos racioneros de casimir que pululan por los corredores de la Gobernación— para decirle que “el General Velazco deseaba hablarle”. ¡Y ahí estaba, sin haber hablado aún con el Gobernador, pero ya con un policía, machete en mano, custodiando la puerta del calabozo!

De nuestras casas llegan mantas, cigarrillos, cepillos de dientes... La tarde la distribuimos entre charlar y aprender pasos nuevos de “fox”, enseñados por Prince, quien nos resulta un danzarín de vanguardia. Pío acurrucado en un rincón, componía mentalmente el “poema de las 4 novias”, para cantar las discutibles tristezas que en aquellos momentos debían padecer nuestras Dulcineas... A las diez y media de la noche, más o menos, cuando nos disponíamos a dormir, una voz gritó desde la puerta:

—¡Villalba... Betancourt... con sus “corotos”!

Rápidamente nos distribuimos las mantas, los cigarrillos. Salimos. Al extremo de un largo y estrecho corredor nos esperaba ya Pedro García, ex-socio de Pura la buscona, y jefe del Cuerpo de Seguridad, con su facha habitual: tumbada sobre los ojos el ala del sombrero y las manos en la solapa del chaleco, con gesto que aspiraba a ser “épico” y apenas llegaba a ser “hípico”... Con una voz autoritaria de guapetón de arrabal nos ordena, refiriéndose a las mantas que traíamos bajo el brazo hechas un rollo:

—Dejen eso ahí...

Ya en la calle, nos hacen entrar a un automóvil cuyas cortinillas están rigurosamente corridas. Pensamos que nos envían a Puerto Cabello y con un cigarrillo en los labios, chupado con fatalista delectación, nos disponemos al viaje. Al momento notamos con extrañeza que el vehículo se dirige al Norte de la ciudad, precisamente al extremo opuesto de la vía que debíamos seguir si en efecto fuéramos “destinados” al Castillo Libertador (!) Pastora arriba, el auto se entra de pronto por las callejuelas coloniales del Cuño. Se detiene a la puerta del Cuartel. Por encima del hombro del corpulento negrazo portero del “Coronel” Gonzalo Gómez, nos miramos Vi-

lalba y yo. En aquella mirada, breve pero preñada de sentido, nos recordamos mutuamente la escala dantesca de suplicios, de tortoles, de arsénicos, conocida por nosotros en las páginas de la "Vergüenza de América", releídas juntos muchas veces. Entramos. Las bayonetas de los soldados de la "prevención" hacen mucho ruido cuando un tenientillo en paños menores les da con voz soñolienta la orden de "firme". Un hombrecito retaco, calado hasta los ojos el jipijapa típico del "paisa" nos sale al encuentro; tiene un rostro cenizo, desteñido, con unos bigotes lacios que dan asco. Es Santiago Porras, alcaide de cárcel, y su jipijapa el mismo sombrero abultado en la copa "como con un nudo de cordón prostático", que le vio Pocaterre en La Rotunda... ¡En un cuarto nos hacen desvestir y lentamente, con pacienzudo y consciente trabajo, van tentando con las manos los bolsillos, los forros del traje, hasta el botón-insignia de la FEV, que está en la *boutonnière* de nuestros sacos! Es tan fácil ocultar una ametralladora en cualquier parte... Un escalofrío me corre a lo largo del cuerpo; sin embargo, aparento una calma desdénosa y hasta me sobra voluntad para inquirir con torpe mirada de miope —¿de la requisa no se salvaron ni los anteojos!— a cuál personaje de nuestra pintoresca y accidentada historia nacional pertenecen las imponentes patillas que decoran una efigie desvaída, colgada en lugar visible del despachuelo en donde estamos:

—¿Cresco? —interrogo a mi compañero, señalándole el retrato.

—No; Páez —me contesta, después de un rápido vistazo, quitándose de la boca el cigarrillo, que hasta ese momento había conservado caído sobre el labio inferior, con un gesto muy displicente, muy británico...

Terminada la requisa, nos ordena Porritas seguirle. Cuando me acerco a la mesa donde han quedado cinturones, corbatas, carteras, para recoger mis anteojos, el segundo alcaide —un estúpido ciudadano de bigotazos negros y engallados— me lo impide, reobligándome con una sonrisita de cínico en los labios, cuando le hago ver la imprescindible necesidad que tengo de ellos:

—No le importe, ¿no? "Busté" no va a ver allá ni muy lejos ni cosas muy agradables...

Por un buzón abierto en un enrejado de hierro nos hacen pasar al interior de un patio abierto en dos alas. Entramos al calabozo: cuatro paredes de un enlucido sucio, manchado de letreros y de toscos dibujos, reproduciendo escenas de una pornografía asquerosa; un zócalo de humedad trepa por el tapiado, hasta casi la mitad de su altura; en una de las paredes —la central— abre sus brazos una patética cruz, dibujada con sangre por la mano temblorosa de algún moribundo... Sentados en un quicio nos acurrucamos en espera de la segunda "parte". A poco, entran Tamayo y Prince; y tras de ellos, una comparsa de aquelarre, presidida por Porritas acarrea hierros, chavetas, martillos... Son los grillos. Vienen de a dos pares: los clásicos "rehabilitadores", de 60 libras, y unos pequeños, de 25 libras, llamados "parachoques" en el argot de la cárcel. Empiezan con Prince; todos vamos

contemplando, con más curiosidad que angustia, el mecanismo simplísimo, elemental, de aquellos instrumentos de suplicio rezagados de edades bárbaras en un país gobernado por una banda de foragidos: dos argollas que pasan alrededor de la chocozuela sosteniendo una barra de hierro; una chaveta aplastada de un sólo golpe de martillo; y eso basta para tirar al suelo, como a un fardo, al hombre más corpulento... Cuando terminan con Prince me acerco a él, y con interés cariñoso de compañero, examino si le martirizan demasiado los grillos. Tiento con los dedos la carne hundida por la presión del anillo apretado a la pierna; no obstante, acordándome con su sonrisa de muchacho sano, de la cual no se ha despojado ni por un momento, me atrevo hasta a hacer un chiste:

—Oye, "negro", ni Pichín²¹ te los hace tan a la medida.

Aquello no le hace gracia a Porras, ni mucho menos la risa de los otros compañeros al oír la frase. Se enfosca y por entre los pelos del bigote "barcino" se le desliza un insulto soez contra los "patiquines"²² estos.

Terminan con los cuatro. Quedamos todos inmóviles, como si estuviéramos amarrados a nuestro sitio por un garfio invisible. Esta primera noche es horrible. Los grillos nos obligan a una absoluta horizontalidad; a poco empiezan a resistirse los huesos del contacto con el pavimento, duro y filtrado de humedades; la bombilla de luz eléctrica, suspendida en mitad del calabozo, se nos clava en los ojos, con una terca insistencia... Con los forros de los sacos nos hacemos unos rodetes de trapo, para atenuar el mordisco del cerco de hierro sobre la carne. A veces rompe aquel silencio de angustia la frase aislada de alguno de los cuatro, que aspira a vaticinar el tiempo de cautiverio a que nos tiene condenado el Bisonte o las horas de grillo que nos dosificará Porritas... Prince tiene una ironía amarga:

—Sigán ahora aprendiendo fox-trox "valseado"...

Reímos ruidosamente, ¡como sólo se ríe en situaciones semejantes, cuando se tiene veinte años!

En el silencio de la alta noche se empieza a escuchar, de pronto, un lamento lejano, prolongado, en un principio susurrante como quejido, luego claro, distinto, desgarrador. Incorporados en nuestros sitios nos damos a escuchar aquellas evocaciones de seres queridos —la madre, la hija...—, alternadas con ayes de dolor e imprecaciones soeces. Sin duda —pensamos— torturan a alguien... Pasan las horas y continúa oyéndose la voz de queja. Agotados por la tensión nerviosa de la expectativa —a cada ruido de paso creemos que vienen por nosotros—, nos echamos de nuevo sobre el pavi-

21 Conocido zapatero de Caracas.

22 En Caracas designan los hombres de la plebe, arrabaleros, con el nombre despectivo de "patiquines" a los mozos de "casimir" y "corbatica". El "patiquín" caraqueño es el mismo "filipichín" colombiano y el "pepillo" antillano.

mento. No dormimos; con los ojos fijos en un pedazo de cielo recortado por el estrecho cuadrilátero de un postigo vemos apagarse una a una las estrellas, hasta la última que, friolenta y parpadeante de sueño, se integró en el vacío cuando ya el clarín de los gallos había lanzado su grito mañanero. Observo a Pío la insistencia con que aquella débil luminaria celeste prolonga su luz, llegando a alternar con la claridad violenta del sol recién nacido. Es la estrella de Belén... —me contesta; y la metáfora de sabor bíblico, agotada en tanto discursillo de orador de pueblo, cobró inesperado sentido alentador en aquel ambiente y en aquella hora...

A las seis de la mañana abre el calabozo el segundo alcaide; se queda contemplando el cuadro, con sonrisa de satisfacción, y masculla entre dientes un "buenos días" al cual ninguno de nosotros responde. De seguidas entra un muchacho de unos doce años, andrajoso, pálido, con una expresión de desgarro precoz en el rostro; es el "pollinero", el encargado de sacar la lata destinada a las horrruras... Trae en la mano una cazuela de peltre descalabrada, llena hasta la mitad de una mixtura asquerosa; según ellos, es café... Pío, después de pedirnos repetidas excusas, mete los dedos en la cazuela y va tanteando cuidadosamente el fondo de ella: inquiere si al café han agregado algunos gramos de vidrio molido, infalible específico que acaso algún día tendrá que patentar como suyo el asesino de La Mulera, ¡ante un juzgado del Crimen! Al mediodía hacen de nuevo irrupción en el calabozo los mostachos atemorizantes de nuestro carcelero. El granuja nos entra el almuerzo (!) y mientras deposita en el suelo la escudilla dice con sorna, empujado por ese afán del paria de devolver en una frase o un gesto el dolor secular de su casta:

—Patiquín comiendo "guayoyo"... ¡Ayayay!

El "guayoyo" —lo supimos después— era el nombre que tenía en la jerga de la cárcel aquella ración siempre igual: un puñado de frijoles, dañados de gusanos, náufragos en un océano... de agua, y de agua sin sal, ¡que lo es peor! En la tarde nos llevan la otra ración: un plato de una masa grisosa, apelmazada, dura, que de sólo verla provocaba náuseas... En síntesis: un día de hambre y como él... ¡todos los demás!

Empieza entonces el desfile de las horas siempre iguales, tediosas, monótonas, en las cuales nuestras juventudes —dinamismo, fuerza desbordada, anhelo de acción— protestan inútilmente contra aquel cerco tiránico de seis metros en cuadro... Todos labramos el nombre de la amada en las paredes del calabozo: Jóvito dedicó mayor tiempo que todos a esta faena, miniando las letras con paciencia de fraile medieval. A veces, rompe la tiranía del ambiente una frase feliz; una noche nos interroga este mismo compañero:

—¿A que ustedes no saben cuál es nuestro parentesco?

—Hermanos —contestamos todos a una voz, con esa convicción de fraternidad creada por una misma angustia.

—No —contesta— somos simplemente "cuñados", por estar en El Cuño y por ser "hermanos políticos"...

Uno de estos días se alteró el programa cotidiano: Su Excelencia el Gobernador iba a tomarnos declaración. Se llevaron a Pío, y a nosotros nos incomunicaron en calabozos diferentes: Jóvito fue al "especial", yo al "miriñaque"²³, Prince a uno "terminal" del patio, con una vecindad ingrata al olfato... Cuando entro al calabozo no puedo reprimir un gesto de conmiseración y de asco: es una larga galería con enrejado de hierro en las puertas, donde se hacinan unos encima de otros más de cien hombres, de todas las razas, de todos los colores, de todas las nacionalidades; tienen un rasgo común: la palidez impresionante, casi lívida, que da al pigmento del negro un matiz cenizoso, que ha arrebatado del rostro de los europeos el tinte saludable traído de sus patrias... En su mayoría, aquellos hombres reclusos allí como galeotes de la miseria, son de nacionalidad francesa, algunos prófugos de la penitenciaría de Cayena, unos sin más delito que no tener en regla sus documentos de identificación, los más sin otra causa que haber sido sindicados como "bolcheviques", por algunos de los "escuchas" a sueldo de Velazco. Y sonrío —a veces la indignación sonrío— pensando que mientras muchos de sus hijos padecen en las cárceles de Gómez hambres y miserias, en espera de la muerte cierta por inanición o disentería, la República de Francia, "nodriza de la libertad" y promulgadora de los "sagrados derechos del hombre" ¡le agasaja y condecora con sus más altos honores! A mi entrada se arremolina aquel montón humano de podres, de dolores; un compatriota —quizá ratero de menor cuantía— me endilga como saludo de bienvenida una frase cínica, babosa —muy de venezolana de la decadencia, diría Pocaterra— bastante semejante a la que ya en otra ocasión nos obsequiara el granuja "pollinero"; uno de los franceses, abriendo con un asombro ingenuo las pupilas transparentes de anemia, dice a sus compañeros, con voz confidencial de conspirador: "*Mon Dieu! Les étudiants révolutionnaires!*". Pasan una, dos, tres horas y nuestros ojos se cansan de estar fijos inútilmente en la puerta por donde debe volver Pío; los oídos también están alertas, cuidadosos de recoger cualquier indicio de que estén torturando al compañero... Por fin, acompañado de Porritas, le vemos cruzar de nuevo hacia el calabozo. En vano inquirimos, ansiosamente lo que pueda decirnos la expresión fisonómica del compañero; nada descubrimos en ese rostro inexcutable, rostro de indio indolente y fatalista... Esta noche y la mañana siguiente la pasamos los tres —a Pío lo encerraron de nuevo en el calabozo después de haber prestado declaración— alojados en el "especial". La hospitalidad cariñosa de aquellos parias se desborda con nosotros: nos

23 En la jerga de la cárcel, se designan así los dos calabozos comunes: el primero —"el especial"— está destinado para las "personas decentes"; "el miriñaque" recoge a los más desgraciados, a los más infelices: los que no pueden pagar el alojamiento estipulado por Porritas. De aquí que la irónica gente caraqueña haya bautizado a la ergástula de "El Cuño" con el nombre de "Pensión Táchira".

prestan colchonetas y por un momento nuestras malheridas armaduras se consuelan de sus aporreos en aquella desigual y continua lucha mantenida contra el enlosado del pavimento; un judío, de perfil distinguido y limpia calva académica, nos prepara té; alguien trae un juego de ajedrez, fabricado con asombroso ingenio allí mismo, sustituyendo con masa de trigo la madera para esculpir la aristocracia altanera de la reina y la plebeyez humilde de los peones... Nos resultan pintorescas y dolorosas a un tiempo las horas pasadas en este calabozo común. Produce una impresión de hospital cosmopolita aquella mezcla confusa de voces en todos los idiomas, pronunciadas por labios hermanados bajo la bandera de una patria común: el hambre. Es algo espantoso aquel espectáculo de tanto ser humano, con sagrado y primordial derecho a la vida, condenado a perecer en una larga y angustiosa agonía, ¡por obra y gracia de la voluntad criminal de un déspota y de la tolerancia cómplice de Gobiernos decentes! ¡Gómez mata de hambre a nietos de quienes asaltaron la Bastilla, y la República de Francia cuelga sobre su pecho la más alta condecoración que posee, precisamente en el lugar donde debiera estar el número del penitenciario! Hay otra cosa que me hace pensar, con tristeza, con indignación, cómo prolongan los sistemas personalistas y despóticos hasta futuras generaciones, con medidas inconsultas y arbitrarias, su funesta influencia corruptora. Me refiero al grupo de granujas —diez o doce, andrajosos, paliduchos, con mucha sabiduría precoz en los ojos— encerrados allí. ¿Por cuáles causas? Un día atravesaba la calle, flamante, con su traje mañanero de paño blanco, el honorable Señor Don Nadie, deudo de una de las barraganas de Gómez o simplemente de Arcaya, de Requena, de Velazco; un chico del arroyo, limpiabotas o vendedor de billetes de lotería, el pícaro “gravoche” caraqueño, para dar satisfacción a una infantil travesura lanzó una piedra sobre un depósito de fango formado por la lluvia en algún bache del macadam, logrando su propósito: mancillar la blancura “vestálica” de aquellos pantalones. La orden no se hizo esperar:

—Policía: lléveme a ese “sinvergüenza” al Cuartel y de parte mía —de parte de Don Nadie— dice al Coronel García que lo pase al Cuño...

En otros la causa era aún más “condenatoria”: tuvo hambre, esa hambre feroz de los niños, y se aprovechó de un descuido de la maritornes de algún hombre de la Causa para sustraerle de la cesta de compras un sabroso bocado, destinado a resarcir estomacalmente al “General” o al “Doctor” de sus agobiadoras labores “por la felicidad de la patria”; y el muchacho fue al Cuño, ¡sindicado como ladrón por uno de los mismos que han entrado a saco en las arcas nacionales! Y ya en la cárcel, el que robó por hambre aprende de los rateros profesionales allí recluidos todas las artes de Caco, con sus vericuetos y encrucijadas, y por consiguiente nada de extraño tiene que uno de estos muchachos nos dijera, dándole a estas palabras sentido aterrador la expresión inteligente del gesto con que las acompañó:

—Yo estoy aquí por unos “discos” de fonógrafo... Entonces yo no sabía nada; me cogieron por... zoquete. Ahora cuando salga me atrevo a “robá” al Banco sin que ni Dios me “agüeite”.

En la tarde vuelve el Gobernador. Por turnos nos van llevando a declarar. Voy de segundo; cruzo de nuevo el buzón atravesado la noche memorable, subo una escalera y en un minarete situado en un segundo piso encuentro a Velazco, acompañado de un cagatinta que desempeña funciones de Secretario improvisado. Velazco, con cara de juez inclemente, empieza a interrogarnos en qué fecha, lugar y hora fueron fabricadas nuestras peligrosísimas bombas... retóricas; paladea de paso dos o tres “subversivos” y hasta tiene el tupé de sonreír de nuestra indignación al inquirir: “cuánto nos pagaron por eso”... En el momento de firmar la declaración —parca en palabras, con la mayoría de las preguntas contestadas en secos monosílabos— y entra Siso, perfumado de Guerlin como cualquiera “señorita” de las tablas... Y de nuevo volvemos a nuestro primer calabozo, llevándonos en los ojos la nostalgia de aquel paisaje, millonario de sol y de azul, que se desdoblaba más allá de un ventanal abierto sobre el Ávila...

Al día siguiente, cuando entra el cabo de presos, nos dice con disimulo:

—“Cayeron” Siso, Carvallo y Pedro García...

Todo el día se nos pasa conjeturando alrededor de esta noticia. ¿Debemos o no interpretarla en sentido favorable para nosotros? ¿Quién conoce los designios del Altísimo... “General”!

¡Carnaval! El ruido de los jolgorios —sana alegría de vivir, risa alborozada de mujeres, bailables de moda— viola la vigilancia de los guardias y entra a saturarnos de melancolía los espíritus. El miércoles de ceniza es mi cumpleaños: 20 años de vida, con el porvenir de frente, con las alas tan ágiles... ¡y un par de grillos entorpecidome el vuelo! Celebramos rumbosamente la “efemérides”: Pío recita versos, Jovito “confecciona” charadas e improvisa brindis elocuentes, Prince canta “couplets”, en carácter, con la cabeza ceñida por un pañuelo de colores vivos... Esa noche se prolonga con tal motivo la velada; de pronto oímos ruidos de pasos, de cerrojos, de voces. Me lanzo sobre la puerta y en vano pretendo reconocer con mis pupilas de miope, a través de una rendija, los rostros de quienes entran; llamo en auxilio a Jovito y este empieza a nombrar los que desfilan: ¡a nuestros compañeros!

—Raúl... Fierro... Armando... un estudiante de Medicina, que no sé como se llama... Julio... Simón... Castro... Castrico... Derecho... Figuereido, el Pianista... —y así va contando, hasta que pasa el último.

Al día siguiente, el cabo de presos nos precisa el número de compañeros también encarcelados: diez y siete. Durante el día pretendemos en vano ponernos en contacto con ellos, comunicarnos, saber todo lo que ansiamos saber... En la noche, un movimiento inusitado nos hace presumir algo anormal; se escuchan choques de fusiles, voces de mando rematadas en “ajos”, palabrotas soeces apestantes a burdel y a taberna. Estamos prepara-

dos para cualquier eventualidad: vestidos con las cuatro hilachas de casimir que han resistido hasta entonces la familiaridad destructora del pavimento, y con los paqueticos de ropa interior, de toallas, de dentríficos, alineados en un rincón... A media noche entra Porritas —en calzoncillos, con el sombrero calado hasta las orejas y un aterrador Smith & Wesson cañón largo, colgándole del cinturón— y nos grita:

—Alza arriba, muchachos...

Salimos al patio. Alineados a lo largo de una de las paredes laterales, duermen nuestros compañeros. Es un momento de emoción ingenua ese en que vamos estrechando una a una, las manos de los camaradas de aula, hermanos de generación y de ideales. Quedo al lado de Julio Simón Castro, quien me narra de un tirón todo lo que ansío saber: hicieron primero gestiones diplomáticas para lograr nuestra libertad. Arcaya, meretriz política sin pudores para mentir, ofreció interceder con el "Jefe"; Velazco, a su vez, dijo a Leoni, Presidente de la FEV, que el gobierno estaba dispuesto a "ametrallar" a los estudiantes si intentaban alguna manifestación, y poniendo en ejecución parte de este "programa" hizo desfilar frente a nuestra amada y procerca casona universitaria algunos piquetes del ejército; las sesiones celebradas para tomar un acuerdo en cuanto a la actitud del grupo por nuestro encarcelamiento eran tumultuosas, pródigas en gestos y en arengas de exaltada elocuencia jacobina: Ernesto Silva-Tellería, con su verbo fácil de Mirabeau tropical, se conquistaba, para su nombre el apodo honroso de Coto Paúl; un muchachote espigado e ingenuo, cursante de Ingeniería, repetía la frase conminatoria de Libertador adolescente en las Sociedades Patrióticas del año 10: "Vacilar es perdersnos"; otro, cursante de Medicina, luego de aconsejar la entrega voluntaria de todos en las cárceles del tirano, concedía "veinte minutos" de pensamiento antes de tomar la resolución, recordando con gran crudeza anatómica los suplicios espantosos acostumbrados por los esbirros de Gómez... Me habla de bellos gestos: Beatriz I, nuestra bella soberana, fue con su corte a exigir de Velazco nuestra libertad; Liliana Iturbe renunció su cetro de Reina del Carnaval en señal de protesta; Mary Calcaño se dio el lujo de mofarse del Prefecto Willet en sus propias barbas; los estudiantes todos —con excepción de dos o tres "pollitos bien"— se declararon de riguroso duelo, evitando hasta atravesar las calles destinadas al paseo carnavalesco... El miércoles 22, en vista de que nada habían logrado a favor nuestro, optaron por enviar un telegrama a Gómez —altivo, insolente casi, suprimiéndole hasta los tres "etcéteras" protocolares— para exigirle los redujera a prisión en "el término de la distancia". Unos pocos —Leoni, Zuloaga y los demás que estaban en el Cuño— fueron apresados esa misma noche; los otros debían haberse entregado ya voluntariamente en el Cuartel de Policía, en todo el curso del día.

Momentos después entra de nuevo Porritas; ya se ha disfrazado de "gente decente" con unos pantalones de paño azul. Alineados en dos filas vamos

saliendo, contados con los dedos por el señor alcaide. A la puerta de la cárcel nos espera ya un camión y una "guardia de honor", tan nutrida, tan selecta, que siempre he creído para mis adentros era inmerecida. El "General" Velazco; su cuñado y ataché Benjamín Quintero, de patillas valentinescas y languideces equivocadas; el "encargado" del Ministerio de Guerra... y Goletas; un buen señor de Silvestre, pálido, largo de piernas, canoso, insignificante; el General López Contreras, Jefe de la Guarnición de Caracas, pintoresco con su silueta de soldadito de cartón; charreteras, tabacos descolgados sobre bellos aguardentosos, y soldados, muchos soldados, con los fusiles rebrilladores y con ese silencio obstinado, estúpido, que tienen siempre los soldados de un déspota... A la salida nos devuelven las carteras; abro la mía con avidez, con ansia inconfesada para evitar nuevas negativas de mis carceleros; y los retratos de la madre muerta y de la noviecita en angustias se me van por los ojos, alma adentro, ensanchándome el pecho con la satisfacción orgullosa del deber no eludido. El dinero no fue entregado: íntegro, con excepción de unas sobras devueltas con mal humor, fueron a ingresar los mil y tantos bolívares a que sumaban las cantidades en metálico y billetes llevados por todos nosotros, a los ya cuantiosos haberes de Porritas... ¡Y quién se atreve protestar!

Por las calles solitarias, en el silencio de la alta noche, avanza el camión; un ruido de maquinarias nos anuncia el paso por la esquina de El Conde: las prensas de *El Nuevo Diario* vomitan sobre Venezuela su cotidiano regüeldo de cinismos. Frente al Cuartel de Policía nos detenemos. Ya una larga fila de camiones, ocupando casi tres cuadras, está estacionada allí. A poco empiezan a salir los compañeros. Son muchos —casi cuatrocientos— todos con su cobija al hombro y con una sonrisa confiada, optimista, en los labios. Los van haciendo entrar a los camiones en grupos de diez, y de igual número de soldados, en tren de campaña, con el fusil en tiro y la "chácara" abultada de cápsulas...

Y empezamos a desfilar, no sabemos hacia dónde, a través de las largas avenidas, todas llenas de soledad y de silencio; queda atrás la Universidad, la casona de austera construcción colonial en cuyo estrecho perímetro se refugió hace ya mucho tiempo, la dignidad venezolana; la iglesia de Santa Rosalía, La Rotunda, el Paraíso y la carretera se desdobra ante nosotros, toda plateada de luna. Hace frío, ese frío cortante de las madrugadas caraqueñas; en el fondo de los camiones, algunos estudiantes se echan, tiritando; otros permanecen sentados, arropados con sus cobijas.

Los Teques —"pueblo alerta", diría Ortega y Gasset— nos sale al encuentro, trepado sobre una meseta surgida inesperadamente tras un recodo del camino. Amanece ya; el sol dora el verde tierno de las campiñas y hace esparcirse, en olores penetrantes, toda la fuerza de vida que rebosan estas tierras de Aragua. El Consejo, Tejerías, San Mateo, La Victoria; los pueblos venezolanos, hacinados a la vera de los caminos, miserables, ruinosos, desha-

bitados casi por la poda inclemente del paludismo “elevado por Gómez a la categoría de institución nacional”, según la amarga y certera frase de mi camarada Carnevali.

El paso por Maracay, sede del Jefe y “ciudad santa” de la Causa, es hecho a toda velocidad, respondiendo los conductores de los vehículos a órdenes expresas recibidas en Caracas antes de la partida; en la “casa presidencial” —un palacete churrigueresco debido a la “incapacidad” arquitectónica del ingeniero Chataing— alcanzamos a ver un grupo de oficiales del Ejército, rodeando con ternuras cariñosas al “Benemérito”, a quien presentamos en medio del grupo. Cuando pasamos, un ruido de sables nos anuncia que aquellos genzaros de albondiguilla se preparan para escudar con sus vidas la preciosa “Ídem” del Bisonte, en el caso, no del todo improbable, de que nosotros intentáramos un asalto... Somos tan “comunistas”, tan “bolcheviques”, tan “peligrosos”!

La llegada a Valencia —Valencia del Rey, como se llamó en el lenguaje hermoso de las crónicas de conquistadores poetas— es emocionante. El pueblo íntegro, recordando sus arraigadas tradiciones de civismo, protestó valientemente por el atentado cometido contra la juventud universitaria; a las puertas de los comercios, en las ventanas de las casas, en las esquinas, se agrupaban los hombres, gritando “vivas” a los estudiantes y “muera” a la tiranía; las mujeres —“oh piadosa Verónica del Nazareno, oh, mozas del partido, comprensivas de la cuerda locura de Alonso Quijano”— nos bendecían trazando en el aire con una mano el signo simbólico de la religión de los humildes, mientras que con la otra se secaban las lágrimas desbordadas de las más bellas pupilas de la mujer venezolana... Muchos estudiantes, nos secábamos con rabia —¿está tan arraigado el prejuicio troglodita de que “macho no debe llorar”!— las lágrimas arrancadas por la belleza enternecedora de aquel gesto. ¡Valencia, ciudad activa y proclama, por un momento quiero dejar de mojar en tinta de odios y de indignaciones mi pluma juvenil y rebelde para decirle a los hombres de mi tiempo cómo te creciste para la historia en aquella hora memorable!

Llegamos a Puerto Cabello destrozados por el hambre y por los barquinazos espantosos de los carretones de motor donde viajábamos al caer en los baches y zanjas abiertos en la carretera, intransitable, casi el mismo camino de recuas abierto por el conquistador y la cual bastaría a probar que la decantada... “política de carreteras” es uno más de los mil groseros “bluffs” en que se fundamenta el “sistema” Gómez...

Ya en Puerto Cabello nos esperaban. Apañada en la plaza y en los muelles, una muchedumbre indiferente, acobardada, contempló, sin un gesto de simpatía hacia nosotros, el embarque en las lanchas que debían conducirnos al Castillo Libertador, edificado en un islote. En el trayecto íbamos cantando nuestro jactancioso “sacalapatalajá” y renovando —en escala menos trascendental pero no menos hermosa— la actitud de los jacobinos de la

Francia revolucionaria, a quienes la guillotina arrancaba, con la vida, una estrofa trunca de la Marsellesa...

La entrada al Castillo la revisten de espectaculares aparatos bélicos: ruido de fusiles, los inevitables “ajos” épicos, ametralladoras dirigidas, como una ironía, hacia el puñado de venezolanos descastados reunidos en los muelles, quienes contemplaban todo aquello con un silencio pálido²⁴.

Ya en el interior del Castillo —una fortaleza de construcción española, con abovedados de recia mampostería— nos hacen una minuciosa requisa: mantas, carteras, cinturones, cigarrillos, ¡todo!, lo vemos acarreado hacia no sabemos dónde por soldados, diligentes ante la amenaza de cabo con la clásica “verga” en la mano...

Formados en semicírculos en el patio de la Fortaleza empieza a “revisarnos” el ojo único de un hombre alto, cetrino, de pómulos agresivos, con un rostro inquietante, enmarcado por unos anteojos de vidrios azules, a través de uno de los cuales se adivinaba borrosamente el hueco de una cuenca vacía... Es el General Molina, jefe de la Guarnición allí acantonada. Nos va examinando, con grande atención, como haciendo un esfuerzo poderoso para fijar en su cerebro los detalles fisonómicos de cada uno. De pronto rompe el relativo silencio del momento el latigazo del aire cruzado por la espada de Molina, que por dos veces cae de plano sobre el pecho de un estudiante: Fidel Rotondaro²⁵. Hay un revuelo de hombres, se escuchan gritos; entran soldados con la mano puesta sobre la “oreja” del máuser; en un grupo, el muchacho “planeado” se debate, incendiándosele de macho rencor las pupilas, donde el ancestro calabrés puso un chispazo homicida...

Son las tres de la tarde. El sol cae, vertical, sobre la cosas. Una temperatura de lo menos 34 grados nos acogota. En grupo de cuarenta vamos entrando a los calabozos, unas bóvedas de unos doce metros de largo por tres de ancho. Tenemos hambre, tenemos sed; durante la travesía apenas en dos ventorrillos nos permitieron descender de los vehículos. En el suelo —¿hay para qué decir que las mantas nos la volvimos a ver?— nos vamos tendiendo, amodorrados por el calor, por el hambre, por la sed; pasan las horas y ya, por encima de una de las altas paredes que circunscriben el patio hemos visto desaparecer al sol, envuelto en una espectacular orgía de rojos. Sin

24 Se nos ha afirmado que con motivo del reciente traslado de los estudiantes al Castillo Libertador tuvo ocasión Puerto Cabello, y la aprovechó para reivindicarse de su actuación poco gallarda de febrero. Para quienes —como nosotros— arropan bajo un mismo cariño enorme, ilimitado, a toda esa dolida y grande tierra venezolana, sin pueriles localizaciones “parroquiales”, es hondo motivo de júbilo registrar este hecho.

25 Fidel Rotondaro vale mucho. Es la suya una juventud vigorosa, de alientos. Lanzado con su grupo al tumulto de la protesta, ya no se rindió ni por un momento al halago taimado de la deserción. La noche del 7 de abril actuó como bueno. Desde entonces arrastra un par de grillos, en La Rotunda.

embargo, ¡ni un mendrugo de pan, ni una escudilla de agua, ha venido a calmar la tiranía de las sensaciones que nos acosan! No debemos extrañarnos. ¿Qué otro tratamiento pueden merecer de la estulticia criminal de estos carceleros del déspota quienes tuvieron la osadía de recordarse que aún Gómez no ha practicado en todos los venezolanos —a pesar de afirmarlo el cinismo a sueldo de un tal García Naranjo— el infalible sistema de castrar bestias que ayer le diera celebridad local por los alrededores de La Mulera? La noche llega, piadosamente; y con ella, un poco de brisa marina, saturada de yodos, corre a lo largo de las bóvedas, trayéndonos un mensaje de frescura y la nostalgia de los caminos abiertos hacia la libertad, hacia la vida, sobre la perspectiva del mar...

Durante toda la noche, a cada media hora, los centinelas se alertan, modulando con un pito tres notas, de las cuales la primera y la última son breves, agudas, encerrando, como dentro de dos admiraciones, a la otra, espaciada, cadenciosa, cual un lamento...

Los compañeros todos —novicios en el arte, con ribetes de ciencia, de dormir a pesar de las protestas de los huesos por la dureza del enlosado— se revuelven en sus puestos, sin poder conciliar el sueño; nosotros —los cuatro “cuñados”—, ya entrenados por nuestros días de cárcel, nos dormimos fácilmente, hasta observando con satisfacción cómo aquellas losas tienen indudablemente más confort que el pavimento de El Cuño quebrado de grietas por todas partes... Al que se muda, Dios le ayuda, ¡reza una sentencia del viejo y malicioso refranero español! A media noche, uno de los compañeros me despierta; es Armando León, uno de mis más queridos camaradas:

—Oye —me dice—, no puedo dormir; ¿quieres que charlemos? Me parecen que son años estos días pasados sin comunicarnos...

Empezamos a hablar de esas cosas nimias y trascendentales que son la razón de existir de todos para quienes la vida se multiplica de horizontes más allá del tapiado del estómago...

Incorporamos a nuestra charla cordial de compañeros las visiones de la amada: la suya, menuda, trigüeña, de hermosas pupilas negras, donde vibran todas las inquietudes que fermentan en el alma de esta raza americana y nuestra, que como el árbol de la parábola de Wilde “anda buscando su expresión”; la mía, una chiquilla espigada, morena, como fruta tostada de sol, retadora con la alegría de sus quince años... La “guayaba”²⁶ empieza a fermentarnos dentro del pecho para revelarse de pronto, dulcemente tiránica, cuando la voz de un soldado irrumpe desde la garita con la nostalgia de una copla de la tierra:

Desgraciado labrador
que siembra y no coge trigo;
más desgraciado soy yo
que no puedo hablar contigo!

Por un momento renunciamos a gozar la dulce intimidad de nuestras añoranzas para entristecernos con la tristeza ingenua de aquel paria, ¡de aquel paria que es nuestro hermano! Su tragedia es insignificante para quienes no se atreven a hurgar más allá de la costra y a palpar la llaga. ¡Fácilmente reconstruyo la escena, la he visto repetida tantas veces en aquel pueblo triste donde nací venezolano!: un día llegó a la Jefatura Civil del Distrito un telegrama del Presidente del Estado, reclamando perentoriamente el envío de cien o más hombres; en la noche, salieron las patrullas, armadas de máuser, con un negrazo amenazador, peinilla en mano, a la cabeza; al rancho donde dormía, al lado de la moza serrana compañera de su vida, después de haberse curvado durante diez horas sobre la promesa del surco, irrumpió de pronto la patrulla y amarrado codo con codo, como un facineroso, fue llevado al pueblo; de allí, unido a otros muchos infelices lo enviaron a la capital de Estado, donde le dieron su destino definitivo: ir a “desmontar” las haciendas de Gómez, bajo la férula de una “verga” de capataz o a podrirse de alcohol y de sífilis en uno de los cuarteles de Maracay o de Caracas.

A la mañana siguiente, en la semioscuridad de la madrugada, vienen a “requiciarnos”. El carcelero engrifa de satisfacción los bigotazos —capaces de dar envidia a un guerrero tártaro—, cuando ordena con voz seca y autoritaria:

—Uno que cargue el “pollino”...

Muchas manos se tienden dispuestas a alzar el pequeño barril destinado a las horrruras... Unas, más audaces, triunfan en el empeño y se apoderan de él. De los demás calabozos van saliendo también otros compañeros, cada uno con su barril al hombro, sostenido con meticuloso equilibrio. Todos reproducen, con menos plasticidad, con una ausencia total de detalles decorativos, la estampa bíblica de la Samaritana... Aplausos, risas, chistes remozados del señor de Juan Abat, alegran el ambiente pesado de la cárcel con una ráfaga de juvenil despreocupación. A los que vienen de regreso con los depósitos ya limpios, los acoge un coro de vítores, de felicitaciones; y resulta éste el primer ruidoso fiasco sufrido por nuestros carceleros: la que ellos creyeron sería para nosotros una comisión repugnante resultaba ser hermosa, mereciendo honores el que la desempeñara... Esa misma mañana llevaron a trabajar al Dique Astillero —lugar destinado a repararle mensualmente el velamen a las cuatro goletas que forman la llamada “marina de guerra nacional”— a un grupo de estudiantes. Se fueron a las seis de la mañana y volvieron al medio día, sudorosos, agobiados por el sol, por el hambre; algunos se habían desmayado durante la faena...

26 En nuestro argot estudiantil la “guayaba” es esa tristeza menuda, íntima, casi nos atreveríamos a decir que grata, incapaz de traducirse en gesto. Algo que es, a un mismo tiempo, la “saudade” portuguesa y la “morriña” gallega...

En grandes cantimploras —latas vacías de querosén— fueron trayendo la ración: una escudilla de frijoles —el ya familiar “guayoyo” del Cuño—, pero, mejor, en honor de la verdad, que aquel; siquiera éste, acaso por haber sido cocido con agua de mar, tenía la sal de que el otro carecía en absoluto... Completaba el “almuerzo” dos plátanos verdes, asados, hechos sin duda para dientes de hombres de caverna, pero nunca para los molares “civilizados” de unos hijos del siglo XX...

En la tarde, en vano esperamos comida; no protestamos; nos echamos a dormir, ¡pretendiendo acallar con el sueño aquel deseo goloso de masticar sabrosos manjares o simplemente el humilde “guayoyo”!

Nadie grita, nadie se exalta, aun cuando sospechamos que nos pretenden matar de hambre... Lo único que sin posible duda sobrevivirá al gobierno de Gómez, después de que sus estatuas y bustos sean arrasados por la indignación popular y de que sus panegíricos y sus panegiristas sean quemados todos en las plazas públicas, es esta ciencia de estoicismo que han aprendido los venezolanos en sus cárceles, mejor que en lecturas de vidas ejemplares o en los tratados filosóficos de Epitecto y Marco Aurelio.

Los cinco o seis primeros días son todos iguales. Una sola ración diaria, agua con “cuenta-gotas” —una lata para calabozos de cuarenta personas—, rudos trabajos en Dique de transportar vigas de hierro o dentro de la misma Fortaleza, otro indudablemente más repugnante: barrer letrinas.

Para evitar protestas de nuestra parte, formaban previamente en el patio una compañía de tiradores, con su tenientillo de chocolate a la cabeza, quien gustaba abandonar una de sus manos entre los pliegues de la guerrera, recordando a esos Napoleones de oleografía que decoran las trastiendas de los comercios pueblerinos. Con una alegría y con una sumisión ejemplares, las cuales defraudaban los visibles deseos de aquellos oscuros esbirros de descargar sobre nuestras espaldas de “patiquines” y de enemigos del “Jefe” la verga que portaban, nos dedicábamos todos a aquella labor infamante. Era de verse —¡y de admirarse!— con cuál supremo interés los cursantes de Medicina demoraban el esfuerzo de la escoba sobre una terca suciedad del pavimento, con la misma habilidad con que dejan monda, después de una noche entera de disección, la “armadura” mejor forrada... Y a los de Ingeniería y de Derecho, que hasta el día antes sólo habían manejado el académico “teodolito” y el clásico “papel sellado”, ¡con cuál intuitivo dominio “baldeaban” el suelo, sucio, mal oliente!

Con los días fue mejorando nuestra condición, a medida que la presión interna —huelga, tumultos populares, etc.—, unida a las protestas de muchos periódicos, hombres, y asociaciones libres del mundo, se ejercían sobre el ánimo del Bisonte. Nos dejaron salir al patio, ¡nos permitieron bañarnos!, la comida mejoró, los bigotes engrifados de los carceleros se pusieron “a discreción” y hasta el tuerto Molina se atrevió a balbucirle excusas a Rotondaro...

La vida en tales condiciones nos resultaba hasta agradable; habíamos recibido de nuestras casas dinero y flamantes pijamas, y con ellos vestíamos unos y otros con los trajes más pintorescos y arbitrarios, que iban en descenso desde la americana ceñida del pollito que ni allí quería “perder la línea” hasta el cómodo e higiénico “guayuco” de Celis Saunet, un cursante de Medicina fugado de las páginas de Murger... Se hicieron célebres algunas indumentarias: la ya citada de Celis, que dejaba a pleno sol un pecho cuadrado, velludo, como el de un hombre primitivo; el chaleco de Carlos Eduardo Frías, no propiamente rojo como el que inmortalizó Theófilo Gautier, sino de matices desvaídos, imprecisables; la corbata de “lacito” de Jovito Villalba; el pijama y las alpargatas blancas del Presidente Leoni; la chamarra llanera de Pastor Ollarves; los pantalones arremangados a media pierna de José Antonio Marturet y el pañuelo a la gitana de Gonzalo Galindo...

Se organizaban todas las tardes interesantes vespertinas teatrales, con números y elementos siempre nuevos; actuaban de empresarios, el “chingo” Quintana y Germán Tortosa²⁷, y de artista el obeso y campechano José Tomás Jiménez, quien, con más sal que mucha cupletera de la legua venida por estos trigos, cantaba en carácter a “Violetera” y “Flor del Mal” o imitaba la risa “seráfica” del “Benemérito”, cuando contemplaba en su hacienda de Tocarón a una bestia recién parida o recibe la noticia de haber terminado ya la agonía de un enemigo, en las mazmorras de La Rotunda o de Puerto Cabello...

Otros números que siempre merecían aplausos eran el solo de violencello con que nos obsequiaba el “muerto” Sánchez y los motivos plásticos, evocadores de estampas griegas, en que eran pródigos Isaac Pardo y el propio Jiménez Arráiz.

En las primeras horas de la noche, ya encerrados en los calabozos, se organizaban estupendos concursos de cuentecillos picantes, explotándose en ellos, en medio de un coro de carcajadas, la candidez tradicional de los germanos. A las nueve de la noche se oía el pito del centinela imponiendo silencio; ya teníamos convenido que inmediatamente después de oírse ese toque se interrumpiesen las charlas y carcajadas ruidosas; íbamos a oír las “coplas del estudiante preso”, escritas en colaboración por Miguel Otero e Israel Peña, y a las cuales había adaptado Elías Toro la música lánguida, melancólica, de un “bambuco” colombiano. Casi todas las estrofas encerraban una añoranza de la amada, la eterna Dulcinea que alienta y embellece las nobles empresas:

²⁷ Este es uno de los muchachos más decididos y audaces de que puede ufanarse la juventud venezolana. En la noche del 7 de abril tuvo una actuación destacada, valiente. Actualmente está encarcelado en La Rotunda.

Siento una tristeza honda
como nunca la sentí:
Estoy pensando en la Novia
que está rezando por mí...

En algunas se hacía una jactanciosa profesión de fe:

Con alegría o con dolor,
cantar, cantar y cantar;
de día cantamos nosotros
y de noche canta el mar.

En sólo una, la última, se condensaba la protesta de nuestra juventud —
anhelosa de espacio libre, de aire, de vida— contra aquel cerco tiránico de
muros:

Y la paloma tan libre
que volando pasa y pasa
¡cual si la hubieran mandado
para que nos torturara!

Uno de estos días se interrumpió nuestro vivir ya un tanto aburguesado,
con la irrupción de un nuevo lote de compañeros, diez o doce. Llegaron con
ellos, presos también y con grillos, don Rafael Arévalo González y los gene-
rales Fernando Márquez y Carmelo Castro. Los compañeros nos traen la
alentadora noticia de que Caracas presencia continuamente nobles actitudes
de solidaridad con nuestro gesto. Simultáneamente con el grito valiente de
Valencia a nuestro paso, Caracas prodigaba también su fibra heroica. La
ciudad entera se sacudió y alzó su clamor de protesta. Los empleados de
comercio organizaron una manifestación pacífica, que fue disuelta a machet-
azos por la policía, y 47 de los más esforzados enviados a Palenque a trabajar
en la construcción de una carretera, reviviendo retazos trágicos de la Siberia
pretérita y lejana²⁸. Nuestro hermano el obrero sumó también su aporte de

28 Palenque queda situado en el corazón de nuestros llanos; es una región malsana, pródiga en fiebres
palúdicas y bajo un sol de acero que revienta el cráneo. La idea de trasladar a estos muchachos a
Palenque fue sugerida a Gómez por Rafael María Velasco. Al déspota le pareció admirable, tan
admirable que no tardó en repetir el procedimiento y actualmente un puñado de universitarios,
paladines del segundo brote cívico de nuestra cruzada, cuentan ya ocho meses "cavando su propia
tumba" a golpes de pico, en esa tierra mortífera que no perdona nunca. Los 47 empleados de
comercio salieron de Caracas herméticamente encerrados en un vagón de ferrocarril destinado al
transporte de puercos, quizás para robarlos a las miradas empañadas de lágrimas de las madres que
repletaban la estación. En Cagua los trasladaron a camiones que se internaron por nuestros llanos

rebeldía. Crearon por nosotros la huelga; y decimos crearon, porque en Ve-
nezuela la huelga no ha existido nunca. El obrero, analfabeto, abandonado a
su destino, lo ignora todo. Es esta ocasión, sin previo acuerdo entre ellos,
hubo un paro automático de sus tareas; y se echaron a las calles, en son
agresivo de protesta, a jugarse la vida como valientes, batiéndose a pedradas
en las parroquias de San José y La Pastora contra la policía y la tropa de línea,
armadas de mausser. Las telefonistas, los choferes, los obreros tranviarios, los
farmacéuticos, todos, abandonaron por varios días consecutivos su trabajo e
hicieron una ciudad muerta de nuestra Caracas bulliciosa.

Las calles sembradas de cascos de botellas y de clavos en punta rasgaban
los neumáticos de los automóviles atestados de esbirros, únicos que cruza-
ban las calles. La mujer caraqueña, con la cabeza hermosa cubierta por la

hasta el sitio denominado La China, en Palenque, donde un puñado de criminales paga su condena
de trabajos forzados, que en esa región supremamente insalubre se convierte en pena de muerte.
Allí, bajo un techado de zinc que asimila todo el fuego solar del llano, confundidos con reos de
asesinatos y de robos, durmiendo sobre el suelo irregular y pedregoso, quedaron los 47. Entre ellos
estaban: Federico Gotz con la cara y un brazo sangrante a golpes de machete de los policías, Adrián
Coll, enfermo y casi sin poder tenerse en pie y Arroyo, un muchacho de catorce años. El mismo jefe
del presidio, un tachirenses de apellido Chacón, se alarmó ante la edad infantil de ese último.

—¿Y "busté" por qué viene preso? —le interrogó abriendo alarmado las pupilas oblicuas de montañés.
—No sé. En Caracas opinan que soy el jefe de la Revolución —respondió el chiquillo, con toda
ironía que le cabía en el cuerpo.

Allí atraparon cuadros plenos de profunda tragedia. Los presos por delitos comunes confinados a
ese sitio son objeto de toda clase de tratamientos monstruosos por parte de los esbirros que los
guardan. El látigo va y viene en las manos del cabo desgarrando carnes, y el hambre, la sed, el
paludismo y las fiebres infecciosas rematan a esos desgraciados.

Una tarde vieron al cabo propinándole recios latigazos a uno de aquellos infelices que, muerto de
sed, se había robado un poco de agua. El cabo daba los latigazos espaciados, lentamente, como
escogiendo cada vez el sitio que había de golpear. Más tarde les explicó el mismo cabo:

—Es que a ese sinvergüenza no le duele sino la llaga.

El pobre hombre tenía una llaga en una pierna que el cabo cada día iba agrandando poco a poco
a golpes de verga.

En las noches, un adolescente que había sido corneta del ejército, les silbaba melancólicos toques
militares. Era un pobre muchacho que estaba allí porque un día, en el cuartel, le encontraron un
par de dados en el bolsillo del uniforme. Le mandaron a Palenque y se olvidaron de él. Tenía el
rostro amarillo, terroso, y las manos afiladas de tísico. Estaba siempre triste y su silbido era caden-
cioso y doliente como su tristeza. Cuando pusieron en libertad a los 47 ya casi no podía silbar,
agonizaba lentamente. Más tarde alguien les refirió que había muerto a los pocos días.

Estas cosas explican las carreteras de Juan Vicente Gómez, que él mismo y sus áulicos proclaman
como la obra magna del gobierno "rehabilitador". Gente del pueblo; el asesino, el ratero, el desertor
del ejército, el que abofeteó al agente de policía que lo vejaba, el chofer que chocó con el automóvil
de un ministro, el que se negó a venderle su conuco a un jefe civil; todos encadenados, con las
espaldas crucificadas a latigazos, bajo la vigilancia de asesinos constituidos en cabos, curvados todo el
día desmoronando el terruño a golpes de pico, alimentados con un "rancho" nauseabundo. Ellos son
los que construyen esas carreteras de que Gómez se muestra ufano. Ellos, que si no quedan muertos
sobre la recia labor salen a los quince años, palúdicos, amarillos, curvados, inútiles...

boina, se prodigaba arrojando en todas partes semillas de entereza y de rebelión. La Remington de las empleaditas de los Bancos tecleaban infatigables, multiplicando hojas de protestas y pasquines donde se le echaban en cara a Gómez todos los crímenes innumerables realizados en veinte años de dictadura. Nuestras mujeres desafiaban serenamente la cólera de los esbirros del tirano; su risa burlona colocaba sobre la picota del ridículo las ametralladoras apostadas en las esquinas para infundir terror; escarnecían y despreciaban a los estudiantes pusilánimes que se habían negado —por calculadora previsión digestiva o por cobardía de eunucos— a colaborar con el gesto de sus compañeros; dejaban vacíos los cines y otros lugares de diversión y repletaban los templos alzando la voz dulce y serena para clamar justicia del Señor. Isabelita Jiménez, renuevo sin flaqueza de las abuelas que asombraron a Boves, se improvisaba una tribuna en las gradas de la estatua ecuestre del Libertador y replicaba a quienes reclamaban armas: "*La Bastilla no se tomó en automóviles blindados*". Carmen Gil, "bella y pálida como las heroínas," Aurora Lesmann, Josefina Polanco, Carmen Clemente, Cristobalina Segovia, arengaban con el impulso leve y obligador de sus palabras a las multitudes enardecidas; y las llevaban, bajo el plomo nutrido de las fusilerías, a rescatar para Venezuela el concepto de pueblo masculino, abandonado en la pasividad cobarde de cuatro lustros. Don Rafael Arévalo González, dirigió al tiranuelo una hermosa carta—"de pie frente a sus trece prisiones"—exigiendo nuestra libertad. En el puerto de La Guaira se desarrollaban al mismo tiempo sucesos análogos. Los obreros de la caleta abandonaron sus labores y organizaron una ruidosa manifestación de protesta. El periódico *Azul* clamó por nuestra libertad. Hasta se vislumbró un conato de rebelión armada en el pueblo, exaltado y rabioso.

Comenzó entonces una larguísima cadena de prisiones, asesinatos y represalias que no ha terminado aún y que no terminará sino cuando Gómez muera o cuando le echemos a balazos de ese solio presidencial usurpado, mancillado y deshonrado por él. En Caracas la policía hizo fuego, mil veces, contra el pueblo desarmado. Un panadero cayó acribillado y muerto a balazos en la esquina del Socorro; los obreros de las huelgas fueron perseguidos y 72 de ellos enviados a Palenque, a trabajar como forzados. Un grupo de jóvenes de la buena sociedad de Caracas y de La Guaira fue confinado a un buque (!) de guerra y obligado a baldear la cubierta mugrienta y a fregar los platos sucios de la marinería; otros —Alberto Winckelman, Elías Pérez Sosa y cien más que no recordamos— fueron embarcados hasta el presidio de Guanta, sitio macabro aún tinto con la sangre de cincuenta venezolanos muertos a palos, por orden de Gómez, hace ya algunos años. Jesús y Carlos Corao, José Valle, Tancredo Pimentel y muchos otros fueron sepultados en las mazmorras de Puerto Cabello, cargados de grillos. Arévalo González pisó por décima cuarta vez los calabozos del Castillo Libertador. Carmelo Castro y Fernando Márquez, por una acusación fantástica de

instigadores de nuestra actitud fueron apresados también. Los abogados dignos de Caracas se reunieron en la casa del doctor Guillermo López, profesor universitario y profesional eminente, con objeto de presentar al tirano una petición constitucional de nuestra libertad. Delatados por un conocido espía, de los muchos que raciona la Gobernación de Caracas, Arturo C. Sanz, un piquete de policía cercó la casa donde se efectuaba la reunión; luego fue violado el domicilio honorable y los abogados sacados a la calle. A pie, entre una doble fila de esbirros armados, atravesaron las calles como un pelotón de criminales que se lleva al patíbulo. Fueron trasladados a la cárcel de El Cuño y cubiertos de vejaciones. Entre ellos estaba el doctor Juan José Mendoza —togado de tan rectas ejecutorias como su abuelo prócer Don Cristóbal—, Presidente del Colegio de Abogados y Miembro por la Facultad de Derecho del Consejo Universitario. Los otros eran todos profesores universitarios, y profesionales de los más destacados en el foro venezolano.

Al día siguiente de la llegada de estos compañeros hizo irrupción al patio de la fortaleza el General Molina con su "Estado Mayor" —cuatro o cinco mequetrefes abrumados con las presillas— acompañando a uno de esos "paisas" semicivilizados, que se han dado su ducha de Quinta Avenida, saben el uso a que está destinado el jabón y han abolido el zapato de "orejita"; pero, que conservan, no obstante, y como lazo de solidaridad con la indumentaria de su "especie", el "jipijapa" típico de los hombres de la Cordillera, y el no menos típico manatí "puño de plata"...

Nuestro agasajado visitante es el "Coronel" Hugo Fonseca Vivas, Jefe Civil de Maracay, meca de la rehabilitación y sede del "Jefe" y de la sagrada familia. Viene en misión especial. ¡Es un delegado que el Bisonte nos envía!

La llegada de este señor nos pone en expectativa; sospechamos que aquella su sonrisilla de prostituta que se ofrece, envuelve un seguro peligro para nosotros. Se acerca a los grupos, nos interroga si estamos satisfechos con la alimentación, ríe del chiste de algún estudiante cuya intención, clavada en su flaca humanidad, no alcanza a penetrar; escudriña todo, con mirada cariñosa de padre... indudablemente, si el "Benemérito" no es un dechado de bondad, sus emisarios sí son excelentes... para colgarlos en una plaza pública.

El cabo de presos se acerca aun compañero para decirle disimuladamente que van a llevarnos allí, de seguro para un simulacro de "careo", a los ciudadanos traídos el día anterior. Rápidamente nos damos cuenta de lo que se proponen: habiendo ya sindicado a Arévalo González como agitador nuestro, quieren ver si de algún modo dejamos traslucir la existencia de compromisos con él. La consigna fue corriendo, rápidamente, de oído en oído, era necesario reprimir toda manifestación de simpatía hacia el noble anciano, para evitarle quizás hasta la muerte. A poco, se abrió la puerta que da acceso al patio, y entraron, entre un piquete de soldados, Arévalo González, Márquez y Castro. Los ojos de todos nosotros se quedaron fijos en la nobleza

patricia, venerable, del rostro, del primero, iluminado por una serena sonrisa de estoico; y nos apretamos mutuamente las manos, sofocando el grito que nos asfixiaba, en su anhelo de irse a los espacios. La sonrisa se fue apagando lentamente en aquellos labios, dispuestos siempre a abrirse para un grito de protesta contra las tiranías o para una sana admonición de patria; y de cierto, aquel espíritu se acibaró de decepción al presumir por un momento que el silencio nuestro se debía a un instante de flaqueza cobarde de los mismos por quienes no había vacilado en sacrificar su libertad...

Fonseca les interrogó conjuntamente a los tres si conocían a alguno de nosotros; y al efecto, nos hicieron formar en dos filas y los pasaron por el espacio que quedaba entre ambas. Arévalo González iba de primero, erguida la noble cabeza, aureolada por su nimbo de canas blanqueadas en veinte años consecutivos de cautiverio; le seguía C. Castro, quien nos iba contemplando uno a uno y moviendo al mismo tiempo la cabeza en señal de negación; en último término iba el General Márquez, un hombre a quien sus diez y ocho años de cárcel en las mazmorras de San Carlos, le han dado una expresión apagada en las pupilas, pero que conserva todavía una entereza y una virilidad admirables, las cuales manifestaba en el poco cuidado que le merecían la presencia de aquellos incondicionales esbirros para lanzar gráficos y venezonalísimos términos, de los cuales no salían muy bien librados el "Jefe" ni mucho menos su honorable familia...

Después de esta farsa, se fue Fonseca por donde había venido, seguido de su corte de opereta, a llevarle al "General" la seguridad de que nosotros dedicábamos el tiempo a honestos quehaceres: lavar nuestras ropitas, divagar de cosas de patria, fumar, hacer chistes y no a la fabricación de bombas y explosivos. Ocho o diez días después se presentó de nuevo. Traía ahora una misión más importante, porque la "mise en scena" lo estaba demostrando: además de Molina y sus "muchachos" le escoltaba ahora un piquete de soldados, en su mayoría indios corianos reclutados a culatazos en la sierra de Churuguara...

Llamó aparte a un grupo de estudiantes y le anunció que el "Jefe" estaba dispuesto a concedernos la libertad a condición de que firmáramos una carta que él traía. Inmediatamente uno del grupo se la pidió para leerla; se negó y, como insistiera el compañero, alzó los hombros, con ese gesto con que se quiere significar la poca importancia de algo, diciendo al mismo tiempo:

—No vale la pena... Es una "cartica" que yo mismo redacté.

—Pues, por lo mismo queremos leerla... contestamos.

Obligado por esta insistencia nuestra, metió la mano en uno de los bolsillos del saco y con grandes cuidados fue desenvolviendo del papel de seda que lo protegía, un sobre largo de los llamados de "oficio"; después, con redoblada meticulosidad, sacó la carta. Estaba escrita, a máquina, pulcramente. Desde el encabezamiento —un "respetado General", con las letras

todas mayúsculas— empezó a disgustarnos aquel esperpento epistolar, disgusto que se transformó en irreprimible indignación cuando nos enteramos de su contenido.

Aparecíamos en ella confesándonos "jóvenes inexpertos", desviados del "sendero del honor" por los "malos hijos de la patria"; y concluíamos hasta dándole las gracias al "Benemérito" por habernos dispensado el honor de alojarnos durante dos meses en una de sus cárceles; de habernos hecho sufrir hambres, de habernos humillado; y como detalles de segundo orden hasta eco nos hacíamos, con frases que envidaría uno de los gacetilleros a sueldo de Vallenilla Lanz, de las "carreteras", de las mejoras de la "cría vacuna y caballar" y del pago de la "deuda"...

¡Canallas! Enfurecidos les dijimos todos, a una voz, que no estábamos dispuestos a firmar esa carta ni ninguna otra. Se puso pálido, aun no sé si de ira o de temor, presintiendo el regaño inevitable del "Jefe" por haber salido tan deslucido en el cumplimiento de la misión. Con rencor apenas reprimido nos dijo entonces:

—Habrá que consultar a los demás estudiantes...

—Lo cual es sumamente fácil —le replicó con prontitud Raúl Leoni—, ahora mismo podemos celebrar una sesión y darle lectura a la carta.

Fonseca se acercó a un oficialillo y le dio una orden en voz baja. Supimos cuál era cuando vimos, al regresar de nuevo al patio, que las azoteas estaban llenas de soldados, con los fusiles dirigidos hacia el sitio donde se encontraban nuestros compañeros.

Se trataba de un juego escénico, de una decoración atemorizante... Arriba, soldados, muchos soldados, dispuestos a fusilarnos si oían una voz de aquellos esbirros sin conciencia ni noción de humanidad; abajo, un grupo de hombres indefensos, pero abroquelados en el orgullo de sus convicciones. Empezó la sesión. Silenciosamente nos fuimos sentando todos en semicírculo. Leoni, quien esa tarde se creció con su entereza viril, anunció que iba dar lectura a una carta que nos exigían dirigiéramos a Gómez. Con su voz recia de orador de la Convención empezó nuestro Presidente a leer la epístola de marras, acentuando con un tono especial, forzado, que hubiera sido cómico de no ser trágico, los períodos culminantes de cinismo. Terminada la lectura, Leoni paseó la mirada, interrogadora tras los espejuelos inquietantes, a lo largo del grupo y exigió que todos los dispuestos a firmar la carta se pusieran de pie.

Se hizo un silencio solemne, el "silencio que se oye" de la metáfora balzaciana. Nadie se movió de su sitio, ni para pestañear siquiera. Leoni sonreía satisfecho, con el escaso pelo de la testa despeinado por la brisa marina, que se colaba por un postigo abierto sobre el Caribe; Fonseca y los suyos, por su parte, estaban silenciosos, aplanados por muchas toneladas de asombro caídas sobre ellos, al ver cumplido el "sacrilegio" de que cuatrocientos venezolanos —y para mayor rabia "unos muchachos"!— se atrevieran

a desobedecer resueltamente una orden del "Jefe"... Pasaron algunos minutos, diez, doce. Ya aquel silencio se hacía pesado, insoportable. Habló de nuevo Fonseca: no ahora su palabra autoritaria como en un principio, si no sumisa, casi suplicatoria:

—Piensen ustedes, jóvenes, en sus familias angustiadas y firmen la "cartica"... ¡Caramba! Yo no le veo nada de particular.

Nuevo silencio, apenas interrumpido por el ruido de los fósforos al encender los cigarrillos. El "coronel" se daba golpecitos impacientes con el foete en el ruego del pantalón; Molina y su corte acariciaba la empuñadura labrada de sus mandobles; por nuestra parte nos contentábamos con guiñarnos los ojos, seguros de nosotros mismos y alborozados con el disgusto que seguro proporcionaríamos al Bagre²⁹.... Por último, Fonseca se atrevió a insinuar:

—¿Y por qué ustedes mismos no redactan la carta para el General?

—Porque nada tenemos que escribir a Maracay —le replicó una voz, inmediatamente.

Ante aquella respuesta tan categórica comprendieron que nada lograrían de nosotros e hicieron "mutis" por la puerta, con sus soldados, con sus mandobles... y con su carta. De paso, mascullaron algunas amenazas, a las cuales respondimos nosotros preparándonos para cualquier cambio de "situación": no quedó lata ni pote que no fuera colmado de agua hasta los bordes y escondidos en el fondo de los calabozos; y los "despenseros" se dieron prisa en repartir equitativamente las provisiones. Teníamos en perspectiva una nueva etapa de hambre, de trabajos, de humillaciones; sin embargo, cuando en la noche se oyó la voz del estudiante-trovero evocando en estrofas ingenuas la añoranza de la amada lejana, todos sentimos cómo nos rebotaba el pecho un orgullo puro, sin megalomanías, ni presunciones; el orgullo de haber sabido mantenernos erguidos, en una hora de prueba, ¡frente a la oprobiosa tiranía! En la madrugada entraron a los calabozos algunos oficiales, dándonos esa voz de mando del pintoresco vocabulario de la "milicia" criolla:

—Alza arriba, muchachos...

Sospechamos que sería una burla. Muchos se acurrucaron en el "lecho", mascullando alguna frase agria, malsonante... Mas, al fin hubimos de convencernos de que era cierto que volvíamos a la libertad.

En tropel impaciente fuimos saliendo; a lo lejos, en uno de los calabozos interiores, alcanzamos a ver a Pío Tamayo, el compañero que aun permanecería encerrado en aquel "sepulcro de vivos", quién sabe por cuanto

29 Los universitarios designamos a Gómez, despectivamente, con el apodo de "Bagre". El estribillo del "Cigala y Balaja" es, precisamente, a base de esa "irreverencia":
Ajá... Ajá... Ajá... El Bagre ya se va.

tiempo. Sus miradas nos vieron partir, sin tristezas, sin rencor, sí veladas de una leve melancolía. Alcancé, de paso, a estrecharle la mano y a balbucirle, con firmeza resuelta:

—No te olvidaremos, sabes...

En los muelles nos esperaban muchos brazos abiertos. Madres con los nobles rostros prestigiados de lágrimas; novias ansiosas de verse en los ojos del amado; padres, amigos, hermanos, todos sonrientes, todos orgullosos.

En automóvil hacemos de nuevo el recorrido hacia Caracas. El paso por los pueblos del trayecto tiene mucho de apoteosis, de apoteosis ingenua, muy diferente de esas "aclamaciones" oficiales, con sus arcos de cartón plagados de sandeces y con sus concejales oradores...

En Valencia nos organizaron un recibimiento espléndido, y el Club "Centro de Amigos" pretendió celebrar un baile en nuestro honor, a lo cual se opuso un tal Ramos, o "Rama" o "Ramera"... Presidente del Estado.

Entramos a Caracas en medio de un júbilo de ventanas abiertas, donde lindas manos de mujer arrojaban flores a nuestro paso...

¿Volvíamos acaso a refugiar en el cariño del libro, en el goce tranquilo de la casa, en la amable tiranía de la novia, el dolor de haber visto afrontadas nuestras juventudes con más de un insulto, con muchos vejámenes? ¡No! Íbamos resueltos a "tomar en vilo la vida" para ofrendarla a la patria; nos esperaban la conspiración, el cuartelazo; la muerte a unos, la prisión y la tortura a otros, el destierro para nosotros.

A nuestro regreso, recuperó Caracas su fisonomía de “ciudad alegre y confiada”. Todos se emulaban para hacernos olvidar, en el tráfico ruidoso de las fiestas, el dolor y la angustia de las horas vividas: bailes, picnis, estridencia cobriza del jazz, los 20 años joviales apurados en una copa clara de licor... Mas, semanas después, pasada la efusiva alegría de los primeros momentos, empezaron a vernos los ojos esperanzados con soslayos pesimistas. A través de los intersticios de una discreción unánime, construida sobre el recuerdo de nuestro primer gesto rebelde, nos hincaba una pregunta, que no tomaba forma:

—¿Cómo es posible —nos decían las miradas, los gestos, las palabras truncadas antes de llegar a frase—, cómo es posible que los estudiantes hayan retornado a su vivir habitual mientras Arévalo González y cien más que por ellos sacrificaron su libertad permanecen en la cárcel?

La pregunta llegó, por último, a condensarse. Nos la formulaban al doblar de cada esquina, desde el ciudadano autorizado para hacerlo por la verticalidad altiva de su actuación hasta el amorfo *bonhome*, si incapaz de acción propia, abundantemente dispuesto a orientar dinámicas ajenas. Nosotros respondíamos a ese reproche de la opinión, que ya formaba un halo agresivo alrededor del grupo, con sonrisas indiferentes, con gestos de cansancio, a veces hasta con un chiste de mal gusto; y continuábamos, metódicamente, paseando el esmókin, no siempre impecable, desde los corredores del club “bien” hasta los “patios” arrabalerados, saturados de perfumes baratos y de músicas soeces... Mas, por debajo de todo esto, tan absurdamente vacío, caminaba a pasos cautelosos una concentración de fuerzas admirablemente tramadas: ¡la conspiración! A los pocos días de regresar del Casti-

30 Esta es la etapa de nuestra cruzada más borrosamente bocetada por nosotros. Mediando la circunstancia de encontrarse en Venezuela muchos de los individuos organizadores y actores del cuartelazo, hemos temido exponerlos a las represalias de esa gente, que no perdona nunca. Esto basta a explicar por qué es tan pobre de detalles este capítulo y por qué nos hemos visto obligados a silenciar muchos de los aspectos de esa noche memorable. Cuando desaparezca Gómez y con él la impedimenta insalvable para una precisa reconstrucción de ese movimiento libertario, saldrá a la luz más de un gesto de hermosa y varonil energía.

llo supimos la noticia alentadora de que nuestro gesto cívico tendría eco inmediato en una asonada militar; y con la noticia, nos transmitió el director estudiantil de la conspiración —Juan José Palacios, cursante de 5° año de Ciencias Políticas— una consigna terrible: aparentar a todo trance, aun a costa del sacrificio inmediato de nuestro orgullo, una resignación fatalista de impotentes frente a la canalla gobernante. Debíamos ser peleles, condenados a reír, a bailar, a hacer chistes, para llevar hasta el gobierno la convicción de que nuestra actitud francamente subversiva había sido solo la exaltación jacobina de un minuto... Y lo logramos. Las “sagradas” fueron disueltas; las bandas de “chácharos” instalados en el Palacio de Gobierno las repartieron entre los cuarteles de la ciudad; los matones uniformados de la milicia regular al vernos ya no fruncían los rostros patibularios con una mueca inquieta, de expectativa, sino que los desplegaban, a toda anchura, con la jactancia del baladrón cuando ve esfumarse al enemigo... Para el grupo de comprometidos eran terribles aquellos días. Sigilosamente, con la convicción de estarnos jugando la vida en el empeño, acopiábamos revólveres, cápsulas, puñales. Por otra parte, sabíamos muy poco; solo una cosa, cierta, precisa: que una noche cualquiera, dentro de días, de semanas, asaltaríamos a tiros algunas de las guaridas de los bárbaros.

Semana Mayor. Viernes Santo. Frente a la Iglesia de San Francisco, bajo la Ceiba abuela, a dos pasos del edificio austero de la Universidad. El cuadro evocaba una stampa colonial del 800. En hombros de devotos recorría el Nazareno, una vez más, su ruta dolorosa. Detrás de la procesión, las mujeres elevaban al cielo impasible el fervor de sus votos:

—“...Señor, acuérdate de la alianza que hiciste en otro tiempo con nuestros padres y no echés en olvido a tu pobre pueblo”³¹.

Eramos cuatro, cinco. Huyéndole a una llovizna fina y monótona, nos refugiamos bajo un alero, el cual incrusta su caña anacrónica en la arquitectura nueva de algún edificio. Nos distraíamos observando las maniobras habilidosas de las lindas caraqueñitas para evitar que la “garúa” indiscreta le desperfeccionara el maquillaje... De pronto, un compañero se nos acercó. Es de los de vanguardia. La sangre brava de ayer no ha sufrido degradaciones en sus arterias de venezolano nuevo. Se nos queda mirando, con los ojos acerados y fríos, y luego deja caer la noticia, serenamente:

—Esta noche es la “cosa”... Avisen a los otros. En la casa de la Federación nos encontramos.

31 Para un analítico a lo Taine no dejaría de ser un indicio muy sugeridor este dato, transcrito por nosotros a título de simple “curiosidad”: en Caracas se hicieron en 1928 tiradas hasta de 10.000 ejemplares de un cuadernillo religioso contentivo de una oración titulada: “Ruego a N. S. para que haga cesar los males que agobian a la República”; a ella pertenece ese fragmento copiado por nosotros. Creemos que no puede ser más expresivo el parrafito en cuestión.

Nos desbandamos. Era necesario hacer correr la voz. No se diría totalmente la verdad; nuestra misión se reducirá a invitar a los camaradas a la inauguración del nuevo local donde se instalaría la FEV. Tomamos vehículos de alquiler, en una estación cercana, situada frente al Cuartel de Policía. Recorrimos en la memoria las direcciones de las casas de pensiones refugio del estudiante provinciano, por pobre y por amargado inconforme como ninguno con las injusticias sociales y capacitado mejor que su camarada burgués para comprender la tragedia de la patria, porque ya su propia vida es una tragedia... Ordenamos al chofer varias direcciones.

—Perico a San Lázaro, a mano izquierda... Pensión Europa... El Hospital...

Los camaradas al vernos llegar en forma tan intempestiva y violenta y oír la invitación, comprendían la existencia de “algo” oculto detrás de la inofensiva máscara inauguratoria. Sonreían y tendiendo las manos compaÑeras, leales, contestaban:

—Sí iré. Cuenten conmigo...

En un alto de nuestro trajín de cuatro horas, desde la casa de un compañero, Pastora arriba, vimos cómo iba cayendo sobre el Ávila un crepúsculo discreto, de matices claros... Las 8 de la noche. Nos detenemos a la puerta del local de la Federación. Varias mesas, dos docenas de sillas cojas, una sombrerera venerable, con el espejo roto en ángulo recto... Alrededor de cincuenta estudiantes estaban ya-reunidos. Repartidos en grupos de cuatro, de cinco, comentaban algo inquietante, en voz pianísima. Otros impasibles, “ligaban” partidas de póker, acodados sobre las mesillas. Casi todos hacían a cada instante ese gesto típico de quien por primera vez se faja un revólver: llevarse la mano a la altura de la cintura, sobre el lado derecho, como para sostener el arma, que siente salirse de su funda... Las palabras empezaron a adquirir un tono solemne; las pupilas brillaban ya, extrañamente, con fulgores de fiebre. De uno de los cuartos interiores, seguido de un grupo surgió Juan José Palacios. La mirada dura, verde, recta sobre el objeto; las cejas enmarañadas, como de cerdas, marco del rostro fosco, dantoniano:

—¿Están armados? —nos interroga.

—Sí —contestamos casi todos.

—A la una de la madrugada será la “cosa”... Antes de esa hora nadie debe salir de aquí.

Se sitúan porteros, revólver en mano, con la consigna de no dejar salir a nadie. Los tres nos miramos las caras. La misma angustiada pregunta nos hacemos, en una breve mirada de inteligencia. ¡Eso no es posible! Debemos salir siquiera unos minutos, necesitamos salir... El más audaz comienza a caminar hacia la puerta, con paso resuelto. Le seguimos. El portero —un cumanés testarudo como Kerabán— le cierra el paso:

—No es posible salir.

—Oye, “valecito” —y ahuecó la voz, hasta un límite inverosímil, saturándola de misterio...—, vamos a una comisión urgente.

El compañero cedió. ¡Era tan convincente, tan “conspirativo” aquel tono de voz!

Salimos a la calle. Una ráfaga de brisa que por Monzón se colaba desde el Paraíso nos ensanchó el pulmón casi asfixiado por el humo que arrojaban dentro de la casa muchos cigarrillos ardiendo simultáneamente. Refinos de la argucia del compañero para logramos salida y ya instalados dentro de un coche transeúnte nos dispusimos a dar remate a nuestra “peligrosa” comisión... Íbamos a despedirnos de las novias. Fue apenas la emoción de un instante, apremiados por las llamadas impacientes de los compañeros que nos aguardaban dentro del vehículo. La eternidad en el minuto largo de una mirada, alguna suave palabra, y un leve apretón de manos; y el regreso al sitio de reunión, ¡llevando dentro del pecho, firme, honda, la seguridad de no flaquear!

Cuando entramos a la casa de la Federación ya estaban reunidos allí más de un centenar de estudiantes. Los grupos eran entonces más numerosos y locuaces. Los del póker continuaban, impertérritos, apuntando fichas sobre un tapete improvisado. En un rincón, abstraídos del ambiente, con la vista clavada sobre el tablero, dos “ajedrecistas” movían meticulosamente las piezas. Alrededor de un sifón de cerveza, exhausto, una media docena de temerarios esperaban con los vasos en la mano los resultados del esfuerzo formidable que hacía un séptimo sobre la bomba de presión... Estábamos inquietos, con el temor muy justificado de que nos toparan en masa si algunas sospechas, si algún indicio, se colaba hasta la Gobernación. Resolvimos disolvernos; un grupo iría a la Cervecería Doncella, otro a los alrededores del Panteón, un tercero al Hospital. Nos correspondió incorporarnos al primero. Habíamos substituido las boinas, demasiado significativas, por el fieltro y el pajilla cotidianos. Caracas dormía ya. Colonial y abuela bajo su matiz cosmopolita, la ciudad acostumbrada recogerse temprano. Algún transeúnte, tímido, nos vio pasar, con cierta inquietud. En los quicios de las puertas, los “puntos” dormían beatíficamente, con el capote arrollado al cuerpo, la “goma” a un lado y el morrión caído sobre los ojos... En la Cervecería comenzaron los mozos del servicio, al vernos penetrar en grupos y despojados de la boina habitual:

—Esa “fiesta” como que es hasta Cúcuta, bachilleres. Hasta los “gorritos” los cambiaron...

Reímos. Trajeron “wiskey”; alguno, dispéptico, pidió agua digestiva “La Lajita”. Hablábamos poco. Las copas se vaciaban de un trago. Con intervalos de minutos, alguno consulta la hora sobre un reloj colgado en sitio visible: Once y media... doce y diez... doce y veinticinco... la una menos cuarto... ¡La una! El campanillazo del reloj cayó, perpendicular, sobre nosotros. En Catedral vecina cantó también el viejo reloj metropolitano la

hora tan ansiada; y todos nos quedamos pendientes de aquella música infantil, hecha de notas cantarinas y espaciadas, henchidas de un sentido nuevo, de un inesperado sabor a aleluya...

Los minutos eran vividos intensamente. Ya no hablábamos. Por señas reclamábamos del mozo que renovara el servicio. El bocinazo de un automóvil nos ponía a esperar... ¡La una y cuarto! Envueltos en sus capotes, con esa cara agria del trasnochado forzado empezaron a entrar los policías:

Resolvimos ir al Panteón, a consultar con Palacios lo que debíamos hacer. En el trayecto fuimos encontrando, diseminados por grupos de tres, a casi todos los compañeros. Ese airecillo cosquilloso de la madrugada avileña empezaba a sentirse. Los grupos nos detenían; y se acercaban al auto, inquietos:

—¿Qué pasa?

—Nada sabemos. Les informaremos al regreso.

Llegamos a la plaza del Panteón. Los grupos eran allí más numerosos. El frío, intensificado por la altura, había obligado a todos los compañeros a doblarse sobre el cuello la solapa de los sacos.

—Oye, Juan José, ¿qué pasa?

—Algún inconveniente de última hora... La “cosa” tendrá que darse.

—En la Cervecería ya no es posible estar.

—Váyanse entonces a la Plaza de La Pastora.

Hicimos de nuevo el recorrido hacia la Plaza Bolívar. Las puertas de los botiquines estaban ya a medio cerrar. Dentro, los compañeros, simulándose ebrios, abrazaban campechanamente a uno de los polizontes interesados en el cierre, negrazo corpulento, de tres pies de altura. Transmitimos la consigna, en voz baja. Ya todos reunidos en la calle, resolvimos substituir el auto por alguno de esos carromatos destartallados, de pencos cachazudos y tristes, típicos en la madrugada ciudadana.

—A “la Luna”³²... —ordenamos a los aurigas, guiñando maliciosamente un ojo a los policías que presenciaban la “movilización”. Apenas descendimos dos cuadras; frente a San Francisco ordenamos a los conductores que se dirijan al Norte de la ciudad, por una avenida adyacente. En la esquina de Torrero despedimos los vehículos. A los pocos momentos un auto, a toda velocidad, se nos vino encima. De lejos reconocimos, a través del parabrisas, el rostro preciso, tallado, inconfundible, de un compañero: Gustavo Ponte. Nos echamos a la calle, para detenerlo. Frena en seco, a unos diez pasos del grupo:

—¿Quiénes son?

—Estudiantes —contestamos.

Avanzó en mínima. Sobre el volante, descansaba el revólver, empuñado en la mano derecha.

32 Diminutivo de Luna Park, cabaret frecuentado por gente de rompe y rasga.

—Por poco me los llevo por delante... Voy a una comisión, de prisa. Todo marcha bien.

Calle arriba, a todo escape, siguió el vehículo, dejándonos envueltos en una nube de gasolina quemada y de expectación...

De pronto, oímos —presentimos, mejor— el ruido seco de uno, de dos, de tres disparos. Y nada más. Un silencio de angustia se cernió sobre la ciudad dormida.

—Es en Miraflores... —comenta uno.

—Bajemos allá.

En la Plaza de La Pastora, situada a una cuadra del lugar donde habíamos hecho alto, nos salió al encuentro el policía de guardia, reflejando en los ojos soñolientos, a medio abrir, una inquietud no disimulada. Uno de los compañeros, llevándose resueltamente la mano a la cacha del Colt, interroga:

—¿Lo "despacho"?

—No, chico, esperemos.

Seguimos avanzando. A favor de un cono de luz que proyecta la farola colocada a la puerta del edificio de la Comandancia del Ejército alcanzamos a divisar un remolinear de soldados, presurosamente formados en dos hileras. Avanzamos, resueltamente, calle abajo. El pelotón, ya formado, se puso en marcha, en dirección contraria a la que seguíamos nosotros. Cuando estuvimos a algunos pasos del grupo que avanzaba, nos detuvimos. Estábamos en una expectativa angustiosa: ¿era gente amiga la que avanzaba o se había descubierto la intentona y estaba destinado ese pelotón a sofocarla? Dispuestos a todo, quedamos firmes en el sitio. Uno de los soldados de vanguardia se echó el fusil a la cara y nos alertó:

—Alto, ¿quién vive?

Hubo un momento de duda; luego, el santo y seña surgió de nuestros labios, alto y altivo como una saeta, dispuestos a que nos costara la vida si no eran los nuestros aquellos hombres que avanzaban en la noche:

—¡Por la Patria hasta la muerte!

El soldado bajó el fusil. Un oficial —Rafael Antonio Barrios con su habla inquieta, rápida, nerviosa— nos interrogó:

—¿Estudiantes?

—Sí.

—Incorpórense... ¡Por la Patria hasta la muerte!

Nos despojamos de los sombreros, que corrieron rodando por la calle, construida en un plano inclinado, y la boina, símbolo orgulloso del grupo, cubrió de nuevo nuestras cabezas. Al mezclarnos al grupo reconocimos a algunos camaradas íntimos bajo uniformes de oficiales. Tú... y tú... tú... Al abrazarlos, los sentimos incómodos, bajo la complicación del correa. Uno de ellos hacía altos momentáneos en la marcha para enderezar la hoja de acero de una daga. Otro, en voz baja, con frases cortadas, recontaba los hechos sucedidos hacía escasos minutos:

—Murió el coronel Aníbal García, segundo jefe de batallón... El capitán González quedó moribundo... un teniente salió herido... uno de nosotros, ese —y al decirlo nos señaló con el dedo a un oficial—, está herido en el pie...

Volvimos la cabeza para contemplar al herido, que, cojeando, se apoyaba en el hombro de un soldado. La sangre, que a borbotones salía de la herida, iba señalando en rojo su paso. El herido era Augusto Lessman. Un muchacho espigado, rubio, con el rostro casi infantil. Los ojos ingenuos, azules, tenían una expresión angustiosa. Se comprendía que la herida le lastimaba mucho.

En Torrero cruzamos hacia el Este, rumbo al Cuartel San Carlos. En el trayecto se incorporaron otros grupos de estudiantes. Desembocamos en la esquina de Dos Pilitas. A una cuadra, envuelto en la anonimía nocturna, con una propicia quietud de espera, se perfilaba el Cuartel San Carlos. Confiados, avanzamos a pasos rápidos. Apenas unos cincuenta pasos. El techo del Cuartel se incendió de pronto y una descarga de fusilería atronó el espacio; un "ay mi madre", trágico, se cernió en la noche; la tropa se desbandó, aterrada. Los oficiales a planazos, lograron restablecer la disciplina. El fuego continuaba, nutrido. Todavía no penetrados del fracaso del intento, nos atrincheramos con la tropa detrás de dos paredones derruidos, situados en una explanada adyacente al cuartel. Se colocó a lo largo de las improvisadas trincheras una doble línea de tiradores, las cuales respondían con intervalos a las descargas continuas que vomitaban los fusiles de la dictadura.

Dentro del recinto del cuartel, voces mercenarias victoreaban al déspota; las nuestras indignadas, respondían con alguna maldición de grueso calibre y con "vivas" fervorosos a la libertad. Transcurrió una hora. El fuego no cesaba, de parte del cuartel, sino en los escasos minutos necesarios para renovar las compañías atrincheradas sobre el techo. Nuestros hombres, obedeciendo a una consigna, disparaban solo cuando lograban precisar, en la noche a favor del fogonazo de un disparo, la silueta de alguno de los acuartelados. Nosotros, en cuclillas detrás del muro, sordo al clamor del ambiente —ruido estrepitoso del pistón machacado, silbido de balas, gritos de dolor y de angustia—, dejábamos vagar la mirada por el cielo huérfano de estrellas, torturados por la convicción del fracaso. Empezaba a amanecer. El fuego nuestro era cada vez más espaciado, agotados casi los cartuchos; en cambio, el del cuartel no cesaba ni un minuto. De pronto, a todo escape, con los ojos adolescentes anchos de asombro, llegó un soldadito del retén más cercano. Cuadrándose ante un oficial le balbució, atropelladamente: Viene "gente" de abajo, mi teniente.

—¿Son muchos?

—Varias compañías

A nuestras espaldas sentimos los primeros tiros. Coincidiendo con ellos, los acuartelados intentaron una salida. Nos vimos cogidos entre dos fuegos. Por algunos segundos, bajo un plomeo continuo, permanecemos en nues-

tro sitio. Los soldados, ya sin cartuchos, se dieron a la fuga, a pesar de los planazos rabiosos de los oficiales. Unos cuantos logramos abrírnos paso, a tiros de revólver, por entre la soldadesca y huir a través de la noche hacia un sitio seguro donde ocultarnos; los más cayeron en manos de los esbirros del déspota. Uno del grupo —Manuel Segovia— herido de muerte, fue ultimado a bayonetazos. Tal vez hubiera podido huir. No quiso. Ya desde nuestra llegada al cuartel, cuando adquirimos el convencimiento del fracaso, se agazapó en sus ojos sombríos la resolución tremenda. La resolución de morir. De darse en holocausto. De regar con su sangre generosa y pura esta tierra venezolana tan calcinada por soles inclementes, tan reseca, tan corrompida. Sintió la llamada del suelo y respondió a ella. En la jornada fue, el héroe. Y como héroe —integral, potenciado con todos los atributos fundamentales, fraterno de los que viven en páginas gloriosas— lo incorporamos a la nueva historia continental, a la que ahora empieza a vivirse³³.

33 Los autores de este libro actuaron en sitios diferentes la noche del 7 de abril. Recogieron impresiones distintas. En la misma forma vaga del relato anterior, y por la misma circunstancia apuntada, está escrito el insertado de seguidas. A reserva de intentar mañana la reconstrucción precisa, y en detalle, de aquella jornada, dejamos trazados estos torpes bocetos:

Salgo desarmado de la casa de la Federación, rumbo a la cervecería. Juan José Palacios me había abordado:

—Oye chico, Dame tu revólver. Acabo de entregar el mío a un comisionado. Pensé un momento antes de sacarlo; luego recordé algo de disciplina militar y le puse en las manos el cachá de nácar reluciente, no sin antes pasarle los dedos por el cañón, en señal de cariñosa despedida. Juan José me vislumbró en la cara el disgusto:

—Vete a los alrededores de la Plaza Bolívar. Cuando suenen los primeros tiros reúnes gentes del pueblo; háblales, aréngalos y llévalos a San Carlos. Allí hay fusiles para todos.

Nos cierran la cervecería apenas el reloj de Catedral canta la una. Salgo acompañado de un camarada adolescente y rubio que bajo su aspecto de serafín guarda un corazón recio y macho. Las calles se iban quedando desiertas. Los pocos hombres que echaban fuera las cantinas al cerrarse estaban ebrios. En la esquina de Principal un cochero dormitaba sobre el pescante. En la torre un indio alto comenzaba a vender café.

Subimos al Panteón. La plazuela, eternamente solitaria, presenta esa noche un aspecto extraño. En los quicios de las puertas fronterizas, en los bloques de cemento que circundan los árboles, en los bancos de mármol, están sentados más de cuarenta compañeros. La espera angustiosa está estampada en los ojos contraídos. La voz inquieta de un compañero nos dice:

—Falta poco; esperan en una esquina. Aquí ya estamos muchos y no es bueno agruparse.

Caminamos. Por una callejuela empedrada desembocamos frente al cuartel. El bloque pesado y oscuro del edificio se delinea en la noche clara. Una luna espléndida pone vetas luminosas en el cañón empotrado a un costado. Tan solo percibimos un silencio total de casa deshabitada. Catedral lejana musicaliza la una y media. Seguimos andando; en cada esquina tropezamos uno o dos camaradas que nos interrogan con las manos.

Al fin nos sentamos en una acera. El cumanés de la portería se nos acerca. Quedamos silenciosos los tres, con los ojos y el alma clavados en el cielo limpio de nubes.

—Son las dos —digo yo al rato— una hora más de la convenida... Habrá sucedido la traición de siempre...

El silbido lejano de una bala me parte la frase; luego silba otra y otra... Después una descarga cerrada retumba en la noche. Nos paramos de un salto. Las detonaciones vienen de San Carlos; el sonido de los tiros de Miraflores no puede alcanzar hasta nosotros. Corremos hacia el Cuartel ansiosos del minuto de actuar. Ya cerca vemos venir un compañero en sentido opuesto. Antes de que hable comprendo. La cara recia contraída, los ojos rabiosos, me lo han dicho todo.

—¡Maldito sea! Nos han delatado; todo se ha perdido —dice martillando las palabras.

—¿Y esos tiros? —preguntamos a un golpe.

—En San Carlos, contra un grupo de los nuestros que está dentro. López Contreras llegó al Cuartel antes que Alvarado. ¡Maldición!

Nos separamos. Yo sigo con mi compañero; el cumanés se va con el otro. Todavía la esperanza se nos levanta, terca, en el pecho. De súbito, nos detiene un grito a la espalda:

—¡Párense o les tiramos...!

Volvemos el rostro. En la boca calle, a veinte pasos, nos apuntan dos hombres, un agente de policía con un Colt cañón largo y otro, seguramente de la secreta, con una pistola. Este último trae en la mano izquierda un kepis de militar y una vaina de espada. En veinte segundos nos pasan por la mente todos los horrores a que somete Gómez a los conspiradores que logra apresar: La rotunda, los grillos, el tortol, el arsénico, la muerte... Los hombres se nos acercan. El policía me apoya el cañón largo en el pecho:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

La serenidad nos vuelve rápidamente. Mi compañero se simula ebrio.

—Andamos de fiesta —articula con voz aguardentosa.

Los policías no parecen creerlo.

—Ustedes van presos —dice uno.

Las balas continúan silbando y detonando continuamente. De vez en cuando se oye el golpe seco de alguna en la pared cercana. Otras marcan una rayita incandescente en el cielo.

—¿Como que es plomo? —pregunta ingenuamente mi camarada.

—Sí, plomo —responde el policía con voz temblorosa. Nos damos cuenta de que tiene miedo. El otro habla manoteando la vaina y el kepis, con más miedo aún:

—¡Esta gorra es de capitán. La cosa es seria!

Mi compañero y yo cambiamos una sonrisa. El policía asoma tímidamente la cabeza por el callejón por donde pasan algunas balas silbando altas. Yo le veo el pelo canoso por debajo del casco.

—¿Usted es casado?

No me responde, pero yo persisto:

Seguramente tendrá hijos.

Y como una consecuencia:

—Vamos bajando, ustedes van presos —repite.

Mi compañero camina dando traspiés. Yo le digo en voz baja a los esbirros:

—Está muy borracho.

A cincuenta pasos está estacionado un automóvil. Las portezuelas abiertas, el manito de llaves pegado al motor y otro kepis de militar sobre un asiento. Los policías terminan de aterrizar. Uno pregunta, ahuecando la voz, en tono que inútilmente pretende ser detectivesco:

—¿No será de ustedes este automóvil? —Y nos clava los ojos saltones, escrutando.

—Si ustedes se empeñan, nos lo llevamos —responde mi camarada, tambaleándose.

Pasan algunos segundos. Al fin el miedo completa su labor y los policías nos abandonan cuando ya nos preparábamos a arrebatarnos las armas de dos puntapiés simultáneos.

No nos resignamos a que todo se haya perdido. Nos detenemos en el mismo sitio y al poco rato vemos avanzar un grupo de camaradas:

—Venimos del Panteón. La cosa no tiene remedio. Nos cayeron a tiros. Muchos huyeron por los techos. Ese automóvil es de López Contreras. Aquí acaban de hacer preso a Alvarado.

Suenan descargas. En San Carlos reciben a tiros al puñado que viene de Miraflores.

La certeza del fracaso nos cambia la esperanza en indignación. El automóvil de un compañero – Gustavo Ponte – viene a escape y frena en seco frente a nosotros.

— Dame un revólver –le digo.

Se golpea la cintura y me responde:

—Tengo el mío nada más.

Después arranca a 60 millas por hora. Todos vimos esa noche el automóvil del compañero, que recorrió a una velocidad escandalosa las calles de la ciudad pasando mil veces frente a la policía y a la tropa, que lo veían con ojos espantados.

Al fin descendemos hacia el centro. Los policías de guardia, al vernos venir, desenfundan el revólver; y luego nos dejan pasar, sin preguntarnos nada. Ignoran lo que sucede y tienen un terror desmesurado a la revolución, al gobierno, a todo...

Empieza a clarear. Algunos disparos rezagados respuncean la mañana. En las ventanas asoman rostros soñolientos, congestionados de extrañeza y con unas ganas locas de preguntar qué pasa.

Caminamos, lentamente, ahogada en amargura la ilusión de un momento...

CUARTA ETAPA LA OCTUBRADA

La forma imprevista adoptada en abril por nuestra cruzada aterró a los hombres de la dictadura. No concebían cómo a pesar de sus tres mil "espías", hubiera podido tramarse en la sombra aquella formidable conspiración. La trascendencia del fracasado movimiento libertario no se les escapaba; en efecto, ya no eran solo los "muchachos universitarios", inconformes de siempre, quienes conspiraban contra el régimen, sino los oficiales del Ejército y los cadetes de la Escuela Militar³⁴, vale decir dentro de la concepción peregrina que profesaban Gómez y los suyos del soldado, los esclavos de hoy y los postulados para la esclavitud de mañana. La zozobra de las conciencias culpables se resuelve siempre en brotes de violencia; y nunca, como en aquellos

34 Más de un elemento de la oposición, dentro y fuera del país, nos ha criticado que hubiéramos "enturbiado" –dicen ellos– nuestro gesto de febrero asociándolo a los pocos meses con una asonada militar. Como quienes así opinan son personas que por su constante sacrificio y verticalidad de proceder nos merecen todo respeto y una afectuosa atención, vamos a intentar situar las cosas en su justo plano. No creímos entonces –ni creemos hoy– que prestar el concurso del grupo universitario a un movimiento dirigido por una selección de oficiales jóvenes, formados en las disciplinas científicas de una Academia, sin compromisos con los corrompidos nombres del régimen, hiciera zozobrar nuestro ideal. ¿Es acaso la presilla –sobre todo si se ha ganado a esfuerzos de inteligencia y de dedicación– inconveniente para comprender los dolores de la patria y para darse en sacrificio por su salvación? De ningún modo. Y tan lo sabe Gómez que la primera providencia tomada por su gobierno a raíz del golpe de abril fue clausurar por un decreto ejecutivo la Academia Militar –vivero de peligrosas fermentaciones– y separar del servicio activo a casi todos los oficiales formados en ella, quienes fueron substituidos por serranos de Táriba y Capacho, aprisa "disfrazados" de Tenientes y de Capitanes. Trabados en lucha desigual contra la barbarie, no podíamos ni podemos desdeñar las posibilidades decorosas –las que no comprometan nuestra responsabilidad histórica– de combatirla. Por otra parte, nuestra "militarización" de un momento no fue obstáculo para la gestación del segundo brote cívico de la cruzada –el de octubre– cuya virtualidad y cuya fuerza nadie ha intentado discutir (los cadetes encarcelados la noche del 7 de abril fueron los cuatro siguientes: Ovalles, López, Wolmer, Chávez y Delgado Lesma). Todos adoptaron erguidas actitudes en el calabozo de los suplicios. El segundo de los nombrados, hijo del Gral. Eleazar López Contreras –entonces jefe de la guarnición de Caracas y hoy comandante de armas del Estado Táchira– replicó a su padre con una frase magnífica, digna de la exaltación del bronce, cuando éste le calificó de traidor a su "honor de militar":

—Traicionar a Gómez es ser leal a Venezuela.

días, vio Caracas una comprobación más exacta y más terrible de esa vieja verdad psicológica. Sobre la ciudad fueron desbandadas las "sagradas" y los ejércitos de "chácharos"³⁵. A toda hora del día y de la noche se allanaban hogares en busca del Teniente Barrios y de los otros líderes del movimiento que habían logrado fugarse. La libertad individual, primordial atributo del hombre civilizado en todas las latitudes cultas, quedó al arbitrio del vandalaje desbordado sobre la ciudad, oscuros esbirros sin ley ni Dios que usaban y abusaban de un privilegio que les daba margen ancho para crearse merecimientos. A mediados del mismo mes de abril, ya era insuficiente la cárcel de El Cuño para contener la enorme cantidad de detenidos políticos; y a prisa es habilitada, con el mismo destino, un cuartel anexo a la ergástula. A los ciudadanos y oficiales aprisionados en la noche del cuartelazo los habían sometido a torturas espantosas, las clásicas torturas del régimen, reincorporadas de edades de barbarie ya muertas a nuestra amarga actualidad nacional: tortol sobre las manos y sobre los órganos sexuales, cepo, palos, grillos, hambre, sed... La violación del domicilio a mano armada se erigió en inquisitorial "orden del día". Sin embargo, muchos de los comprometidos en el movimiento lograron burlar las persecuciones del lívido soldadote de las Monjas. Jiménez Arráiz, Presidente de la FEV, pudo fugarse a través de los techos de toda una manzana de casas, cuando ya estaba invadido por un piquete de tropa el sitio donde se ocultaba. Velazco ofrecía veinte mil bolívares al "espía" que le pusiera en la pista de Juan José Palacios. El retrato del Teniente Barrios, acompañado de una requisitoria militar, estaba hasta en los más apartados municipios de la República. Un estudiante —Ernesto Silva Tellería—, con bríos de valiente, se atrevió a visitar el local de la FEV. Al saberse la noticia en la Gobernación, se movilizó un piquete de "chácharos", armados de mausser, con el propio "chingo" Willet, Prefecto del Departamento Libertador, a la cabeza. La escena de la prisión de este valioso camarada nuestro tiene relieves machos. A los aldabonazos violentos de Willet y los suyos, a las órdenes lanzadas a gritos por la soldadesca para que se abriera la puerta, nada contestó el estudiante. Por último hicieron saltar la cerradura. Le encontraron sentado frente a una mesa, poniendo en orden un puñado de cuartillas escritas. Airado le increpó Willet:

—¿Y qué hace usted aquí?

35 Los "sagrados" y los "chácharos" son cuerpos de matones profesionales, seleccionados en las penitenciarías —o en las selvas, donde huían de persecuciones judiciales— para servir de "guardaespaldas" de los valerosos (?) hombres del régimen. En febrero —como dique del "comunismo"— resolvió Gómez la "importación" de algunos centenares de paisanos suyos, merodeadores fronterizos, gente de la peor calaña, para constituir con ellos varios de aquellos cuerpos. Las soldadas crecidas con que los racionan no bastan a resarcirlos de la tortura inaudita, dantesca que les impuso la ciudad —defendiéndose—: la de calzar con brodequines despiadados sus patataz rebeldes, habituales a desafiar desnudas los riscos de la Cordillera.

Y el muchacho, con su vozarrón, jacobino, le replicó a gritos:

—Eso mismo iba a interrogarle yo, señor canalla. ¿Qué hace usted en esta casa, qué hace usted en mi casa?

Los ocultos nos estábamos inactivos. La noviecita, cuando regresaba de su visita semanal a nuestro escondite, llevaba en la cartera, fraternizando con el tubo de "rouge", proclamas incendiarias, réplicas indignadas a la sarta de mentiras hiladas por el ventrudo Arcaya en sus comunicaciones oficiales, perfiles despiadados de los hombres de la dictadura, sátiras en versos joviales y cáusticos... Los dedos ágiles de nuestras lindas "camaradas" se encargarían de multiplicar, en minutos robados a la oficina o en largos paréntesis abiertos al diario quehacer hogareño, esas páginas acusadoras. Y como avispa —cauterizantes, inexorables, algunas, zumbonas y ridiculizantes las más— revoloteaban alrededor del vejete de Maracay y de sus sicarios en toda la República. El Gobernador Velazco, apenas tenía espacio en su escritorio para dar cabida a la cantidad de hojas subversivas llegadas por urbano todas las mañanas. Se redobló la censura postal, numerosos "espías" de todas las categorías y colores, fueron apostados cerca de las estafetas de correo, las gentiles empleaditas de los Bancos sufrieron el más estricto control; a media noche recorrían la ciudad numerosas patrullas oficiales, atentas al más pequeño ruido causado por el teclear de una maquinilla para violar la casa sospechosa e incautar lo que se estuviera escribiendo... Era algo verdaderamente cómico observar cómo un gobierno poderoso, adulado y condecorado por sus compinches detentadores del poder en todas las zonas civilizadas, afirmado en la *ratio* troglodita de 10.000 bayonetas, y según el decir de sus "plumarios", en la unanimidad de la opinión pública, procedía con grotesco desconcierto ante aquel desborde de literatura, muy jacobina, muy siglo XVIII, a veces hasta pueril, mas siempre atravesada por un soplo vigoroso de rebeldía y de esperanza.

Todos creíamos que la clausura de la Universidad, por resolución ejecutiva, sería una de las consecuencias inevitables del golpe de abril. Y más de uno de esos padres gordinflones de estudiantillos asexuados e incoloros habían hecho caer sobre nuestras cabezas de inconformes el peso de una reprobación aplastante:

—Ahora por las locuras de esos revoltosos, tendré que mandar el muchacho a Pisa... ¡Y el café que está "bajando"!

A pesar de todo, el muchacho no fue a Pisa —para desgracia nuestra que no necesitamos de esa media docena de pollitos maricas—: el "General" de acuerdo con una sinrazón, inexplicable dentro de la rígida lógica del régimen, resolvió que continuara funcionando la Central... Un día apareció en la primera página de los diarios —cloacas de Caracas el retrato de un indio robusto, de espejuelos y sonrisilla adulona. Era Plácido Rodríguez Rivero, nuevo Rector de la Ilustre. Los diarios le consagraron cuatro o cinco adjetivos de clisé: "distinguido hombre público", "profesional eminente", "in-

condicional amigo del jefe de la causa", etc. Su historia "política" la conocen en Venezuela hasta los arrapazuelos lustra botas. Carece de ciertas cualidades que destacan a algunos "intelectuales" de la dictadura: el talento de Zumeta, la barata erudición de Vallenilla, la versación de Arcaya en doctrina "comunista"... Ha subido, ha llegado a costa de la piel del abdomen, desaparecida de tanto estar en contacto con la tierra. Es médico. En la misma Universidad donde ejercería funciones bilaterales de Rector y de Esbirro, aprendió unas cuantas cosas de ciencia elemental, las suficientes para reclamar su puesto entre los personajes de la regocijada comedia de Molière. Por un azar, se puso en contacto con el Jefe, o mejor, con los órganos genito-urinarios del Jefe: en Puerto Cabello, a donde recalara en cierta ocasión Juan Vicente buscando mejoría para su crónico padecimiento uretral, mereció el honor de "sondearlo". De la uretra del General pasó a la Dirección de Sanidad. Se robó hasta los suelos del portero. Millonario, se retiró de ese destino, cuando Gómez puso ahí a otro lacayo en alza. Transcurrió algún tiempo. Por los callejones de "Las Delicias"³⁶ en el vestíbulo de Miraflores, por las antecámaras ministeriales, empezó a vagar la sonrisilla melosa del válido en desgracia. Por fin, un día la mirada cazarra del "General", localizó entre los de su corte al hombre de la sonrisa perenne; los sagaces ojillos del montañés se llenaron de alegría, de esa alegría enorme, desmesurada, de un alquimista que hubiera visto cristalizar en el fondo de su pirita la piedra filosofal. Había encontrado lo que buscaba... Necesitaba para regir a los díscolos y peligrosos "comunistas", de un incondicional donde se resumiera, a una vez, toda la sinvergüenzura y todo el cinismo de la manada de cínicos y de sinvergüenzas que le rodean. Ninguno más apropiado para el caso que Rodríguez Rivero. Por eso, al día siguiente del descubrimiento, salía nuestro doctorzuelo para Caracas, llevando su nombramiento de Rector en el bolsillo de la americana y una orden para que Burrén González, Ministro de Instrucción Pública, la refrendara. El día que tomó posesión de su cargo le dijo a la escasa docena de universitarios asistentes a sus cursos — Víctor José Cedillo, Carlos Emilio Fernández, los Rodríguez Travieso, Arturo Uslar, Díaz Andara, Atilio Paolini, Arapé Garmendía y otro puñito de pobres diablos, dignos de un olvido compasivo³⁷... unas cuantas palabras,

36 "Las Delicias" es una hacienda de Gómez situada en los alrededores de Maracay. Un fondo pleno de sugerencias bucólicas, poblado de aires de égloga, enmarca la sonrisa del hombre "fuerte y bueno". Allí contempla diariamente, con candideces de patriarca bíblico, el inquieto retozar de los recentales recién paridos; y desde allí también ordena, sin despojarse de su sonrisa plácida de Ruth redivivo y lampiño, que le apliquen a un enemigo demasiado peligroso la *última ratio* de cinco gramos de arsénico...

37 Acaso algún teorizante del "compañerismo" critique nuestra actitud, decididamente agresiva para unos cuantos camaradas de generación. Hasta bucearán mezquinas razones — enemistad personal.

suerte de profesión de fe, rematadas en esta peregrina afirmación. "El verdadero Rector de la Universidad no soy yo sino el Jefe". De acuerdo con esta regocijada doctrina, la Ilustre pasó a ser regida, indirectamente por un doctor en ordeño y licenciado en pesebre.

El nuevo Rector se nos presentó en una tónica inesperada. No venía a condenar sino a amnistiar. Ofreció para todos los estudiantes ocultos, excepción hecha de José Tomás Jiménez Arráiz y Juan José Palacios, garantías absolutas. Hasta nuestros escondrijos se coló la nueva, y desde ese momento ya se hizo menos llevadera, más desesperante y tiránica, la inactividad a que estábamos condenados. Diseminados en todos los hogares de Caracas y en algunas haciendas vecinas a la ciudad, no podíamos comunicarnos para ver el modo de compactarnos de nuevo e intentar otro asalto a los bárbaros. Presionados por esa necesidad, resolvimos someternos a todas las contingencias y salir a la calle. En los primeros días de mayo, Caracas tuvo de nuevo a sus "muchachos". Regresábamos como de un largo viaje, por países de experiencia. Traíamos en los ojos toda la angustia de aquella hora tremenda en que viéramos caer destrozado a balazos a uno de nuestros camaradas. La sonrisa se nos cuajaba prematuramente, ante el pensamiento de los otros que estaban en un potro de tormento. Una resolución policial nos impedía usar los distintivos de la FEV la boina y el botón-insignia; y solo un gesto de angustia y de desesperación que a todos nos crispaba el rostro servía para individualizarnos dentro de los otros caraqueños, dentro de los "hombres grises", urgidos de apetitos y de pequeñas miserias. A regañadientes, presionados por la necesidad de aparentar inactividad revolucionaria, asistíamos a clases, para estarnos una hora desoyendo, las sabias disertaciones magistrales, con el pensamiento ausente del salón universitario... Ya la propaganda subversiva tendía a perder su carácter anárquico de un principio para orientarse en forma de campañas sistemáticas. De manera especial nos opusimos a la propaganda tendenciosa del gobierno, que trataba de compactar toda la Cordillera a su alrededor, dándole a nuestro movimiento el carácter de cruzada contra los andinos; al efecto, hicimos circular numerosas hojas, definiendo el sentido "nacional" de los ideales universitarios demasiado amplios y generosos para circunscribirse a límites regionalistas. Respondiendo a la necesidad de sistematizar la propaganda revolucionaria, empezó a circular *El Imparcial*³⁸. Nadie supo quién lo repartió un día a

38 Alrededor de *El Imparcial*, secundándole briosamente en su campaña, han surgido posteriormente numerosos periodiquillos revolucionarios. Dos de entre ellos se han distinguido por la continuidad y definida orientación de su labor: *Yo Acuso* y *La Boina*. Velazco, dándose humos de Salomón sagacísimo, creyó callar a esas hojas acusadoras y valientes encarcelando a todos los capaces de escribirlas, es decir, los intelectuales dignos que no comercian con sus cuartillas en la administración de *El Nuevo Diario*. Raúl Carrasquel, Andrés Eloy Blanco, Tadeo Arreaza Calatraz

numerosos hogares avileños por el correo urbano, ni cómo logró burlar la rigurosa censura de los fiscales de la correspondencia. Estaba escrito a máquina, en una inofensiva y transparente hoja de papel azul... Traía un editor responsable (!) y un afilado encabezamiento: "*El Imparcial*. Periódico de intereses generales (sin generales). Habla poco. No se vende. Circula de vez en cuando. Editor responsable Cristóbal Colón, náutico titular". Era todo un diario moderno, con su "sección editorial", su "República por el telégrafo", su "nota del día", sus comentarios "sociales" y sus económicos "clasificados"... Desde el primer momento, se perfiló el periodiquillo como antena veraz, de las aspiraciones de la Venezuela joven, a mas de inclemente, de despiadado azote de conciencias culpables. Y ya no se apartó ni un momento de la pauta sentada en su primera "edición". Editorializada seriamente, serenamente, enfocando desde un punto de vista crítico, a veces hasta con la ecuanimidad desapasionada de un observador que no fuera venezolano, el angustioso momento nacional. En las otras secciones maneja un arma menos "sociológica" y mucho más buída: el chiste. Con una habilidad asombrosa, capta el periodiquito el decir caraqueño de actualidad siempre clavando certeramente sobre los más destacados "personajes" del régimen. En sus notas "suciales" ha puesto sobre la picota del ridículo a cuantos forman un marco de adulaciones babosas alrededor del decrepito tiranuelo. Por ellas han desfilarado, todos, abrumados, bajo el fardo de sus bajezas, al lado de la esposa adúltera y de la hijita ofrendada como tributo propiciatorio a la lascivia de cualesquiera de los pretorianos de Capacho!

Una mañana de julio circuló una noticia angustiosa: Rafael Antonio Barrios, "el soldadito de Dios", como le llamara en un transporte de misticismo patriótico el anónimo y combativo Director de *El Imparcial*, había caído en las garras de la dictadura. Con él fue encarcelado el ciudadano que le ocultaba, Germán Nash. Durante el día continuaron las prisiones: los Anzola, el fotógrafo Baralt, el universitario Villalba Gutiérrez. Perseguidos nosotros, logramos tomar, con la complicidad generosa de unos cuantos humildes, el camino del exilio. "Voluntariamente" —verdad, despreciables canallas de la diplomacia de Gómez que por el mundo paseáis debajo del

va, Francisco Manuel Mármol, Francisco Pimentel, Carlos Edo. Frías, Luis Emilio Monsanto, Pablo Domínguez y muchos otros ingresaron a La Rotunda, con el clásico par de grillos. Sin embargo, *El Imparcial*, *La Boina* y *Yo Acuso* continuaron circulando, con puntualidad sajona, diaria o semanalmente, sin alterar su orientación ni en una línea. Ellos, dentro del propio ambiente venezolano, cercados por el ojo alerta del espía, han realizado una misión trascendental, señalándole cauces definidos a la conciencia pública, desorientada y titubeadora en las primeras manifestaciones de su despertar. Desde esta rápida nota, escrita a miles de millas de la tierra, bajo la áspera inhospitalidad de un cielo que no es el nuestro, tendemos las manos, fervorosamente, a esos nobles hermanos en el oscuro destino de la patria que en la anonimidad y en la sombra laboran sin flaquezas y sin miedos.

casaquín galoneado, una insondable miseria moral—, dejábamos atrás todas las cosas nuestras: el cuartico desordenado y bohemio, donde manos fraternas siempre cuidaban de renovar una maceta; la casona universitaria, con el recuerdo de la primera enseñanza del libro luminoso que nos ensanchó la pupila para abrirle camino, alma adentro, al tremendo dolor de la patria; el amigo en la cárcel, con el cuerpo deshecho y el espíritu recio, la noviecita soñadora y buena; la tumba de la madre... ¡Todas las cosas nuestras!

Mientras tanto, la onda revolucionaria iba conquistando voluntades y despertando conciencias, aletargadas en aquel quietismo porcino en que yacía la República. Fue Maracaibo, la ciudad petrolea a la que cuatro miopes consideraban absolutamente incapacitada para la comprensión de las supremas cuestiones de nacionalidad y de patria, la que de primera tuvo repercusión de eco para el grito nuestro. El 24 de junio, con motivo de festejarse una efemérides patriótica, ocupó la tribuna, abierta al sol, de una plaza pública, el joven escritor Isidro Valles, Presidente de la "Institución Boliviana". No acumuló retóricas huecas, manidos lugares comunes de historia doméstica, rememorando actuaciones de abuelos que, a su hora y momento, supieron cumplir como buenos los imperativos de la patria. Habló al pueblo, con cariño de hermano, señalándole sus vicios, anatematizando sus errores. Sus palabras fueron vibrantes, meduladas de cosas nuevas, hermosas de forma y de audacia. La suspicacia oficial, diestramente asesorada por alguno de los innumerables Juan Besson que forman la camarilla local, encarnó —no sin razón apuntamos de paso— el analfabetismo en Gómez y la conferencia contra "ese tirano anónimo de los pueblos" en filípica a la dictadura. Valles fue a la cárcel, con 75 libras de hierro al pie.

Valmore Rodríguez y Héctor Cuenca —quienes en su diario *El Nivel* habían publicado y comentado comprensivamente las palabras de Valles—; Julio Bustamante, Bracho Montiel y casi todos los intelectuales afiliados al grupo joven "Seremos" fueron enviados también al San Carlos con un par de "rehabilitadores" al tobillo³⁹. Mestre Fuenmayor y otros lograron exilarse a Colombia. El poeta español Francisco de Rosson, tras una semana de "grillos", fue expulsado como "extranjero pernicioso" y puesto a bordo del primer barco que zarpó para Curazao, sin siquiera dársele tiempo para llevar consigo su equipaje.

39 Los miasmas malsanos, la humedad, la falta de aire y de luz, todos esos factores que justifican la predilección de las dos últimas tiranías venezolanas por las mazmorras del San Carlos llevan bastante avanzada su tarea de destruir al puñado de hombres dignos y valientes arrojados a ellas el año pasado. Julio Bustamante, a consecuencia de una infección local no atendida oportunamente, perdió un ojo y el otro le fue operado de cualquier modo, sin muchas esperanzas de poder salvarse. Héctor Cuenca, intelectual de alientos, poeta auténtico —¿no es cierto, Juana de Ibarbourou?—, fue trasladado hace ya algunos meses al Hospital de Beneficencia, en Maracaibo, víctima de un artrismo articular, adquirido sobre las húmedas lozas del calabozo donde le arrojaron.

Para esos mismos días circularon por toda la República dos cartas públicas dirigidas a Gómez, suscritas por el abogado Miguel Páez Pumar y por el General José Rafael Gabaldón. Ambos, arrojando con brillos de valientes las iras del César Maracayero, le conminaban a alejarse definitivamente del poder. La contestación recibida por el doctor Páez Pumar está muy dentro de la ética del régimen: La Rotunda, trágica reconstrucción con este siglo culto de las mazmorras de Torquemada abrió sus puertas, indefinidamente, para el valiente ciudadano⁴⁰.

A fines de julio se pusieron en armas contra el gobierno los coroneles Roberto Fossi, Administrador de la Aduana marítima de La Vela de Coro, y Rafael Simón Urbina. Ambos oficiales, inteligenciados desde hacía algún tiempo, se proponían tomar por sorpresa la ciudad de Coro, capital del Estado Falcón, apoderarse allí del material de guerra almacenado en los cuarteles y abrir entonces franca campaña contra el grueso del ejército "rehabilitador", acantonado en el centro de la República. Un delator, espécimen necesariamente frecuente en un pueblo corrompido por la larga orgía del despotismo, llevó al gobierno noticias precisas del plan proyectado. Fuerzas numerosas fueron destacadas de Coro sobre el pueblo donde se estaban organizando los enemigos de la dictadura, y estos se vieron obligados a tomar camino hacia las serranías cercanas, donde permanecieron huyendo hasta que en un falucho pescador se embarcaron para el extranjero.

Venezuela íntegra, a la noticia de este movimiento revolucionario, se puso en expectativa. Si la suerte hubiera sido más propicia a los ciudadanos que lo encabezaron hubiera desfilado, en masa, a reclamar fusiles contra el déspota. La guerra hubiera sido rápida y decisiva. Las huestes mercenarias del hombre de Maracay, tan viciadas en su estructura y en su organización como aquellas que en el mundo antiguo armó Cartago, no hubieran podido resistir el empuje denodado y arrollador de la gente libertadora. Tal vez muy pronto cuando la acción armada se intentó contra la dictadura, veríamos cómo se realizaría plenamente esta afirmación nuestra⁴¹.

40 Ambos documentos han merecido comentarios muy diversos dentro y fuera de la República. No se extrañe nadie de que no acojamos ninguno de esos comentarios ni de que no aventuremos los nuestros. Cuando nos impusimos el deber de escribir estas páginas fue con la resolución previa, deliberada y consciente, de no dejarnos tentar por peligrosas audacias, de limitarnos a "relatar", en el más ortodoxo sentido del concepto, los momentos cumplidos hasta hoy en la cruzada iniciada por la juventud venezolana contra el indecente régimen que impera en su patria. Hacer otra cosa hubiera sido exponernos a lamentables errores, pues, carecemos de un conocimiento preciso de hechos y de hombres anteriores a la Venezuela de nuestro tiempo. Las necesidades de la lucha nos transformaron de universitarios militantes en escritores políticos; mas, ni por un momento olvidamos cuánto tiene de improvisado esta transformación.

41 Esto lo escribíamos en marzo. La visión porvenirista adolecía a primera vista, de falta de fundamento. Un aparente quietismo en las masas populares neutralizaba en parte la infatigable labor

En Caracas, una conjunción armoniosa de fuerzas morales, laborando firme y subterráneamente, mantenía en fermento las rebeldías interiores. Los periodiquillos subversivos, paladines de la buena nueva, circulaban clandestinamente, en tiradas copiosas. Cuanto recorte de prensa extranjera con noticias contrarias al régimen lograba colarse hasta la ciudad era reproducido a maquinilla, en miles de hojas. El estudiantado, consciente de su responsabilidad y orgulloso de ella, laboraba en silencio. A la sacudida dolorosa sufrida por el grupo a causa del fracasado complot de abril —fracaso que costó muertes, encarcelamientos y persecuciones de estudiantes— sucedió una aparente ataraxia de sus actividades. Abiertas las inscripciones generales para examen del año escolar, todos concurren al aula, preparándose a prisa en los "precis" salvadores que exporta Félix Alcán en materias que ni remotamente conocían; en efecto, durante todo el año, ninguno había desviado el pensamiento de la absorbente preocupación de patria para dedicarlo al estudio cariñoso del libro. Esa actitud de los universitarios fue, de cierto, extremadamente grata para los señores del gobierno y pingüe para el Rector Rodríguez Rivero, quien la presentó a los ojos del "Jefe" como prueba inequívoca del "amansamiento", por obra y gracia de su prédica solapada

conspirativa de los grupos que habían logrado hasta entonces burlar la red del espionaje. Nosotros, sin embargo, no cometíamos el delito de lesa fe revolucionaria de dudar de nuestro pueblo. Y no hubimos de arrepentirnos. Cuando ya los miopes y los sabelotodo dogmatizaban que el pueblo aceptaría sin protestas el nuevo septenio de oprobio que pretendían imponerle los detentadores del poder, Venezuela dijo su palabra. A un mismo tiempo, en una sola noche, respondiendo al llamado patriota de José Rafael Gabaldón, de Emilio Arevalo Cedeño, de Norberto Borges, de Ramón Dorta, prestigiosos militares de la oposición, se pusieron de pie, íntegros, varios Estados de la República. Los pronunciamientos tienen épicos caracteres de leyenda: inerme como está Venezuela, los hombres emigran a la manigua, las más de las veces, armados solo de una tremenda resolución de libertad. En muchos pueblos —Guatire, Guarenas, Los Teques, Petare, etc.— la ciudadanía, en masa, ha invadido las casas de gobierno, imponiendo sanción, por propia mano, a los esbirros del bruto de Maracay. Las derrotas de los cuerpos expedicionarios destacados desde Maracay para sofocar la revolución se suceden unas detrás de otras: y ya tres de los más destacados lacayos de sable en que se apoyaba el gomecismo —los Generales Laclé, Jiménez y Baldó— han mordido el polvo, víctimas del plomo sancionador. Y es tan hondo el arraigo que en la conciencia colectiva venezolana ha tomado el ideal libertario, que cruzando el mar conmueve y exalta aun a los sectores de la ciudadanía emigrados al exterior. Los recientes sucesos de Curazao son una prueba indiciadora de ello. Un puñado de hombres desesperados por actuar en la empresa libertadora de su patria se lanzó la noche del 9 de Junio, mal armado, sobre una guarnición militar, integrada por 200 soldados de línea, perfectamente disciplinados y con excelente armamento. Ante la acometividad indígena fracasó la táctica y la disciplina académicas de los europeos; y los soldaditos de la libertad lograron copar la guarnición, apoderarse de los elementos de guerra allí almacenados e invadir sobre costas venezolanas, en un barco logrado a las guapas. Este gesto, a la vez que índice de las ansias reivindicadoras del pueblo de Venezuela, es un buen alerta para el imperialismo capitalista, que —como sucedía groseramente en la isla holandesa de Curazao— no vacila en proteger, si es posible hasta con sus bayonetas, los intereses de gobiernos complacientes, como lo ha sido el de Juan Vicente Gómez, con sus agresiones a las soberanías y a los intereses nacionales.

y mañosa, del revoltoso espíritu estudiantil... De pronto, ¡otra vez los estudiantes! El día 3 de octubre se dirigió al dictador un grupo de 91 universitarios, actuando a nombre y representación de la FEV exigiéndole en un breve documento, altivo y valiente, la libertad de Don Rafael Arévalo González, roble erguido y señor en la vida contemporánea de América, y con su libertad, la de los estudiantes y ciudadanos sepultados desde distintas fechas en las mazmorras de la dictadura, sin otro delito que el de haber sido dignos y sin otra ley ni tribunal condenatorios que la voluntad soberana de un sargentón analfabeta, llevados a palos al Capitolio. La carta de nuestros camaradas la remitimos con orgullo al conocimiento de los hombres libres del mundo, de todos cuanto sean capaces de pesar la cantidad de valor moral y cívico que encierra; y decimos con orgullo, porque agiganta el espíritu saberse hermanos de ideales y actitudes con una generación que tan resueltamente se está logrando un sitio visible, indisputable en los anales históricos de su pueblo. En esa petición, perfectamente dentro del canon constitucional de la República que incluye tal facultad entre las garantías ciudadanas, diafanizaron nuestros compañeros la situación francamente ofensiva adoptada por el pueblo venezolano frente a la nepotarquía "gomecista". Y lo hicieron sin componendas, sin cortapisas, sin eufemismos. No se trata ya de intenciones subversivas veladas con frases ambiguas, adoptando esa posición falsa en que viven hace mucho tiempo en nuestra patria algunos pocos intelectuales no asalariados, pero de débil fibra ciudadana, quienes han llegado a adquirir maestría en el arte de forjar parábolas en las que inofensivas formas literarias envuelven ocultas agresividades políticas. No es, pues, un fácil y cómodo "chantage", ¡no! Es una generación íntegra, puesta de pie frente a un tirano rodeado de genizaros, custodiado por una "sagrada" de facinerosos, sostenidos por diez mil soldados de línea y por las complacencias de la Casa Blanca. Nos remitimos a las frases de la carta: "*Alzamos ante Ud. el grito de nuestra enérgica protesta por los atropellos que se están cometiendo por su gobierno en multitud de venezolanos decorosos y patriotas*". Qué de diferencias entre este lenguaje viril, lenguaje de hombres hablándole a un hombre, con ese baboso de las comunicaciones oficiales, plagadas todas —desde las del licenciado en desvergüenzas y Ministro del Interior, Pedro Mandinga Arcaya, hasta las del último cagatinta del juzgado municipal— de devociones caninas, de zalemas prostituidas, de seguridades de servilismo "para el presente y para el porvenir"... No queremos ofender a los hombres libres de América interrogándoles sobre cuál de ambas actitudes y cuál de estos lenguajes les merecen mayor aprecio, una más íntima y sincera simpatía.

¿Cuál fue la respuesta? ¿Acaso conmovió el espíritu del César magnífico, fugado de Plutarco, con la bella y nobilísima actitud de sus jóvenes gobernados? No. La mirada aquilina del "Benemérito" ahondó en el fondo de la cuestión: si los universitarios reclamaban la libertad de Arévalo González y de sus compañeros era sin duda porque la devoción y el cariño se

resentían con la separación de los encarcelados; y resolvió, en consecuencia, que los firmantes de la petición ingresaran también en la cárcel... "Nada más acertado, mi General, porque esos son unos *comunistas* peligrosos", dijo, de cierto, el ventrudo Arcaya, entreabriendo como una florecilla ponzoñosa, su sonrisa maquiavélica, cuando en el coro adulón de los cortesanos íntimos anunció el "Jefe" la resolución tomada. Velazco, jefe de los esbirros de Caracas, siempre reclamado por calofríos pávidos, no las tuvo todas consigo al oír la palabra del amo; y tímidamente, con esas timideces lastimosas con que hablan las mujercuelas de arrabal después de haber sido golpeadas por su hombre, se atrevió a insinuar: Mi General, no olvide que esos caraqueños "muérganos"⁴² son muy amigos de los patiquines estudiantes y pueden saltar la cárcel... El Bisonte quedó silencioso, alisándose con las manazas de montañés los bigotes descolgados sobre el belfo mestizo. ¿Pensaba? El Bisonte no piensa. Rumiaba la última comida, aún sin estar libre por completo de ese temor angustioso que le invade tres veces al día de haber sido envenenado por sus propios lacayos... Resultado de este regüeldo digestivo fue una contraorden, la cual coloreó de visible satisfacción las cetrinas mejillas de Velazco. "Pues entonces me manda a los amigos a la carretera, para que sepan que el que se mete conmigo se muere o *se vuelve loco*"⁴³. La orden se cumplió a cabalidad, con esa pulcritud de "ejecución" que hiciera de Venezuela, si otra fuere la mentalidad de su Jefe de Estado y otra la moralidad de los servidores públicos, el país mejor gobernado del mundo. Dos sicofantes de borla manejaron los hilos de la farsa: Rodríguez Rivero, Rector de la Central y Presidente por aclamación de la Academia del Cinismo y Briceño Iragorri. Secretario de ambos Institutos, escritor místico con ribetes de Fray Luis y biógrafo de Gómez, "Plutarco de un varón sin paralelo". El escenario escogido fue el aula, cuyo recinto prestigia el recuerdo de más de una voz honesta que se ha alzado allí enseñando a la gente joven decoro y civismo. A la hora convenida se reunieron los firman-

42 Dentro del lenguaje rudimentario —apenas alejado de la onomatopeya bárbara de las razas primarias— que usan Gómez y su compadrazgo tachireño, es esta una palabra medular. Alrededor de ella se adhieren unas escasas docenas de vocablos. Con ellos les basta para ordenar el asesinato y el robo, ejes de donde se articula toda la política andina. Ya Vallenilla, Arcaya, Itriago Chacín y demás miserables ganapanes borlados se encargarán de ponerle máscaras de elegantes sofismas a la trágica y áspera verdad de los hechos.

43 No imaginamos situaciones ni inventamos frases. Esta que copiamos fue oída de labios de Gómez cuando se enteró de la pérdida de juicio del General Zoilo Vidal, quien acababa de salir de La Rotunda, después de 14 años de cárcel. Un compañero nuestro de destierro, oficial de aquel noble paladín que se llamó Horacio Ducharne en su campaña de los 14 y 15, interceptó un telegrama de Maracay para Manuel Rugeles, entonces Presidente del Estado Monagas, que bien puede hacer cuerpo con la frase trascrita, como elementos de una misma tesis de insolente barbarie. Dice así: "Los que han hecho armas contra mi gobierno no le queda otra disyuntiva que morir o vencer o viven eternamente en la selva o mueren en un Castillo, con un grillete en las pies".

tes de la representación, casi cien en total, para reclamar la contestación de ella. Los "directores de escena", apersonados de su papel, ensayaron sonrisas despreocupadas y afectuosas para entretener el grupo, mientras un incondicional iba a llevarle a Velazco la noticia de que todos los "muérganos" estaban reunidos. El cetrino magistrado se armó de todas armas, arengó a los suyos con voz y arrestos tartarinescos y a la cabeza de 200 esbirros se dirigió a la Universidad, irrumpiendo en ella la bandada de matones sin respeto alguno por esa casa venerable, hace tres siglos visitada a diario por la gente culta de una patria. Ninguno de los estudiantes se opuso al atropello. Con ese espíritu de sacrificio tan familiar a los venezolanitos de estos tiempos fueron desfilar hacia la cárcel, entre bayonetas y soldados. Apenas permanecieron encarcelados durante algunas horas. El mismo día, hacia el atardecer, salió de Caracas una caravana trágica, integrada por los universitarios y por esbirros innumerables armados hasta los dientes. La noticia corrió, angustiada, de un extremo a otro de la población. ¡No se sabía para dónde, ni con qué objeto, ni hasta cuándo, eran trasladados los chicos bienamados de la ciudad blanca! Las madres, las hermanas, las noviecitas, sin un gesto cobarde, sin una lágrima reveladora de la tragedia interior que la torturaba, seguían los pasos resueltos de quienes, con la orgullosa sonrisa de los buenos, marchaban hacia lo desconocido, hacia la muerte tal vez. El pueblo, silenciado por el brillo amenazador de las bayonetas caladas sobre los fusiles de los custodiadores, seguía de lejos, en masa, al grupo compacto que avanzaba. Una vez alejada del recinto ciudadano, se dirigió la caravana hacia la carretera del Este, la cual une a Caracas con los pueblos llamados de Barlovento. La marcha era forzada, sin permitirle tregua a los estudiantes. Ninguno demostraba, sin embargo, señales de cansancio. Sobreponiéndose, a golpes de recia energía interior sobre el aporreo orgánico, caminaban sin desmayos. Fueron quedando atrás los poblachos vecinos a la capital —Chacao, Dos Caminos, Petare— y a la carretera se abrió paso en la montaña, huérfana de toda vivienda humana. Ya los rostros se desdibujaban en la sombra y perdían sus contornos precisos. Entonces, comenzó el Calvario de nuestros hermanos: a cada momento tropezaba uno con alguna piedra caída en mitad del camino; y ya le era imposible levantarse del sitio. Traían luz: los pies estaban destrozados, deformes, después de una marcha continua de muchas leguas, sin tomar descanso, sin hacer un alto; la respiración casi faltándole, el rostro exánime, revelador, detrás de una sonrisa que procuraba ser alegre, de un doloroso malestar. Se sucedían escenas patéticas, de un hondo sentido trágico: a la caída de alguno de los deportados, se detenía la caravana; de los vehículos se lanzaban a tierra los familiares acompañantes y en masa se dirigían al sitio donde estaba el caído. ¡Hijo mío! ¡Mi vida! Y la madre o la novia buenas levantaban en sus brazos el cuerpo casi exánime, intentando devolverle con caricias las fuerzas agotadas por aquel andar desesperado de tantas horas. Después de muchas súplicas dirigidas al Jefe

de la "sagrada" que custodiaba a los deportados, éste permitió que los caídos medios muertos de cansancio fueran trasladados a los automóviles. Hasta Guatire nada más permitieron que los vehículos, plenos de familias caraqueñas, acompañaran a los muchachos del éxodo: Un cordón militar fue situado a la orilla del riachuelo llamado Pacairigua, para dar cumplimiento a esa disposición; y muchas madres y familiares de estudiantes sufrieron atropellos, al pretender continuar detrás de aquellos. En el sitio denominado Las Colonias, lugar hasta donde había llegado el trazo en la carretera de Guatire a Carenero, acampó la caravana. Y desde ese momento, sin permitirle a los estudiantes ni siquiera un minuto de descanso después de aquella marcha de 80 kilómetros, se le puso en las manos a cada uno el pico y la pala. Las manos que mañana escribirán libros de ciencia y libros de arte, para orgullo de una patria y de una raza; las manos que mañana manejarán el bisturí hábil en la clínica y el caduceo doctor en la cátedra estaban definitivamente condenadas a destrozarse en el roce cotidiano con aquellos rudos instrumentos, si hechos para las manazas adaptadas a la "escardilla" del cortijero de Maracay, necesariamente tiránicas para esas manos cultas, habituadas al teodolito y a la pinza quirúrgica. Los muchachos, sonreídos, con clara alegría en los rostros veinteañeros, empezaron con ardor la tarea. Las piedras fueron cayendo, a golpes de pico; y el camino alargándose, alargándose, tierra adentro, buscando el recio corazón de la patria. Amorosamente, cual devotos de un panteísmo nuevo —y decimos nuevo porque la noción del Cosmos quedaba anulada ante la primordial preocupación "venezolana" que le daba sentido—, removían la tierra calcinada, tierra dura del trópico. El sudor de las frentes juveniles remojaba los pedruscos, rebeldes al mordisco del acero. Cuando el sol de mediodía asaetaba las espaldas curvadas, cuando el cansancio orgánico se hacía extenuador, cuando hostigaba demasiado los espíritus el recuerdo de la madre o de la novia lejanas, surgía de los labios la saeta fervorosa del "cigala". La alegría —alegría triste del que se dio voluntariamente al sacrificio— saturaba el espíritu atravesado de nostalgia y renovaba las fuerzas fugitivas de los músculos. ¡Y el camino se alargaba, se alargaba, tierra adentro, buscando el recio corazón de la patria!

El 11 de octubre, cinco días después del éxodo de sus camaradas, suscribió el resto del grupo universitario, por órgano del Consejo Supremo de la FEV, un altivo y sencillo documento, protestando por el nuevo atropello cometido por la dictadura y decretando el uso de la boina y de la insignia universitaria. Seguidos de más de tres mil personas, entre las cuales prodigaban su gracia amable las bravas mujercitas caraqueñas, recorrieron los estudiantes las calles de la ciudad. De pronto, al doblar una esquina, un automóvil surgió. Rafael María Velazco, el torvo Eustoquio Gómez, el "bravo" León Jurado, cuatro o cinco facinerosos más, descendieron de él, armados de revólver. A dos pasos de la multitud, sin previo requerimiento, dispararon sus armas. Una de las primeras víctimas fue el estudiante Lugo,

portador de la bandera; atravesado el pulmón izquierdo de un balazo, cayó al suelo. Otras manos alzaron la bandera y flameó de nuevo el trapo tricolor, con orgullo de otros días, sobre el trágico estupor de aquella multitud, a la que se estaba asesinando a pleno sol. Un inspector de la red tranviaria, apellidado Sanz, fue ultimado por Eustoquio Gómez de un tiro en el cráneo. A Carlos Sarriá Monserrat, un muchacho de veinte años, en la plenitud de una vida prometedora, le victimó cobardemente un grupo de esbirros, en la esquina Corazón de Jesús. El doctor Andrés Palacios Hernández—padre de Inocente Palacios, muchacho universitario de visible actuación y Secretario interino de la FEV—recibió dos balazos y fue llevado a su casa en estado casi agónico. Esta nueva víctima en el ya espantoso martirologio de la Venezuela de estos tiempos, es un anciano venerable, aureolado por la honestidad de una vida integérrima y perteneciente a una familia auténticamente patricia, que va a buscar su entronque en el más noble solar de América: ¡el de la madre del Libertador! Detrás de Eustoquio, detrás de Velasco, detrás de Jurado—mesnada de bandoleros siguiendo las huellas de sus capitanes—venía un escuadrón de caballería, formado por montañeses de occipucio aplanado y mentalidad mongólica, arrancados de las sierras andinas donde evadían la sanción de los tribunales de justicia para oponerlos como dique de barbarie a las ansias libertarias de un pueblo. A culatazos, a golpes de mandoble, a impulsos de los pechos de las bestias, disolvieron la manifestación, atropellando no solo a los hombres que la formaban sino también a matronas y jovencitas que, indignadas por la prisión de sus hijos, de sus hermanos, de sus prometidos, se habían agregado a ella. En la desbandada, muchos estudiantes y ciudadanos buscaron refugio en las legaciones; casi todas les cerraron sus puertas, muy de acuerdo con la doctrina de “discreción diplomática”, desprovista del más elemental contenido humanitario y cristiano, que enarbola en sus manos enguantadas y finas el Nuncio Apostólico de Su Santidad monseñor Fernando Cento.

Las persecuciones se intensificaron después de estos sucesos. La tropa de línea y los batallones de “chácharos” fueron patrulladas, recorriendo noche y día, en son guerrero insolente, las calles ciudadanas. Nuevos grupos de universitarios, con intervalos de días, fueron deportados al sitio donde se encontraban ya sus compañeros. Un núcleo honorable de padres de familias—Don Casimiro Vegas, Don Carlos ponte, Dr. Ramón Parpacén, don Ramón León, Doctor R. Irazábal Pérez y cien otros más—pagó en cárcel y en grillos su presunto delito de “instigadores de los estudiantes”. Conatos de huelgas populares fueron sofocados con la voz mandante e incontrastable de las bayonetas. La mujer caraqueña, heredera de la devoción religiosa de su abuela española, se refugió en los templos clamando de Dios, a viva voz, piedad para el castigado pueblo venezolano. Los sacerdotes, especialmente la casta jesuítica, sinuosa y oportunista, demostraron en esta ocasión ser tan malos servidores de su culto como buenos defensores de la “causa”,

cuya estabilidad es para ellos fianza de regodeos y de prebendas. Empezaron “dosificando” el fervor de aquella sociedad desesperada, prohibiendo que se alzarán demasiado las voces que condenaban ante el tribunal de la divinidad a los atropelladores de todo fuero; indignada ante esta resolución de los depositarios de un culto que, precisamente, tiene su razón de ser ética en la exaltación del oprimido, una de nuestras más bravas mujercitas, redivivo brote en arcilla milagrosa, bella y blanca, de las Luisa Cáceres fatigadoras de la leyenda—Carmen Gil Martínez—escaló un día el púlpito de la iglesia de San Francisco, ciudadela desde donde la Sociedad de Jesús despliega sobre toda la República los mil tentáculos de su política solapada y peligrosa; y desde allí, desde esa altura donde subrepticionalmente y traicionando la enseñanza, supremamente revolucionaria, del Maestro, se ha predicado siempre “respeto a la paz” y “sumisión al orden”—paz de esclavitud, orden de cautiverio—se alzó la voz acusadora de la chiquilla, clamando de una divinidad impassible el aniquilamiento de los asesinos, de los ladrones, de los traidores, de los que nada saben de fronteras morales⁴⁴. Como medida preventiva, ante este claro gesto de rebeldía, el gobierno ordenó la clausura transitoria de todos los templos parroquiales; y los sacerdotes y órdenes religiosas encargados de ellos se apresuraron a complacer la disposición policial, sin el más mínimo escrúpulo, tal vez hasta íntimamente satisfechos de poder descansar de esa tarea bastante difícil de “controladores” oficiales de la exaltación mística de las caraqueñas⁴⁵.

44 Esta actitud del clero, tan antipatriótica y tan anticristiana, debe servirle a nuestro pueblo de saludable enseñanza. En nuestra historia venezolana, como en la de todos los otros pueblos, la actuación de la casta sacerdotal ha sido siempre de un valor negativo, como fuerza reaccionaria, apegada al orden de cosas existente, aún cuando este sea contrario al querer unánime de la nación. Los sacerdotes que el año 10 interpretaban un cataclismo sísmico como castigo impuesto por la divinidad a los criollos rebeldes contra la metrópoli son los mismos que hoy, a través de todo un siglo de cultura, aventuran juicio semejante ante el reciente cataclismo que destruyó a Cumaná. ¿Comprenderá al fin nuestro pueblo cómo en los traficantes de balandrán y cogulla tiene y ha tenido los más encarnizados enemigos de sus derechos y de sus aspiraciones? ¿Bastarán esos hechos recientes para afirmar en su conciencia la convicción de que los fementidos “ministros del Señor”, confesores y consejeros de las concubinas de los Gómez, solo sirven para entorpecer y manchar la comunión de los espíritus con Dios?

45 Rafael María Velasco, hombre enérgico y funcionario celoso del cumplimiento de sus deberes, no podía dejar sin sanción ese atentado. A los escasos minutos de regresar Carmencita Gil a su casa de habitación fue cercada ésta por media docena de polizontes, armados hasta los cabellos. Se le participó que estaba incomunicada. No solo le impedían salir sino que las personas amigas que iban a visitarla eran devueltas. Al cabo de una semana se presentó uno de los empleados de la Gobernación para decir que Velasco deseaba hablar con el *rey*. En automóvil rigurosamente custodiado llevaron la chiquilla a la Gobernación. La entrevista fue borrascosa. El lívido “Chacarito de Sevilla”—apodo con que Caracas lapidó al esbirro—fue inundado de insultos por la valiente muchacha. Este se justificaba diciendo con una lamentable sonrisa lacayuna en los labios, “que él no era sino un sirviente del General Gómez”. Carmen Gil fue deportada, ejecutoriamente, sin que

La situación de los universitarios, durante las primeras dos semanas fue relativamente llevadera. Pronto, con esa despreocupación gallarda que tienen las juventudes combativas, se habituaron a su ruda labor y la sobrellevaron sin reproches ni lamentaciones. Desde Caracas, un grupo de damitas, constituidas en "madrinas de guerra" de aquel brioso tercio, mantenía con los muchachos correspondencia frecuente y alentadora. De pronto, una orden intempestiva dio fin a esta relativa lenidad. Diez y seis universitarios, escogidos entre los más destacados elementos del aula, fueron trasladados a Palenque⁴⁶ y los doscientos y tantos restantes sometidos a la más rigurosa incomunicación. Ya más nunca se supo nada de ellos; ya más nunca se le permitió a sus familiares el envío de recursos de ningún género.

Mientras en su "nueva Siberia" cumplían los deportados la misión de sacrificio que el destino impuso a la gente joven venezolana, los canallas encargados de condimentar el pastel de la exportación buscaban en Caracas la forma de justificar, ante la tempestad de la opinión extranjera, el sistema cavernario de represalia política actualizado por suprema resolución del jefe del régimen. En épocas anteriores, ante sucesos de índole menos insolente esto no hubiera sido imposible ni aún difícil. El Gómez "exportable", extraído a punta de tijera, con destreza de siluetista de feria, de pasajes bíblicos donde se glosan vidas de patriarcas magnánimos, tenía aceptación y acogida en toda América. Mas, ya esa hora pasó. La gente continental, orientada en su opinión por muchos con capacidad y con derecho para hacerlo, tiene un concepto claro, preciso, concluyente, de Gómez y del régimen que éste encarna y personifica. Por eso, después de conferenciar entre sí muchas veces los intelectuales de la dictadura, después de oír y discutir ampliamente las disertaciones duchas en esas triquiñuelas celestinescas de Gil Fortoul, Vallén y Arcaya, vinieron a resolver algo verdaderamente grotesco, indicador del desconcierto con que actúan, al compás claudicante del régimen que ayudaron a sostener con sus inteligencias corrompidas. Resolvieron traer a

en nada preocupara el pensamiento de esos canallas para tomar esa resolución la madre y los hermanitos que quedaban huérfanos de su cuidado y cariño. Isabelita Jiménez Arraiz, Cristobalina Segovia, Aurora Lesmann, la Sra. Nash, han sufrido tratamiento semejante. Indudablemente: ¡Velazco es un hombre de energía! Lástima que con esa prodigalidad se va a quedar con muy poca para la hora de la liquidación...

⁴⁶ Los estudiantes deportados a Palenque fueron los siguientes: R. Chirinos Lárez, Primer Vice en ejercicio de la Presidencia de la FEV; Antonio Anzola, Eduardo Celis Saunet, Luis Villalba, Enrique García Maldonado, Nelson Himiob, Pedro A. Juliá, Guillermo López, hijo, José Antonio Marturet, Inocente Palacios, Clemente Parpacén, Ricardo Razzetti, Rafael Sánchez Pacheco, Francisco Stelling, Luis Felipe Vegas y Juan Gualberto Yáñez. En Palenque los vistieron de presidiarios, le pusieron a cada uno un grillete al pie y los mezclaron a los forzados civiles que allí purgan delitos comunes. Dos de entre ellos: García Maldonado y Juliá, estuvieron en trance de muerte, a causa de la insalubridad del lugar y de la rudeza de las labores que diariamente cumplen. Nos parece innecesario agregar que sus familiares no tienen la menor noticia directa de ellos.

Gómez de la mano, desde su guarida fosca de Maracay; y encaramarlo, como a un mal payaso de farándula sobre la popa de "El Nuevo Diario". En el trayecto de la capital de Aragua hasta la esquina caraqueña del Conde, explotando la habilidad fotográfica de un discípulo tropical de Cecil B. de Mille, líder de los embaucadores de Hollywood, pusieron a sonreír en un retrato, muy pelicularo... y muy falso, la senecta humanidad del Bisonte. ¡Pobrecillo! Provocaba a risa, a risa sin encono, a risa piadosa por quien está clavado sobre la picota inclemente del ridículo, contemplar entre las columnas nutridas la interviú la silueta "retocada", "compuesta", limpia de arrugas ¡a costa de cuánta labor de "cámara oscura"! Porque le hicieron una interviú... Es este el documento más desproporcionado, absurdo, hilarante, emanado de la Rehabilitación durante sus veinte años de gobierno; y conste que cuantas veces ha perdido aquella su perfil trágico, revelador y propio, ha sido para asumir una actitud decididamente guñolesca. A rápidos trazos intentaremos glosar el documento en cuestión.

Después de un largo introito —tres columnas de literatura pedestre, amazotada, servida por cucharadas— nos cuenta el cronista su entrada espectacular y unciosa al "gabinete de trabajo" (*sic*) del "Jefe". Al sol tempranero brillaban, pulcros, meticulosamente ordenados, los menesteres del escritorio de trabajo. Ante él estaba el "General", mas ya despojado de sus atributos épicos. El soldado había colgado el sable "cercenador" de las mil cabezas de la hidra "anárquica" etc., para calarse los guantes impecables del magistrado. Oigamos al visitante: "Ya no es el guerrero, ni el agricultor, ni el criador: es el hombre de la meditación, el hombre de pensamiento, el estadista, el político". Ya no era el hombrazo chancero y campechano, soldadote zafio, apabullante de estolidez, amalgama de cortijero baturro y de Jefe de clan nómade, que en la sabana decía burdas gracejadas a los peones, sino todo un señor circunspecto, sereno en el pensar, comedido y certero en la frase. Nos hallamos ante el Gómez de levita y manos puestas al descuido, con estudiada negligé, entre las páginas de un libro a medio abrir, que abunda tanto en los clisés exportados por el Ministerio de Relaciones Exteriores... Comenzó la interviú. ¡El "Jefe" hizo el gasto! Con una locuacidad fluida, insospechable en quien tiene un léxico apenas reducido a la escala de tonalidades del "anja", desmenuzó temas trascendentales de la política y la administración, polarizando su charla hacia dos cuestiones, en lo íntimo estrechamente relacionadas: la deportación de los universitarios y la fidelidad de su ejército, vale decir, el grosero atentado y la fianza de impunidad de ese atentado. Hablando de "su" ejército, afirmó que marchaba "como un reloj" —menos mal, comentamos nosotros, que todos los relojes del mundo han tenido y tienen el hábito de marchar siempre como les da la gana— respecto a la encarcelación de nuestros bravos camaradas de aula, de generación y de ideales, hizo declaraciones tan estupendas, por lo cínicas e insolentes, que bien merecen el honor de una transcripción total. Ahí va:

No crean ustedes que la absurda e irrespetuosa actitud de un grupo de los estudiantes de la Universidad de Caracas, que en estos últimos tiempos han mantenido en zozobra la sociedad de la capital, ha hecho mella en mi espíritu. Esa actitud ilógica es hija de la inexperiencia de los años. Yo no los considero mis enemigos. ¿Disolver sus motines por medio de las armas? ¡Nunca! Yo no he fusilado jamás un soldado en campaña ni un prisionero de guerra. Menos me mancharía ahora haciendo disparar sobre niños inermes e inexpertos. Les he abierto las puertas de la Universidad, me he empeñado tenazmente en mantener y pagar magníficos profesores, les he pensionado para que adquieran una profesión honrosa, pero ellos no quieren ser sino políticos. Les he brindado todos los medios para que aprendan a estudiar; pero como no quieren estudiar, que aprendan a trabajar. Les he tratado como un padre severo. Y temporalmente les he mandado a una carretera de clima sanísimo, recomendados por mí mismo, con tiendas y camas de campaña y con orden de tratarlos con las mayores consideraciones. Allí reflexionarán y reconocerán sus errores.

Nuestros ímpetus de polemistas en ciernes fracasan ante la endeblez torpe de esas declaraciones. Nos hubiera gustado experimentar nuestras armas noveles destrozando uno de esos tejidos de sofismas inteligentes que urde la pluma cínica y hábil del Vallenilla. Sin embargo, aún a trueque de quedar resentidos por la escasa gloria que eso significa, vamos a tomarnos el trabajo de desmenuzar el párrafo, línea a línea.

Comienza Su Excelencia calificando de "actitud absurda e irrespetuosa" la que ha adoptado frente a él y a su régimen la última generación universitaria. Sería necesario retroceder hasta el primitivismo del clan, es decir, salvar de un salto hacia el pasado toda la lenta y penosa evolución del hombre hacia su soberanía integral para situarnos en el momento y en la época donde fuera posible calificar de "absurda" la voluntad de ser libres y los esfuerzos hechos para adquirir esa situación; en cuanto al epíteto de "irrespetuosa", que asigna a esa misma actitud no tenemos sino que referir a nuestros lectores, para comprobación de lo contrario, a la lectura de los documentos emanados de la FEV durante la cruzada y los cuales van insertos en el Apéndice de este libro. Nos placería que uno de sus lacayos del Exterior, los que visten la librea de diplomáticos suyos —por cuanto sospechamos, con una sospecha íntima y alentadora, que el propio Gómez no se aventure a los azares de una polémica de prensa...— señalara siquiera una frase en esos documentos que no pudiera caber en una representación ante cualquier funcionario público de cualquier país libre. Hay allí altivez, verticalidad, entereza ciudadana; mas, nunca insolencia, por la razón poderosa de que las personas decentes no abandonan el lenguaje comedido ni aún

cuando se dirigen a patanes. En la misma línea, otra rectificación se impone. La "actitud absurda e irrespetuosa" no ha sido asumida por un grupo como sugiere, tendenciosamente, el verbo revelador del Presidente. Ha sido asumida por una generación íntegra. Cuando los sucesos de febrero, iniciales de la cruzada, trescientos y tantos fuimos al Castillo de Puerto Cabello; en la noche del cuartelazo de abril, solamente en el Hospital Vargas había más de doscientos, esperando la hora de empuñar el fusil libertador; una cantidad que casi dobla a esta última cifra suma el total de los que actualmente están en trabajos forzados, en la cárcel y en el destierro. Marginales a la empresa —que, fraternizando con el gesto de Sandino, salvará ante la historia a la América burguesa de estos tiempos— han quedado muy pocos; si apenas un grupo de tráfugas, desertores de los ideales de su generación y de su pueblo, juventudes corrompidas, sin ímpetus ni bizarrías para la lucha. "Esa actitud ilógica es hija de la inexperiencia de sus años", agrega de seguidas. El argumento es demasiado socorrido y su intención última clarísima: hacernos aparecer como a un grupo de muchachos atolondrados, desprovistos de orientaciones conscientes. Es la misma manida táctica de todos los despotismos seniles, tanto en el orden político como en el intelectual o el social, frente a la inquietud renovadora y visionaria de la gente joven; táctica, por otra parte, inútil, ya que a pesar de todas las afirmaciones en contrario la vanguardia de los pueblos no la ocuparán siempre sino sus juventudes. En el caso concreto fácil nos será demostrar cómo nos asiste la verdad. La oposición venezolana no había merecido una atención tan unánimemente simpatizadora de los pueblos americanos hasta no haber hecho acto de presencia frente a la dictadura toda una generación joven, la misma cuya advenimiento predestinado —lo afirmamos a conciencia— saludaba en páginas admirables José Rafale Pocaterra. Continúa el "General": "Yo no los considero mis enemigos. ¿Reducir sus motines por medio de las armas? ¡Nunca! Yo no he fusilado jamás un soldado en campaña ni un prisionero de guerra, menos me mancharía ahora haciendo disparar sobre niños inermes e inexpertos". Y si no nos considera sus enemigos, ¿por qué nos persigue, y nos encarcela y nos destierra? En cuanto al "nunca" con que él mismo se contesta la pregunta planteada de seguidas, merecería un ensayo, un largo y meticuloso ensayo, acerca de las insondables profundidades que tiene el cinismo de algunos hombres. ¿Cómo es posible que Gómez se atreva a afirmar que nunca ha disuelto manifestaciones estudiantiles por medio de las armas cuando aún repercute en los oídos de los ciento cincuenta mil habitantes de Caracas el eco doloroso y trágico de las descargas con que un grupo de sus "leales" asesinó a la multitud que, en actitud pacífica, recorría las calles de la ciudad el día 11 de Octubre? Quizás los anteriores crímenes del régimen, cometidos solapadamente, con la complicidad de la cárcel y el arsénico, hayan podido quedar envueltas en penumbras dudosas; mas, ese asesinato colectivo, perpetrado a pleno sol, a pleno día, en la calle más

céntrica de la capital de la República no puede intentar velarse, ocultarse, encubrirse. Resulta pueril⁴⁷. Inmediatamente después de esta afirmación, insolente de mendacidad, hace otras que bien merecen meditar sobre ellas. “He” abierto las puertas de la Universidad, “he” pagado magníficos profesores, les “he” pensionado para que adquieran una profesión honrosa... ¿Es decir, señor sargento, que las puertas de la Universidad no son ni más ni menos que una prolongación de las “talanqueras” de sus hatos de Aragua, las cuales se cierran y abren cuando a usted le venga en gana? ¿Y que el pago de profesores y pensiones, y el sostenimiento, en síntesis, de la instrucción pública no es función primordial de ese ente jurídico y abstracto que se llama el Estado sino generosa merced suya, dispensada a costa de su propio peculio?⁴⁸ Ahora bien, nosotros, enfermos de esa vieja inconsecuencia venezolana para con sus magistrados modelos, hemos tenido en muy poca cuenta los sacrificios de Juan Vicente y por todos los medios posibles hemos buscado la forma —y continuaremos buscándola, conste— de obligarlo a abandonar un solio que usurpó y ha venido mancillando con sus ejecutorias criminales; y aquel, procediendo como “un padre severo”, nos encarcela, nos persigue hasta hacernos expatriar, nos envía a una galera de forzados, como una pandilla de facinerosos, a picar piedra, bajo un sol inclemente, amenazados por el rebenque de los capataces... Eso del “clima sanísimo”, de las “recomendaciones especiales”, de las “camas y tiendas de campaña” —

47 Esta declaración puesta en boca de Gómez dio margen a un hermoso gesto de valor cívico de tres escolares, cursantes de bachillerato en el Liceo Andrés Bello y chiquillos de 13 a 15 años de edad. Al día siguiente de ser publicada y comentada por *El Nuevo Diario* la entrevistó, se dirigieron los tres escolares al Gobernador Velasco en una carta autorizada con sus firmas y domicilios, donde le planteaban esta sencilla cuestión: si, como afirmaba el “Benemérito”, él “no había ordenado jamás que se disolvieran manifestaciones estudiantiles por medio de las armas” toda la responsabilidad de la bárbara balaada del 11 de Octubre correspondía a Velasco; y concluían exigiéndole a éste se pusiera a la orden de los tribunales ordinarios para que le fueran impuestas sanciones legales. Los bravos chicos fueron encarcelados incontinenti e incorporados a un grupo de universitarios que para esos días deportaron a Las Colonias. El apellido de uno de ellos es Nouel; el de sus dos compañeros de gesto no pudimos lograrlo.

48 Nadie debe extrañarse de ese lenguaje, a pesar de su inaudita desfachatez. Los secretarios del autócrata analfabeta no hicieron sino traducir esas palabras —las más sinceras que jamás hubieran salido de labios de hombre— la fórmula política de Luis XIV: El Estado soy yo. Lo que sí debe extrañar es que un espíritu culto de esta América fundamentalmente republicana llegue a la misma peregrina afirmación, por sinuosos senderos sofisticos. Léase lo que escribe Vallenilla Lanz, en edición reciente de su diario asquerosamente conócido: “Todo gobierno establecido es tácita o expresamente representativo y para los gobiernos que lo reconocen y mantienen relaciones de amistad es este la nación misma, cuya soberanía tiene que ser inviolable”. Poca sutileza se requiere para penetrar, a través de las hábiles acrobacias de su creador, en el fondo de la tesis: Gómez *personificando* a Venezuela: un gobierno democrático *encarnado* en un hombre. Es algo que escandalizaría hasta a un principiante en los estudios de derecho político, siquiera nutrido por la lectura de los “precis” escolares de Monsieur Foignet.

piedades de fiera, ternuras de lobo— nos hace recordar una especie muy pintoresca que los agentes del gobierno pusieron a circular, cuando nuestra prisión en febrero; afirmaban, y algunos cándidos llegaron a creerlo, que Josefina Revenga, mujer de José Vicente Gómez, como una nueva Isabel de Hungría, se llegaba a las puertas de los calabozos, a regalarnos con sorbetes, con frutas, con ramos de frescas margaritas... Era en los mismos días en que estábamos con un grillete al pie, medio muertos de hambre⁴⁹.

La entrevistó comentada fatigó el telégrafo y el radio. El agente en Caracas de la UP, inexplicablemente silencioso ante las cuestiones “venezolanas” y sospechosamente atento de las “gomezolanas”, se apresuró a transmitirla casi íntegra a los pueblos civilizados. Los agentes diplomáticos y consulares de la dictadura⁵⁰ la hicieron reproducir copiosamente en las colum-

49 Da inicios de la verdadera situación de los deportados el fragmento que copiamos del Diario llevado por uno de ellos y el cual, en forma novelesca, muy semejante a la que empleó Pocatererra para hacer salir de La Rotunda los originales de “La Vergüenza de América”, fue a parar a manos de una damita caraqueña y de ahí a las nuestras:

Lunes 14... y otros “sagrados” mandaron por dos veces a que nos calláramos, pero, nosotros, no obstante la amenaza del plan, cantamos el “cigala” con voz entusiasta. Al terminar nosotros empezaron los del patio, los mandaron a callar por tres veces y al “abajo cadenas” empezó el plan. ¡Qué actitud impasible la de la oficialidad! Tendieron la tropa y hasta le dieron orden de apuntar. Interrumpieron a los del patio, los arrastraron al suelo, pero el Himno de Venezuela no lograron quitar, de los labios de mis compañeros. ¡Qué hubiera sido de los del Consejo Supremo si hubieran cantado, los hubieran matado! Cuatro o cinco fueron los planeados, Miguel Pardo, Delgado Franco, López Octavio y otros. Anoche, en el momento del plan le dio a Pardo (niño de 13 años) un ataque de nervios y Daza intentó darle a un “chácharo” con el pico.

Viernes 18. Hubo trabajo. Hoy a las diez supimos que en Cumaná hubo ayer un terremoto, a las 7:30; que hay 300 metros y que gran parte de la ciudad se destruyó. 8 pm. Siguen noticias de Cumaná: fue grande el desastre, se leyó un periódico que no sé cómo pasó. Grande angustia en los cumaneses. Edmundo Fernández propuso al Coronel Lagos que dijera a Gómez que estábamos a reedificar a Cumaná. Muy buena idea. Más de diez cumaneses hay aquí y otros que tienen sus familias allá.

Sábado 18. Hoy escribimos un telegrama al Gobernador de Cumaná preguntándole por las familias de los estudiantes presos que están allá; este telegrama no pudo pasar por nuestra incomunicación.

Lunes 21. Qué vacío se sintió anoche sin haber cantado el Himno y nuestro reto salvaje, pero era una temeridad haberlo cantado pues a plan y hierro nos hubieran arrancado para renunciar a cantarlo. ¡Prohibirle a unos pobres estudiantes cantar el Himno de Venezuela, único aliento y desahogo de unos patriotas reducidos a prisión!

En esas líneas, desnudas de oropeles retóricos, escritas con un áspero acento de honradez y de verdad, rastreará sin dificultades toda pupila comprensiva la tragedia vivida por esos muchachos, confinados a una montaña salvaje, sin más armas que su entereza para oponerla a la saña de unas docenas de desalmados constituidos en sus verdugos.

50 Gómez ha distribuido en dos sectores perfectamente deslindados a los hombres que le rodean: el “machetero”, sargentón llegado a altos destinos a botes de lanza, fue encargado de los gobiernos regionales, de las jefaturas de ejército, de la gerencia de los monopolios, de la administración de las aduanas; y el “intelectual”, una vez llenada la plana de los Ministerios, fue enviado al Exterior, para que intentara justificar ante las cancillerías y la opinión pública de los pueblos civilizados

nas de prensa mercenaria, subvencionada con largueza por el oro de Maracay. Con esto creyó Gómez haber satisfecho plenamente a los que, en la prensa y la tribuna libre de los pueblos libres de América, exigían en nombre de la cultura y de la decencia continental una rectificación de esos actos de barbarie. Y se volvió, con paso tardo y bovino, a su cuartel de Maracay, a sus vacas, a sus cortijos, a sus concubinas, a oler boñiga, a procrear hijos espúreos, a refocilarse en la animalidad de su vida de animal; y a esperar allí, desde un lecho donde no solo hay estiércol y lodo, sino sangre, mucha sangre, a que el cónclave de eunucos desvergonzados y canallas apodado

—ganándose con ello una cuota crecida en el festín de la usurpación— los métodos de rapiña y de crimen con que aquella se sostiene. Además de esa función, muy cínica y muy antipatriótica, pero hasta cierto punto “intelectual”, de estar poniéndole remiendos de cuartillas mal escritas al telón de boca que trata de ocultar a la curiosidad de miradas exóticas la trágica realidad venezolana, le impusieron otra, esa sí inconmensurablemente miserable, por canalla, por solapada, por subrepticia: la de espiar cuidadosamente, todos los movimientos de los emigrados de la oposición. De hombres han derivado, por consecuencias de ese cometido, a hembras, y a hembras de la peor especie: a celestinas. Son trasunto —a pesar del frac impecable y de la “botonière” encintada— de alcahuetas a sueldo de esposas celosas, para dar cuenta de los pasos callejeros del marido... Allí está, como tipificación del vergonzoso caso, Vetancourt Aristeguieta, poeta adorado, de equívocos glúteos. Representa los intereses de Gómez en Puerto Rico, tan bien representados que hasta intentó importar una miniatura de la “situación”, en su anhelo de vivir refocilado dentro de ella; y decimos intentó, porque la aventura no pasó de ese punto: quejas de los inquilinos vecinos del mismo edificio donde se encuentra la representación consular de Gómez en San Juan impidieron que el consulillo continuara evocando a la Venezuela de la “Rehabilitación” con sus diarias borracheras, celebradas en fraterna y efusiva camaradería con mujerzuelas de la hampa, y con melendados de los bajos fondos periodísticos. Además de poeta y de borrachín inveterado, Vetancourt es espía, habilísimo espía, suerte de Sherlock Holmes excesivamente adiposo. Acaba de dar una prueba de su “habilidad”. Uno de los autores de este libro, al azar de sus trashumancias de inconforme por estas tierras de América, recaló a Puerto Rico, acompañado de un camarada en ideales de patriotismo y de dignidad. Avisado Vetancourtillo del próximo arribo de nuestras “peligrosas” humanidades a aquella isla aderezó un largo expediente condenatorio contra nosotros y lo introdujo en la oficina de inmigración. La hostilidad se inició en la aduana. A su gusto y sabor removieron el equipaje, buscando algo al parecer muy interesante; y eso por casi media hora, no resignados a dejar de hallar, disimulado dentro de un pijama inofensivo y burgués, alguno de esos complicados relojes fabricados por los ingeniosos “camaradas” de Moscú... La treta continuó en la oficina de inmigración, donde tres yankees tan sandios y tan estúpidos como su abuelo Jorge, el del “hermoso cerezo”, nos hostigaron a preguntas capciosas, hasta ponernos en trance de renunciar a los dos meses de cordialidad con esos nobles muchachos puertorriqueños (¿verdad, Emilio Delgado? ¿Verdad, Pepe Paniagua? ¿Verdad, Álvarez Stéfanes?) que nos prometíamos y a salir de una vez de territorio norteamericano. ¿Hasta dónde influyó el flamante expediente de Vetancourtillo en el ánimo oportunista y “petrolizado” de los brutos de la inmigración? No resulta difícil precisarlo. Y excúsenos la extensión de esta frase; no dejamos constancia del caso por la parte que en él nos atañe, sino para lamentarnos de la temeridad con que gobiernos que se dicen decentes amparan y secundan los sucios manejos, —¡a esta hora!— del primer Vetancourtillo que los trame. Respecto a ese último, una vez puesto por un momento frente al desprecio de los hombres, lo reintegramos de un puntapiés al lodazal de donde le extrajimos por las greñas.

Congreso Nacional le reeligiera para un nuevo septenio de mando... ¿Y mientras tanto? ¡Ah! Mientras tanto los universitarios, —la carne y la sangre más pura venezolana— continúa soportando atropellos y hambres, sí, hambres; la juventud intelectual es perseguida sin cuartel e internada en las mazmorras de La Rotunda, Puerto Cabello y San Carlos, cargada de cadenas; la ciudadanía digna, la que no doblega la columna, genuflexa y mendiga, ante la canalla erigida en gobierno, corre igual suerte; el espionaje se multiplica y la fase imprudente, desborde de una rabia contenida que rebosa todos los hechos, al ser captada por uno de los ganapanes racionados con la sangre de su hermano digno, es cuidadosamente cobrada en cárcel y en grillos; el comercio —ese mismo comercio a quien, con la amenaza de las bayonetas, se obliga a firmar votos de adhesión al régimen— en vías de quiebra, por la inestabilidad económica, consecuencia de la inestabilidad política; el pueblo, despierto ya de su largo sueño de pasividad y de inercia, con la conciencia en trance inminente de estallar con la súbita acumulación en ella de todo su dolor de veinte años y gestando en el crisol de sus odios y de sus anhelos reivindicadores un grito que se oirá en toda América, porque tendrá el esplendor magnífico y terrible de las revoluciones sociales. ¿Bastarán las diez mil bayonetas de la dictadura para acallar la voz que lanzará ese grito?

Aquí están los hechos. Sin ahondar en sus raíces, sin buscarles explicaciones, sin traer de la mano a sociólogos que los clasifiquen, los hemos expuesto. Ha sido la nuestra una labor exclusivamente narrativa, orientada por una preocupación predominante: la de ajustarnos en todo momento a la exactitud. Enemigos jurados del régimen que en la patria venezolana atropella fueros y derechos, lo hemos combatido en estas páginas y lo continuaremos combatiendo, en todos los terrenos, hasta la hora misma de su derrumbamiento definitivo; mas, ni hoy ni nunca buscaremos en mentiras efectistas elementos de beligerancia. Luchamos, por consecuencia a nosotros mismos, con armas leales, a pesar de ser yangüeses, y de los más canallas, cuantos militan bajo el sucio trapo “rehabilitador”. Hemos procurado también, en todo momento, mantener en esas cuartillas el mismo tono uniforme de protesta; por eso, cuando reconstruyendo la vida amarga de los deportados de Palenque y Las Colonias surgió de nosotros la palabra piadosa ante el recuerdo de las juventudes camaradas que estaban condenadas a muerte, víctimas de morbos terribles, y de las madres, con las nobles cabezas temblorosas de angustia, y de las novicitas, todas trémulas ante el presentimiento de que bien pudiera ser definitiva la ausencia del amado, lo hicimos para exaltar a las víctimas y no para conmover a los verdugos. No hemos intentado sensibilizar a los bárbaros y hacerlos asequibles a nociones de humanidad; simplemente, hemos formulado una acusación solemne, incommovible, de los bárbaros ante la conciencia libre de América. Otra cosa hubiera sido una rogativa tácita al déspota para que

suavizara el castigo impuesto a los universitarios deportados, encarcelados y en destierro; y al hacerlo, los hubiéramos traicionado a ellos y nos hubiéramos traicionado a nosotros mismos. La juventud venezolana no reclama ni acepta clemencias. Y solo depondrá su actitud rebelde y combativa en el momento en que esté dispuesto Gómez y su canalla a alejarse definitivamente del Gobierno y de la administración de la República, para hacer paso a un régimen decente, civilizado, cónsono a modos de ser y de vivir de hombres libres.

Valora este libro amargo y esperanzado, y hace su veracidad insospechable, la acumulación de datos precisos, nombres propios, localización de lugares, fecha y hora en que se sucedieron los acontecimientos narrados. Lo escuda y afianza la integridad de nuestros nombres y la honradez de plumas que acusan solemnemente, sin escudarse tras la careta de Pasquino. Por eso reclamamos, en nombre de la solidaridad humana, que los hombres de indoamérica mediten sobre estas páginas; que no les ciegue la pupila la indiferencia egoísta, indigna de espíritus alertas, hasta impedirles ver como corre por ellas, viva, palpitante, la sangre de un pueblo que se está aniquilando en una lucha suicida. Y exigimos, con ese indiscutible y poderoso derecho de los oprimidos, que las simpatías de América por la tragedia venezolana adopten una actitud más combativa, más generosa y desinteresada, que esas formas de piedad romántica como hasta ahora se ha manifestado. Ya el continente, por la obra de muchas plumas honradas de la oposición venezolana y por recias campañas de prensa libradas por espíritus tan combativos y sinceros como los de Eduardo Santos y José Vasconcelos, conoce perfectamente cuál es la situación de Venezuela, cuáles los crímenes y atropellos cometidos a diario en ella; sin embargo, todos sus gobiernos, a honrosa excepción del mexicano, mantienen relaciones diplomáticas, y se cruzan mensajes, y se hacen toda clase de babosas zalemas de cancillería con el capitán de salteadores acampado hace veinte años en nuestro Capitolio Nacional. Y los enviados especiales, y los encargados de negocios y los cónsules, cegándose al más elemental impulso de simpatía hacia un pueblo sobre el cual el destino rezagó un lote abrumador de dolores y de pruebas, se escudan en la cómoda actitud digestiva, y muchos —por no decir todos— cuelgan sobre el pecho de los hijos de las concubinas de Gómez, las más altas condecoraciones de sus patrias. Extendemos esta acusación, a reserva de prueba, sin paliativos, sin limitaciones, desde el decano del Cuerpo Diplomático acreditado ante Miraflores, Monseñor Cento, Nuncio Apostólico de Su Santidad hasta el último consulillo *ad honorem*.

Es este el momento de demostrar que existe en Indoamérica un celo colectivo de todos sus pueblos por la defensa de patrimonios que le son comunes, una fraternidad real, para hoy y mañana, hecha a base de raza de historia, algo que sea más prácticamente *americano y humano* que las alambiqueces retóricas de los congresos de “acercamiento” o las vagas fórmulas

abstractas de apóstoles ingenuos. Que los pueblos americanos echen a puntapiés de sus respectivos territorios a los que en ellos visten la librea de diplomáticos de este Calígula de pacotilla y que sus gobiernos declaren a la dictadura venezolana el boicoteo internacional, poniéndola al margen del derecho de gentes y entonces podremos presentar un dato concreto —barra a las agresiones exteriores del imperialismo capitalista y frontera de los delirios autocráticos del cacicaje interno— de la efectiva existencia de AMÉRICA UNA.

Curazao, Puerto Rico, Santo Domingo, febrero-junio, 1929.

(A manera de colofón en el panfleto *En las huellas de la pezuña*)

Por Magda Portal —del FU de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina.

Venezuela vive su más dura hora de prueba. ¿Cuántos años hace que la vive, uncida al despotismo bárbaro del gomezolato?—Tres generaciones de hombres que por no envilecerse, han soportado el rigor de las prisiones, las torturas y la muerte; o envilecidos, han arrastrado la dignidad babeando adulaciones a los pies del soldado brutal.

Es casi imposible para nosotros, los que miramos desde lejos y sabemos algo del martirio de ese pueblo, comprender cómo se ha sostenido un régimen de oprobio. ¿Es que Venezuela ha muerto, se ha atrofiado para la gestación de hombres después de haber gestado al Libertador de América? ¿Qué clase de despotismo es el que se desenvuelve en ese pueblo para haberle concluido los últimos rezagos de rebeldía, para haberlo conformado con su suerte, hecha al capricho de un amo sanguinario y bestial?

Pero es que nosotros —estos pobres pueblos de América carcomidos de personalismos criminales— vivimos a muchas millas de distancia de la tragedia y el alma de ese pueblo que es nuestro. Como desde la platea se nos presenta la mascarada bufo trágica del régimen de Gómez y su despotismo atrabiliario, y nosotros decimos “si el pueblo lo acepta, es porque lo merece”. Sin embargo, Venezuela vive en perenne desangrarse, silenciosamente, porque la prensa se calla o aplaude, como es oficio de la casta más servil que existe dentro de la sociedad humana.

Venezuela como la mayor parte, como casi todos los pueblos nuestros de origen indohispano, está entregada a una casta despótica, salida de cualquier parte, erguida en poder, succionadora de las energías de la gran masa productora, extranjerizante y entregada a una política de camarilla donde lo único que vale es la adulación y la venta. El gobierno, un déspota ignorante, rodeado de una corte de cretinos, poseso de delirio de grandeza, es el único amo de todo el país —Gómez y los Gómez son los únicos terratenientes de Venezuela— y ansioso de prolongar su régimen reparte las riquezas del

país entre los explotadores extranjeros que serán los que le protegerán contra las posibles rebeldías del pueblo. Venezuela es un país atrasado, sin industrias, despoblado, sin vías de comunicación, que sólo existen entre el cuartel o fortaleza de Maracay donde se guarece la fiera y los suyos, y los centros fortificados de la República. Asaltado de terror —sus crímenes no pueden garantizarle la tranquilidad de espíritu— el más torvo de los tiranuelos de América, dirige la muerte de todo un pueblo, triturado en las prisiones medievales, condenado a torturas indescritibles, vejado, humillado, si no se le arrastra como toda su casta amarilla. El viejo epiléptico necesita el zahumerio de la adulación, de la loa, el besamanos diario, porque de lo contrario cree que conspiran, que le traicionan para asesinarle.

Nosotros desde fuera siempre hemos esperado un gesto, una actitud que rompiera el terror supersticioso de una masa atrofiada por el despotismo de 20 años. Nosotros sabíamos que las cárceles se vaciaban, se constrúan —como ahora mismo— nuevas prisiones, incapaces las que existen de contener más material humano. Pero el hombre que hace residir su poder en su ignorancia y en su lombrosiona contextura síquica, persiste para vergüenza de América, enlodando la patria de Bolívar.

¿Y la juventud, la juventud venezolana? ¿Es que el déspota no permite que se incuben fuerzas nuevas, incontaminadas? ¿Es que desde que nacen los hombres se les infiltra servilismo y miseria moral? ¿La juventud sigue los pasos de los vencidos? ¿Las cárceles no dan nada para ejemplo de los hombres que llegan? ¿Está Venezuela al margen de la inquietud unánime que recorre nuestros pueblos de América y que ha despertado en las nuevas generaciones como nunca, ese fervor revolucionario que salvará el Continente para el triunfo de la Humanidad hasta hoy defraudada? La juventud de Venezuela no había dicho su palabra. O si la había dicho, las mazmorras de La Rotunda, los caminos carreteros que conducen a la guarida de la fiera, donde esos muchachos trabajan como forzados, silenciaron siempre sus gritos de protesta.

Pero ahora les hemos oído. También nosotros, compañeros de América, estábamos sordos. Venezuela se nos presentaba como amurallada y nada hicimos por escalar esas murallas y acercarnos, siquiera sea por curiosidad, para mirar al fondo de las prisiones a nuestros hermanos asesinados.

La juventud de Venezuela, hoy la más heroica del Continente, ha dicho al fin su palabra. De las Universidades, donde hace pocos años se forjaban los profesionales y los serviles, los aristócratas y los adulones de los aristócratas, de esas Universidades ya dignificadas desde Buenos Aires hasta México, ha salido también en Venezuela la más alta llamarada de protesta contra un régimen de oprobio. La juventud de Venezuela está respondiendo por todos los mudos que agonizan en las prisiones. Y segura de su actitud que les concita el odio del tirano, que les abre las prisiones y la muerte, ha gritado bien fuerte que salvarán la dignidad de su pueblo o caerán con él.

Los universitarios de Venezuela han tenido uno de los más bellos gestos de que puede enorgullecerse la juventud de América Latina. Luego de la "Semana del Estudiante" con reminiscencias de galantería, que no sirvió sino de puente para lanzar protestas incendiarias, siguió el gesto de hombres de sostenerse en lo dicho y afrontar la cárcel, el destierro, la muerte. La "Semana del Estudiante" fue el preludio de ese rumor de ciclón que se avecina, que ya está sobre la cabeza del pueblo más sufrido de América. Nosotros sabemos el martirio de Venezuela y sabemos que solo un gesto definitivo, que afronte sin cobardías todas las contingencias a que el despotismo de Gómez puede someterlo, es capaz de salvarla. Por eso los estudiantes de Venezuela se nos presentan heroicos, como no ha podido serlo ninguna otra juventud de América. Ya en toda la América Latina se dio el caso de que las clases más conscientes de las Universidades levantarán el pendón de la rebeldía por la renovación y la reforma de la enseñanza universitaria, por la destrucción del fosilismo académico, por el acercamiento del estudiantado, el más comprensivo, el más apto, a las clases trabajadores manuales. Pero el estudiantado de Venezuela ha hecho algo más. Ellos quieren salvar a su país de las garras y la pezuña del Gomezolato. Ellos, de frente, con la intuición maravillosa que ha nacido en la nueva conciencia de Latinoamérica, quieren afrontar su HORA y rescatar al pueblo venezolano del trágico marasmo en que se halla sumido. La juventud de Venezuela por revolucionaria, latinoamericanista, es la que tiene la visión si no más precisa, más cerca de lo que será para estos pueblos nuestros, la continuación de regímenes traidores, que nos venden al capital extranjero y nos someten al más despiadado servilismo. La liberación de Venezuela del gomecismo como la salvación de México del porfirismo, traerá una era de transformaciones sociológicas para ese pueblo, llamado por tantas razones a ser un índice en la liberación de toda América. No en vano una juventud nueva, en el nuevo sentido de responsabilidad que tenemos los jóvenes de América, es la que ha tomado en sus manos —preclaras por honradas, por altivas, y sin transaccionismos, aptas a todos los sacrificios y a todos los esfuerzos— la solución del viejo problema. Ellos son los que nacieron y se hicieron en pleno régimen epiléptico, cuando los viejos hundían la cabeza para besar la pezuña del sargento endiosado, o marchaban con la cabeza erguida, pero débiles ya, hacia las cárceles que habían de concluirles.

No podemos decir que la juventud de Venezuela está sola en ese país de víctimas. Muchos de los hombres maduros respaldan y ayudan su gesto y ponen su vida al servicio de la causa revolucionaria. Ellos son los que escapados de las garras gomecistas, pasan en el destierro su vida de rebeldes. Son los depositarios de la dignidad fracasada o ahogada en las prisiones. Y son los más erguidos baluartes de esta lucha. Una palabra de fe para esos hombres que a pesar de los años de martirio no se han vendido, no se han inclinado, tan fácil como es para tantos el hacerlo y pasar de la condición de

tragedia en que viven, a la de dorados cortesanos. Ellos que llevan la experiencia de los años oscuros que ha vivido Venezuela, sabrán dirigir el camino para que no se caiga en el neogomecismo que siempre, de todos los rincones, amenaza el futuro de cualquier pueblo nuestro.

Pero ahora queremos preguntarnos: frente al momento de más ardua prueba que vive la juventud de Venezuela, ¿cuál va a ser la actitud de las juventudes todas de América Latina? Ellas que han conocido ya el gesto de rebeldía, que han tomado la posición de los hombres con dignidad, ¿cómo van a responder al llamado de las nuevas generaciones de Venezuela? La suerte de ese gran pueblo es la suerte de toda la América nuestra. El final del despotismo gomecista es el preludio de la destrucción definitiva del caudillismo en América. Con Gómez caerán las castas oligárquicas de todos nuestros pueblos, su ejemplo servirá de estímulo, de tónico a nuestra rebeldía espoleada hace tantos años. ¿Vamos a quedarnos mudos, como ante el gesto de Sandino, o vamos a levantar nuestra protesta muy alto, para que se oiga bien y respaldar al pueblo venezolano en su lucha por la libertad? La juventud revolucionaria de toda América Latina está en el deber imperioso de responder al llamado de la juventud revolucionaria de Venezuela que se enfrenta al déspota. Si somos dignos del nombre que ya tenemos ganado dentro de la historia contemporánea de América, no podemos permanecer indiferentes o a la expectativa, frente a la lucha de ese pueblo hermano. Unánimemente debemos acudir en todas las formas ayudarles, a decirles que estamos con ellos, que Venezuela es un trozo de nuestra propia textura de pueblos, que luchando por su liberación, luchamos por la de toda América Latina, acosada por idénticas amenazas.

TRABAJADORES MANUALES E INTELECTUALES DE AMÉRICA LATINA: agrupémonos junto a los revolucionarios venezolanos y luchemos porque obtengan su liberación del régimen despótico que les afrenta y que afrenta a la América. El más alto deber de los hombres nuevos del Continente reside en respaldar y sostener la actitud de los heroicos descendientes de Bolívar. Tenemos una deuda con Venezuela. Paguémosla ahora ayudándola a que se liberte como un día lo hiciera el más gallardo capitán de América.

Venezuela libre para la causa de Latinoamérica, es igual a Latinoamérica libre para la causa de la Humanidad sin justicia.

ÍNDICE

Una página para la historia	9
El sentido y la orientación del movimiento universitario de Venezuela	13
En Venezuela no ha penetrado la propaganda comunista	15
Primera Etapa. La semana del estudiante	23
Segunda Etapa. Dos meses en las cárceles de Gómez	39
Tercera Etapa. El asalto a Miraflores	65
Cuarta Etapa. La Octubrada	75
Un alerta a la juventud de América Latina	101

Impreso en los talleres de
INDUSTRIA GRÁFICA INTEGRAL, C.A.
Av. Principal de la Cooperativa, cruce con calle Palmira,
Telefono 0243-2416086, Maracay Venezuela
en el mes de Septiembre de 2.007

**BIBLIOTECA
MIGUEL
OTERO SILVA**

Miguel Otero Silva cultivó prácticamente todos los géneros: narrativa, ensayo, poesía, crónica y dramaturgia. En cada uno de estos ámbitos desarrolló un estilo que conjuga sus propias inquietudes con las orientaciones estéticas que en algún momento tomaron la literatura venezolana y latinoamericana. A lo largo de 50 años de carrera literaria, su obra, de género plural y tan variada inventiva, fue dispersándose entre libros, revistas, diarios y suplementos de distinta índole. A causa de esto, mientras sus novelas más importantes han sido leídas por generaciones enteras, muchos otros textos de gran valor son poco conocidos.

Recuperar para las generaciones presentes y futuras su valioso legado es el motivo que ha llevado a Los Libros de El Nacional a crear la Biblioteca Miguel Otero Silva, en la que será publicada su obra completa.

Imagen de portada:

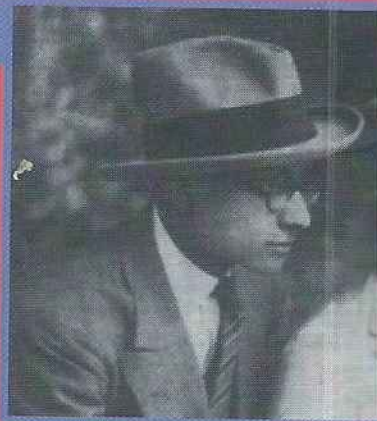
Proyecto Arte Fotográfico. Jóvito Villalba, Joaquín Gabaldón Márquez y Rómulo Betancourt, estudiantes de Derecho en 1928. Sus tres discursos encendieron el ánimo de la juventud universitaria, torciendo el rumbo de los festejos. Foto: Archivo El Nacional.

BIBLIOTECA MIGUEL OTERO SILVA

En 1928, una conspiración militar para derrocar a Juan Vicente Gómez, en la que participaron algunos líderes estudiantiles, fue develada y reprimida cruelmente. Como respuesta, el Gobierno prohibió cualquier actividad comunista o anarquista. A pesar de la medida, la oposición estudiantil –tildada entonces de comunista– se hizo oír.

Publicado por primera vez en 1929, *En las huellas de la pezuña* es un panfleto político escrito por Miguel Otero Silva y Rómulo Betancourt, donde se exponen de manera contundente los ideales de toda una generación de jóvenes estudiantes. La lucha del movimiento era por una democracia donde los dirigentes fuesen íntegros y éticos; una democracia que devolviera a los civiles el manejo de las instituciones del Estado; una democracia, en fin, que se preocupara por el bien colectivo de toda la nación.

De esta manera, el libro que el lector tiene en sus manos es un documento histórico, y el ejemplo de valentía y madurez política de un movimiento revolucionario que, desde las cárceles, exigía un cambio de rumbo para el país.



ISBN 980-388-379-9



1154520078003518